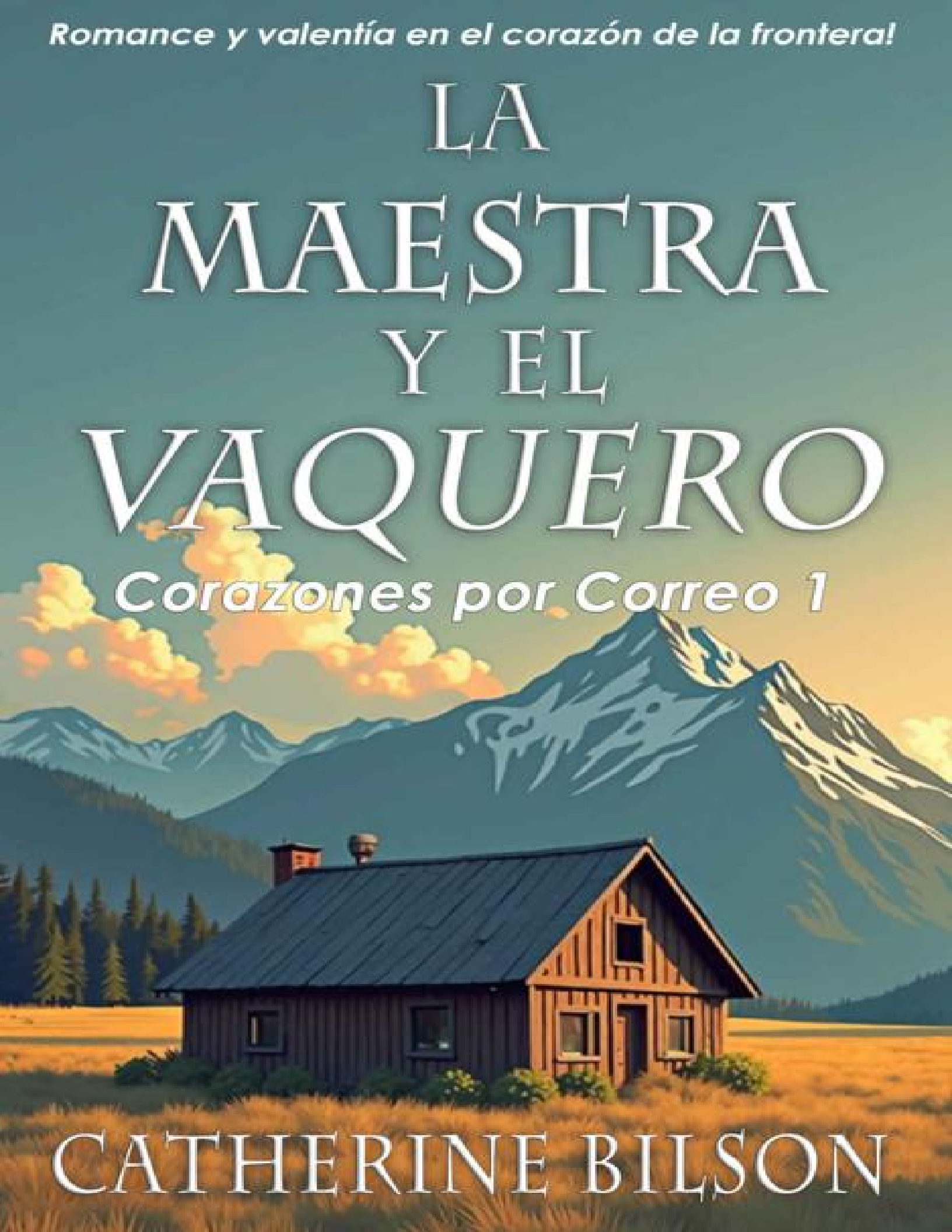
Romance y valentía en el corazón de la frontera!

LA MAESTRA Y EL VAQUERO

Corazones por Correo 1



CATHERINE BILSON

La Maestra y el Vaquero

Romance y valentía en el corazón de la frontera

Catherine Bilson

Shenanigans Press

Derechos de Autor © 2019 Shenanigans Press. Todos los derechos reservados.

Este libro y todos sus contenidos están protegidos por la ley de derechos de autor. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna manera, ya sea por medios fotográficos, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves utilizadas en reseñas u otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Para solicitudes de permiso, por favor contacte:

Shenanigans Press

PO Box 323, MORAYFIELD QLD 4506 AUSTRALIA

Correo electrónico: cait@caitlynlynch.com

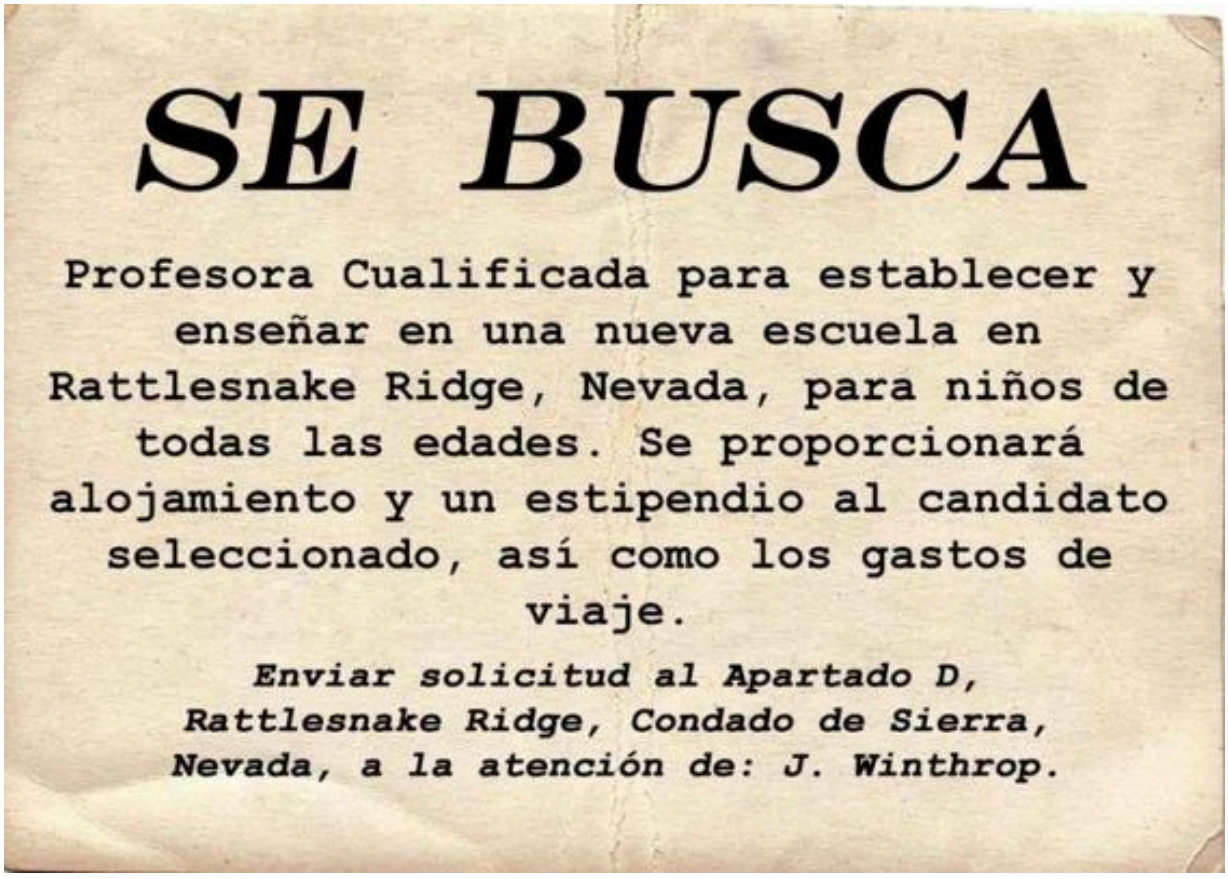
Tabla de contenido

1. Prólogo
2. Capítulo 1
3. Capítulo 2
4. Capítulo 3
5. Capítulo 4
6. Capítulo 5
7. Capítulo 6
8. Capítulo 7
9. Capítulo 8
10. Capítulo 9
11. Capítulo 10
12. Capítulo 11
13. Capítulo 12

14. Capítulo 13
15. Capítulo 14
16. Capítulo 15
17. Capítulo 16
18. Capítulo 17
19. Capítulo 18
20. Capítulo 19
21. Capítulo 20
22. Capítulo 21
23. Capítulo 22
24. Epílogo
25. Un Corazón para la Ranchera - capitolo di esempio
Otros libros de Catherine Bilson



Prólogo



SE BUSCA:

Profesora Cualificada para establecer y enseñar en una nueva escuela en Rattlesnake Ridge, Nevada, para niños de todas las edades. Se proporcionará alojamiento y un estipendio al candidato seleccionado, así como los gastos de viaje.
Enviar solicitud al Apartado D, Rattlesnake Ridge, Condado de Sierra, Nevada, a la atención de: J. Winthrop.



Capítulo 1

Septiembre, 1871

LA DILIGENCIA HACIA RATTLESNAKE Ridge partía de la estación de ferrocarril en Reno puntualmente a las seis de la mañana. Le habían advertido que llegar incluso un minuto tarde significaría que la dejarían atrás. Temerosa de arriesgarse, la señorita Daisy Jackson estaba de pie fuera de la estación con su bolsa de viaje en mano cuando el carruaje llegó en un gran estruendo de cascos y polvo.

Tosiendo, Daisy agradeció educadamente al hombre que viajaba de guardián, quien la ayudó a entrar en el interior estrecho de la diligencia. El único otro pasajero era un hombre de mediana edad, de aspecto anodino, que ya había tomado el asiento orientado hacia adelante. La examinó con una mirada exhaustiva, entornando los ojos al ver los suyos, y deliberadamente no se movió.

Siempre le habían enseñado que un caballero debería ofrecer el asiento orientado hacia adelante a una dama. Los labios de Daisy se tensaron. Se sentó mirando hacia atrás, agradecida de no haber sufrido nunca de mareos por movimiento.

El grosero caballero le dio una única mirada desdeñosa antes de volver su atención al libro de cuentas que estaba examinando. Molesta, ella miró por la ventana, ansiosa por su primera visión del lago Tahoe y el pueblo donde esperaba construir su nueva vida. Aunque sabía que faltaban quince millas y aproximadamente seis horas de viaje hasta Rattlesnake Ridge, había mucho paisaje para disfrutar en el camino.

Contemplando las cimas de las montañas mientras la diligencia recorría el camino lleno de surcos del valle, Daisy se maravilló de la calidad clara y fresca del aire y de la nitidez de la vista. He vivido demasiado tiempo en la ciudad, pensó. Aunque San Francisco estaba entre las ciudades más pintorescas, esta naturaleza prístina era mucho más hermosa.

Su compañero de viaje tosió, y ella volvió su mirada hacia él, pensando que al menos debería intentar ser amable. —¿Va usted a Rattlesnake Ridge?

El hombre asintió con un breve gruñido, sin siquiera molestarse en mirarla.

—¿Vive allí? —insistió Daisy—. Soy la señorita Daisy Jackson, y me han ofrecido el puesto de maestra por parte del alcalde, un tal señor Winthrop.

Unos ojos pálidos se alzaron brevemente hacia los suyos, y él le dirigió una mirada dura antes de soltar: —Eso está por verse. ¿El alcalde sabe que usted es china?

Daisy se estremeció ante su comentario. El hombre resopló y volvió a enterrar su nariz en sus libros.

—Medio china —susurró Daisy, pero estaba bastante segura de que él ni la escuchó ni le importaba. Lágrimas calientes le quemaban el fondo de los ojos, pero las contuvo ferozmente.

¡Estoy tan cualificada para enseñar como cualquier otra persona que pudieran encontrar. Y no voy a rendirme antes de haber incluso empezado solo porque un patán prejuicioso y maleducado es grosero conmigo!

Apretando los dientes hasta que le dolió la mandíbula, volvió la cabeza para mirar por la ventana nuevamente.

Al menos la vista es agradable.

Las horas pasaron en un abrir y cerrar de ojos mientras admiraba el paisaje. Daisy se deleitaba con los ocasionales vislumbres de azul a lo lejos del lago mientras el camino serpenteaba, subiendo y bajando a través de valles y pasos montañosos. Águilas se elevaban en los cielos azules de la montaña, y se imaginó que casi podía oír sus gritos.

Esa debe ser la mina, pensó, al divisar un conjunto de edificios contra la ladera de una montaña que se veía más adelante. La Michigan Queen: abierta apenas unos años atrás. Se había tomado el tiempo para informarse sobre la historia de Rattlesnake Ridge en los archivos de periódicos, descubriendo que el pueblo había sido abandonado durante unos años después de un desastre en la antigua mina Spanish Main antes de que se encontrara un nuevo filón de plata y se estableciera la Michigan Queen.

La nerviosa emoción, apaciguada durante el largo viaje desde Reno, comenzó a roerle nuevamente el estómago. Sacó la carta de su bolso para echarle una última mirada a la parte final de las instrucciones de viaje. No indicaba mucho; solo que la recibirían cuando descendiera de la diligencia.

El hombre sentado frente a ella cerró su libro de golpe, haciéndola sobresaltarse ligeramente.

—¿Estamos casi en Rattlesnake Ridge? —preguntó Daisy esperanzada.

Un gruñido afirmativo fue su única respuesta, consolidando su opinión del hombre aún sin nombre como un patán maleducado. Esperaba que no fuera representativo de los demás habitantes del pueblo.

La diligencia se detuvo junto a lo que parecía, ante sus incrédulos ojos, una estación de ferrocarril justo debajo de la mina. —¿Por qué tuve que tomar la diligencia si hay una estación de ferrocarril aquí? —preguntó al guardia con cierta molestia cuando él la ayudó a bajar del carruaje.

—Es solo para mercancías, señora —le informó—. No hay vagón de pasajeros en los trenes. Solo mineral de la mina y ganado del corral.

—Oh. —Ella le agradeció mientras él bajaba su baúl y lo colocaba a un lado del camino. Él se tocó el sombrero en señal de respeto y, con un chasquido del látigo del conductor, la diligencia partió de nuevo, dejándola tosiendo en el polvo.

El hombre silencioso ya había desaparecido, y Daisy miró alrededor esperanzada. Después de todo, la carta había dicho que habría alguien allí para recibirla. Sin embargo, no vio a nadie excepto a un hombre de mediana edad con un caballo y un carro, supervisando la carga de lo que parecían ser unas cajas de licor desde un almacén junto a la vía del tren.

Arrugando un poco la nariz —no aprobaba las bebidas fuertes—, Daisy suspiró y se dirigió hacia el hombre.

—Disculpe.

—Un momento... ¡veintitrés, veinticuatro! Excelente. Gracias. —El hombre firmó un recibo por las cajas antes de volverse hacia ella—. ¿Señorita Jackson?

—Eh... sí. Sí, soy yo.

—Phillip Dobson. —Ofreció una mano y luego se inclinó sorprendentemente con elegancia sobre la de ella—. Encantado de verla aquí, señorita Jackson. Mi hijo será uno de sus alumnos.

—Oh, qué encantador. —Echó una mirada de reojo al carro cargado de licor.

—Soy el dueño del saloon local, y también formo parte del consejo municipal de Rattlesnake Ridge. —El señor Dobson la miraba con algo parecido a la sorpresa en su rostro. Ella podía adivinar por qué —. Yo, eh. No esperaba que fuera tan...

—¿Extranjera? —dijo Daisy con cinismo—. Mi madre era una inmigrante china en California, señor Dobson. Mi padre, como mencioné en mi solicitud, era un médico muy respetado en San Francisco.

—En realidad, iba a decir tan joven, considerando la experiencia y los viajes que listó en su solicitud. —El señor Dobson le dio una sonrisa irónica—. No será la única persona en Rattlesnake Ridge con ascendencia china, señorita Jackson. La señora May, que dirige nuestra casa de huéspedes, también es china.

—Oh. Tengo veintidós años —dijo un poco ofendida, con el viento sacado de sus velas en cierta manera por su falta de preocupación sobre su raza, especialmente dado que su compañero de viaje sin nombre había sido obviamente prejuicioso al respecto.

—Un hecho que olvidó mencionar en su carta de solicitud. —Su tono era suave, pero sus ojos contenían un toque de reproche—. Su experiencia y sus viajes —de hecho, todo el tono de su carta— nos llevaron a creer que era bastante mayor.

No había mucho que pudiera decir, ya que había escrito cuidadosamente la solicitud para dar exactamente esa impresión. —No dije falsedades, señor Dobson —dijo finalmente.

Él hizo un gesto a los dos hombres que habían cargado las cajas de licor, y ellos levantaron el baúl de Daisy con facilidad, amarrándolo a la parte superior del carro antes de subirse a la parte trasera. Estaban armados, observó Daisy, lo que tenía sentido. Después de todo, transportaban una carga valiosa.

—¿A dónde vamos? —preguntó, retorciendo sus dedos juntos. La carta del señor Winthrop ofreciéndole el puesto de maestra había mencionado que se le proporcionaría alojamiento. Aunque el señor Dobson parecía perfectamente caballeroso, ella realmente preferiría no estar alojada en una taberna.

—A la casa de huéspedes de la señora May. La escuela aún no está completamente terminada. Su casa estará cerca, pero —se encogió de hombros—, es temporada de cosecha.

—Una temporada ocupada en el campo agrícola, entiendo.

—Como usted dice, señorita. No está tan lejos, solo un par de manzanas. —Señaló lugares mientras cabalgaban: la tienda general, la iglesia, su saloon, que estaba en diagonal frente a la casa de huéspedes en el cruce de las dos calles principales del pueblo. Deteniendo el vagón afuera, el señor Dobson dejó que sus dos hombres descargaran las cajas. La condujo hasta el porche delantero de la casa de huéspedes y llamó a la puerta.

La mujer que abrió la puerta era de edad indeterminada, esbelta y hermosa —y efectivamente china, como él había dicho. Daisy se encontró con una sonrisa extendiéndose por su rostro.

—Señor Dobson.

—Señora May. —Inclinó la cabeza educadamente—. La señorita Jackson ha llegado.

Ojos como la medianoche estudiaron a Daisy detenidamente.

Ella inclinó la cabeza respetuosamente antes de decir: —Xìng huì.

La señora May pareció sorprendida antes de responder: —Jiǔyǎng —continuó en inglés sin el más mínimo rastro de acento—. Los hombres traerán su baúl, señorita Jackson. Por favor, venga por aquí y le mostraré su habitación.

—Gracias por escoltarme —dijo Daisy al señor Dobson cuando él dio un paso atrás, obviamente preparándose para irse—. Estoy deseando conocer a su hijo.

Él dudó antes de tocarse el sombrero. —Él también está deseando conocerla, señorita Jackson.

—Y creo que será mejor que empiece a hacer que todos me llamen señorita Daisy; no quiero confundir a los niños haciendo que me llamen de una forma mientras los adultos me llaman de otra. Preferiría ser la señorita Daisy para todos, si le parece bien.

Por el rabillo del ojo, vio a la señora May asintiendo con aprobación; el señor Dobson hizo lo mismo antes de desearle un buen día y marcharse.

—Por aquí, señorita Daisy —dijo entonces la señora May en chino mientras la conducía hacia una puerta que desbloqueó con una llave antes de entregársela a Daisy—. El piso de arriba es solo para damas y niños. No toleraré ningún tipo de asunto indecoroso bajo mi techo.

—Por supuesto —dijo Daisy en el mismo idioma—. Me alegra mucho oír eso, señora May.

—Bien. —La señora May cerró la puerta tras ellas con otra llave que sacó de su bolsillo antes de subir las escaleras—. Eres joven y bonita, y hay bastantes hombres solteros por estos lares que no dudarán en caer a tus pies. Espero que no seas del tipo que se deja impresionar fácilmente.

—Crecí en los campamentos de oro de California, señora May —dijo Daisy secamente—. Si un exceso de hombres fuera probable que me impresionara, creo que mi cabeza ya habría dado vueltas hasta desprenderse a estas alturas.

Eso hizo reír a la señora May, un sonido pleno y rico. La sonrisa que le dirigió a Daisy mientras caminaban juntas por el pasillo superior era genuina. —Lo harás bien, muchacha. Lo harás bien.

Daisy le devolvió la sonrisa. Una puerta al final del pasillo estaba ligeramente abierta, y vio una pequeña cara espiándola. —¿Uno de mis futuros alumnos? —le preguntó en voz baja a la señora May, volviendo al inglés.

—Efectivamente. Sal y saluda como un caballero, Ishmael —animó la señora May. La puerta se abrió para mostrar no a uno, sino a dos niños; un niño y una niña de unos siete años, calculó Daisy, ambos de cabello y ojos oscuros.

—¿Eres nuestra nueva maestra? —preguntó la niña con curiosidad.

—Efectivamente lo soy; soy la señorita Daisy. ¿Y tú?

—Isabelle Jones, y este es mi hermano Ishmael.

—¿Qué están haciendo ustedes dos... oh —una mujer alta llegó a la puerta y sonrió dándole la bienvenida a Daisy—. Hola, ¡debes ser

nuestra nueva maestra!

—Esta es la señorita Daisy —presentó la señora May—. La señora Barbara Jones.

—Llámame Barb, todos lo hacen. —Barb ofreció una mano de dedos largos y capaces para estrechar. Tenía el cabello largo, rizado y rubio, y ojos azules brillantes. Daisy pensó que era la mujer más alta que jamás había conocido, y también una de las más hermosas—. Seguro que quieres instalarte, pero ¿por favor ven a tomar una taza de té conmigo más tarde? —invitó—. Estos dos bribones se han estado muriendo por conocerte.

Daisy miró a los dos niños, que la observaban con fascinación. —Yo también estoy muy emocionada de conocerlos —dijo sinceramente —, y ciertamente pasaré a tomar el té, una vez que haya desempacado un poco y me haya lavado.

Isabelle sonrió ante eso mientras Ishmael le daba una mirada grave. La señora May abrió otra puerta e hizo pasar a Daisy mientras Barb llevaba a sus dos hijos de vuelta a sus habitaciones.

—¿No hay un señor Jones? —volvió a preguntar Daisy en chino en voz baja a la señora May cuando la puerta se cerró.

—Ya no —la señora May negó con la cabeza—. La dejó sin mucho, me temo. Es una mujer fuerte, no del tipo que deja que la vida la aplaste.

—¿No volverá a casarse?

—Como te puedes imaginar con su aspecto, tiene pretendientes derribando su puerta, pero no creo que tenga prisa. Quiere al hombre adecuado para ser un padre para esos gemelos.

Daisy asintió pensativa, mirando a su alrededor la habitación que la señora May le había mostrado. Era una habitación bastante agradable, de buen tamaño, con una cama de aspecto confortable, una mesa y una silla, y un armario colocado en la esquina. Su baúl estaba en el suelo al pie de la cama, y había una palangana con agua esperando en la mesa.

—La llave de tu habitación. —La señora May se la entregó—. Tengo un duplicado, por supuesto, pero nadie más lo tiene. Aun así, te aconsejo que pongas el cerrojo en tu puerta desde adentro por la noche.

El consejo parecía fuera de lugar. —¿Hay mucha ilegalidad en Rattlesnake Ridge? —preguntó Daisy con curiosidad. El pueblo había parecido limpio y próspero cuando pasó con el señor Dobson: un marcado contraste con los a menudo destartalados campamentos de oro que recordaba de California. Incluso las casas entre la mina y el pueblo —donde supuso que vivían la mayoría de los mineros— parecían bien construidas y ordenadas.

—No la hay. —La señora May dudó un momento y luego dijo en voz baja—: Tenemos un nuevo sheriff en el pueblo, no el tipo de hombre con el que quieras tener problemas. Cualquier indeseable es expulsado del pueblo bastante rápido.

Entonces, ¿por qué debería necesitar poner el cerrojo en mi puerta además de cerrarla con llave? Daisy quería preguntar, pero el rostro de la señora May se había vuelto liso y frío como el mármol. Estaba segura de que no vendría más información de ese lado, así que simplemente agradeció a la mujer mayor.

—El desayuno es a las siete a.m. y la cena es a las seis p.m., en punto —dijo la señora May, volviéndose hacia la puerta—. Puedes conseguir el almuerzo por tu cuenta, si lo deseas. La panadería está justo después del saloon, un edificio más abajo en Hill Street. Solo cruza Main.

—¿Cuál es Main Street? —Por lo que podía ver, Rattlesnake Ridge solo tenía dos calles propiamente dichas, aunque había varios callejones que salían de la carretera por la que habían entrado.

Los labios de la señora May se curvaron ante eso. —No es la que tomaste para venir aquí. Esa es Hill Street. —Asintió una vez hacia Daisy antes de dejarla sola y cerrar la puerta.

Examinando la habitación, Daisy se permitió un pequeño suspiro antes de quitarse el sombrero, dejándolo sobre la cama, y moverse hacia la ventana cerrada. La habitación parecía un poco sofocante, así que pensó que algo de aire fresco podría ayudar. Luchando con el pestillo rígido por un momento, finalmente logró aflojarlo y abrir la ventana. Su habitación daba a lo que la señora May había llamado Hill Street; Daisy miró hacia afuera para ver una gran manada de ganado que venía por la calle, obviamente dirigiéndose hacia el ferrocarril.

Había un par de vaqueros arreando el ganado. El más cercano a ella, un hombre grande montado en un castaño sudoroso, hábilmente desvió al ganado para que no deambulara por Main Street con un grito y un par de chasquidos de su látigo.

—Tranquilo, Jack —llamó su compañero desde el otro lado del rebaño. Daisy tenía una mejor vista del segundo hombre ya que no estaba directamente debajo de ella. Tomó un aliento ligeramente

sorprendido. No estaba segura de haber visto nunca a un hombre tan guapo; tenía cabello negro que le caía sobre la frente mientras se quitaba el sombrero para espantar una mosca persistente, piel bronceada y pómulos marcados. Como si fuera consciente de su escrutinio, de repente la miró directamente.

Daisy se quedó paralizada por la sorpresa.

El guapo vaquero le sonrió, un destello de dientes blancos en ese rostro bronceado. —Buenas tardes, hermosa —le llamó mientras se inclinaba en su silla de montar hacia ella.

Más que un poco indignada por ser dirigida así por un completo desconocido, Daisy se apartó de la ventana con un bufido, ignorando una risa profunda desde abajo. Con el rostro ardiendo, se alejó pisando fuerte, yendo a desbloquear su baúl y abriendo la tapa. Debería estar desempacando de todos modos, no mirando a guapos vaqueros que pasaban.

Eso no impidió que su mente traidora se detuviera en los recuerdos de esa sonrisa.



Capítulo 2

—¡PODRÁS PERSEGUIR FALDAS CUANDO hayamos entregado este ganado! —gritó Jack Hollis.

Luke Rockford se rio profundamente ante la insinuación de su mejor amigo. No creía que la hermosa joven que había estado en la ventana fuera el tipo de "falda" a la que le gustaría ser perseguida. Especialmente considerando la expresión de indignación que tenía cuando él la había llamado.

—Tú eres el que tiene una bonita muchacha en Rattlesnake Ridge —le gritó Luke, y tuvo la satisfacción de ver a Jack sonrojarse bajo su bronceado.

—¡No es mi muchacha! ¡Y más te vale mantener un tono respetuoso cuando hables de la señora Jones!

—No es tu muchacha, pero solo hay un nombre que te viene a la mente —se burló Luke, mirando hacia la ventana donde había visto a la hermosa desconocida. Se preguntó distraídamente cuál sería el

nombre de la mujer y qué estaría haciendo en Rattlesnake Ridge; supuso que tendría mucho tiempo para averiguarlo.

Tal vez era una de esas novias por correspondencia que Jacob Winthrop había dicho que planeaba buscar mediante anuncios. En ese caso, definitivamente no estaba destinada para alguien como Luke. Él no había puesto su nombre en la lista que Winthrop había hecho circular. Un hombre tenía que tener casa propia y un trabajo estable para ser considerado. Luke Rockford no calificaba.

Jack hizo restallar su látigo otra vez, ignorando el comentario de Luke. Acababan de pasar doce días en el camino juntos sin más compañía que sus caballos y ciento sesenta cabezas de ganado. Estaban empezando a ponerse de los nervios. —¡Vamos, llevemos este ganado a los corrales y recojamos nuestra paga!

Luke se rio por lo bajo, pero dejó caer el tema. Tendría muchas oportunidades más tarde para burlarse de Jack sobre su enamoramiento por la encantadora viuda.

Media hora después, los dos hombres cabalgaban de regreso, riendo y conversando. Se dirigían al Banco de Garrett para recoger su paga. Luego, ambos planeaban lavarse, comer y dirigirse al Salón de Dobson. El whisky los llamaba para quitarse el polvo del camino de la boca.

Se sorprendió a sí mismo echando un vistazo a la ventana de la casa de huéspedes cuando pasaban, preguntándose quién sería la joven belleza de largo cabello oscuro. Averiguaría su nombre esta noche, descubriría si estaba tan fuera de su alcance como temía. No se estaba haciendo más joven, y la idea de establecerse en algún lugar con una buena mujer comenzaba a sonarle más atractiva cada día.

Casi como si sus pensamientos la hubieran invocado, la joven apareció de nuevo en la ventana, sacudiendo... ¿era eso una enagua? La sonrisa de Luke se ensanchó. —¿Me estabas buscando, cariño? —le gritó—. Me encanta el espectáculo.

—¡Ohhh! —Su jadeo indignado fue audible mientras se retiraba al interior y cerraba la ventana de golpe.

La risa de Jack se unió a la de Luke esta vez. —Nunca vas a tener una oportunidad con ella si sigues insultándola así —se rio Jack mientras desmontaban frente al banco, uno de los cuatro edificios en el cruce, y ataban sus caballos.

—Probablemente no tenga oportunidad con ella de todos modos —respondió Luke con un encogimiento de hombros y una sonrisa—. Aunque su indignación era bastante bonita.

Jack se rio con más fuerza mientras entraban al banco, ganándose una mirada sospechosa del cajero. Ambos colocaron sus cartas de reclamo frente a él. Las cartas estaban firmadas por el padrastro de Luke, el señor Simpson, dueño de uno de los ranchos más grandes de todo Nevada.

—Venimos a cobrar nuestro pago, señor —dijo Luke.

El hombre examinó las cartas y se empujó las gafas sobre la nariz. —Tendrán que ver al señor Garrett para autorizar esta cantidad —dijo con voz nasal después de unos minutos.

—Entonces será mejor que vaya a buscarlo —respondió Luke con calma, entrecerrando los ojos con sospecha. Algo parecía extraño en la actitud del cajero.

—No vendrá hasta las diez de la mañana de mañana. —La sonrisa del hombre era petulante mientras devolvía las cartas. Antes de que

Luke pudiera preguntar por el paradero de Garrett, el cajero dijo—: Confío en que puedan salir solos. Que tengan una buena tarde, caballeros.

Por el rabillo del ojo, Luke vio que Jack apretaba los puños. Sabía que su compañero estaba considerando golpear al cajero. Extendiendo la mano, tocó ligeramente el antebrazo de Jack. La violencia no les conseguiría lo que querían, por satisfactoria que pudiera ser.

—¿Hay algún problema aquí, caballeros? —una voz profunda dijo con lentitud detrás de ellos.

—No, alguacil Watson. —Luke sabía quién era sin siquiera darse la vuelta—. Ningún problema. —Recogió las cartas, le devolvió la suya a Jack, y se tomó su tiempo doblando la suya, guardándola en su chaqueta antes de volverse.

El alguacil adjunto Grant Watson era un hombre alto que sabía cómo utilizar su altura a su favor. Se mantenía erguido con la cabeza alta, la estrella plateada brillando en el pecho de su abrigo negro. Sus ojos brillaban como guijarros negros pulidos cuando se encontraron con la mirada de Luke.

—Rockford —declaró Watson, con voz profunda y plana, su expresión disgustada—. Veo que has vuelto al pueblo.

—Veo que usted sigue en el pueblo —respondió Luke, negándose a dejar que se notara su antipatía por el otro hombre.

—Siempre.

Los dos hombres se miraron fijamente durante un largo y silencioso momento, hasta que Jack tiró ligeramente de la manga de Luke. —

Deberíamos irnos, Luke. Que tenga un buen día, alguacil. —Las palabras de Jack rompieron el duelo de miradas.

—Señor Hollis.

Jack era el único hombre en el área más alto que Grant Watson, aunque solo por unos centímetros, pero estaba claro que al alguacil no le agradaba el hecho. Dio un largo paso lateral y hacia atrás para no tener que mirar hacia arriba para encontrarse con los ojos de Jack.

En silencio, Luke se movió al espacio que Watson había dejado. Los dos vaqueros salieron del banco sin mirar atrás.

—Sé que no le caigo bien porque es de esa clase mezquina a la que no le gusta que yo sea más alto que él —dijo Jack en voz baja mientras recogían sus caballos y se dirigían primero a los establos y luego a la casa de huéspedes—, pero ¿qué hiciste tú para provocarlo? Desde que te conozco, ustedes dos se han odiado a muerte.

—Aquí no —fue toda la respuesta de Luke. No fue hasta que se instalaron en la habitación doble que habitualmente compartían en la casa de huéspedes cuando fue un poco más comunicativo—. Watson es sobrino de Garrett. Su madre se casó con algún político engreído, y se mudaron al este, le compraron a su hijo una educación de lujo. Lo enviaron de vuelta aquí solo para que no tuviera que luchar en la guerra.

—Cobarde —se burló Jack. Tanto él como Luke habían luchado por la Unión y tenían las cicatrices para demostrarlo: Jack con una larga cicatriz en la barbilla que torcía su sonrisa notablemente hacia un lado, y Luke en la espalda, donde una bala de mosquete

confederado había rozado sus costillas. Ahí fue donde se conocieron, salvándose la vida mutuamente en Kennesaw Mountain y cubriéndose las espaldas desde entonces.

—Sí, bueno. —Luke se quitó la chaqueta y la camisa polvorientas, colgándolas en los ganchos de la pared—. Lo conocí justo antes de irme a alistarme. Un mocoso descarado de, oh, tendría unos veinte años entonces, supongo. Engreído por su educación de lujo. Cuando regresé cuatro años después, él tenía el trabajo de alguacil adjunto.

—Ah —dijo Jack con creciente comprensión, y Luke supo que lo había descifrado. Luke había sido alguacil adjunto en el condado de Sierra antes de irse a unirse al Ejército de la Unión. Había esperado plenamente volver y retomar su antiguo papel, tal vez ser sheriff él mismo no mucho después. Descubrir que un hombre cinco años menor que él había tomado su puesto realmente no le había sentado bien—. Él piensa que quieres su trabajo.

—Él sabe muy bien que quiero su trabajo. Garrett me estrechó la mano, me dio una palmada en la espalda y me dijo que el puesto sería mío si regresaba. —Luke sumergió el paño de lavar en el recipiente de agua, lo enjabonó y comenzó a lavarse enérgicamente la cara—. Ese arrogante cerdo de Watson llevaba dos años en el puesto. Garrett dijo que no había tenido el poder para prometerme nada y afirmó que el nuevo sheriff no podía revocar el nombramiento una vez otorgado.

Jack hizo una mueca, vertiendo su propia agua para lavarse. —¿Me imagino que no estabas contento?

—Casi le tiro los dientes mentirosos de un puñetazo. —Luke se frotó el cabello negro, enjuagándoselo en el agua, antes de buscar en sus

alforjas su navaja de afeitar y mirar su rostro barbudo en el pequeño espejo—. El puesto de alguacil adjunto no es un cargo electo, así que no podía competir contra Watson. Y después de lo que hizo McCullough el año pasado, creo que se ganó el puesto de sheriff. No iba a competir contra él, de todos modos.

—Aún así deberías haber mandado a Watson dos metros bajo tierra. —Jack se frotó enérgicamente la cara sucia, haciendo una mueca cuando el agua del lavado se volvió negra.

—Tal vez lo habría hecho si mi madre no se hubiera casado con el señor S para entonces, y si él no hubiera intervenido para ofrecerme un trabajo en su rancho.

—Podrías haber ido a otro lugar —dijo Jack con vacilación, mientras veía a Luke comenzar a rasurarse la barba—. Encontrar otro trabajo...

—¿Dónde? Había soldados experimentados por todo el país volviendo a casa buscando trabajo. Este es mi hogar. Crecí aquí mismo en Rattlesnake Ridge. Mi padre murió en el accidente de la mina. Puede que sea el último Rockford que queda, pero tendrán que sacarme de aquí en una caja. —Luke se volvió y le dio a Jack una sonrisa irónica—. Y luego estabas tú también, preguntándote si podía ayudarte a encontrar trabajo, y el señor S se ofreció a contratarte siempre y cuando yo estuviera dispuesto a responder por ti. Tenía que quedarme después de eso, ¿no? Especialmente porque miraste a Barb una vez y perdiste el corazón.

Jack le lanzó agua de su paño a Luke. —Cállate sobre la señora Jones.

Luke se rio y luego continuó afeitándose. —Entonces cállate sobre Grant Watson. No quiero hablar de eso.

Jack sonrió y volvió a su propio lavado y afeitado. —Muy bien. Pensemos solo en buena comida, buen whisky y una cama suave para dormir, por fin.

—¡Amén a eso! —concordó Luke con entusiasmo. Se detuvo, mirando el pequeño paquete envuelto en tela que acababa de sacar de una de sus alforjas—. ¿Qué crees que deberíamos hacer con esto? —Bajó la voz instintivamente, aunque sabía que nadie podía escucharlos.

Jack se quedó inmóvil, bajando su navaja de afeitar. —¿Dividirlo? —sugirió—. Tenemos algunas piezas. Si llevamos un par cada uno, envolvemos las otras en lienzos o las ponemos bajo los colchones...

Luke asintió, de acuerdo con el plan. Hasta que pudieran averiguar si las muestras de mineral que habían encontrado valían algo, necesitaban asegurarse de que estuvieran a salvo. Desenvolviendo el paquete, comenzó a separar las piezas de mineral y a esconderlas por la habitación, guardando algunas de las piezas más pequeñas para llevarlas en los bolsillos.

Cuando terminó, se sentó en una de las camas e intentó calmar la esperanza que crecía dentro de él. Si su descubrimiento daba resultado, ese sueño suyo de tener una esposa y una familia podría no ser solo un sueño. Tal vez con esa mujer que vio sacudiendo su enagua. ¿No sería algo? Podía verse a sí mismo con una mujer así, una dama bonita y respetable con una sonrisa en su rostro mientras se sentaba a su lado en la iglesia.

Tal vez incluso habría otro Rockford para continuar el nombre de su familia en Rattlesnake Ridge, después de todo.



Capítulo 3

CERRANDO LA VENTANA FURIOSAMENTE, Daisy se quedó con la mano en el pecho, con el corazón acelerado. No podía creer lo que acababa de suceder; ¡qué grosero había sido ese vaquero! Ignoró severamente la pequeña voz de su conciencia que le susurraba que no debería haber estado sacudiendo su enagua por la ventana. Ese era el tipo de cosas que podría etiquetarla como una mujer de moral dudosa si no tenía cuidado.

Con un suspiro, colgó la enagua en un gancho. Era la que había usado ese día para viajar y estaba cubierta de polvo. La que había usado en el tren a Reno el día anterior no estaba mejor. Tendría que preguntarle a Miz May si el pueblo tenía una lavandería. Y cuánto costaría.

Mordiéndose el labio, miró su bolsa de viaje junto al armario; no le quedaba mucho dinero. No estaba segura de cuándo comenzaría a recibir su salario, o incluso si le permitirían quedarse. El Sr. Dobson no parecía exactamente aprobarla, y el hombre sin nombre del

carruaje parecía pensar que el alcalde no querría que ella enseñara aquí una vez que supiera sobre su ascendencia.

Un rasguño en su puerta le hizo levantar la barbilla con orgullo. Estaba perfectamente cualificada para el puesto como había declarado en su carta; no había una sola mentira en ella, ni siquiera una exageración.

Isabelle Jones estaba de pie fuera de la puerta cuando Daisy la abrió. La niña mostró hoyuelos mientras le sonreía a Daisy.

—Mamá dice que el té está listo.

Barbara no iba a aceptar un no por respuesta, se dio cuenta Daisy.

—Estaré allí enseguida, Isabelle.

—Me gusta su vestido —dijo Isabelle tímidamente mientras caminaban los pocos pasos hasta la puerta de la familia Jones.

—¡Gracias! A mí también me gusta el tuyo —le confesó Daisy, haciendo que la sonrisa de Isabelle se ensanchara.

—Mamá lo cosió para mí. No soy muy buena cosiendo —susurró Isabelle.

—No todos podemos ser buenos en las mismas cosas —dijo Daisy mientras Isabelle la dejaba entrar en la habitación—. ¡Piensa lo aburrida que sería la vida si todos fuéramos iguales!

Barb le sonrió, colocando la tetera en la mesa.

—Es un sentimiento maravilloso, señorita Daisy.

—Nada más que la verdad del Buen Señor, Barb —Daisy observó cuidadosamente para ver si el trato informal era realmente aceptable para la otra mujer. Lo era, si el sutil asentimiento significaba algo—. Porque Él nos hizo a todos diferentes, ¿no es así? Todos somos Sus

obras, y todos especiales y únicos a nuestra manera. Tratar de hacer que todos sean exactamente iguales es criticar Sus creaciones.

—Tendré que presentarle a nuestro predicador, señorita Daisy —los ojos azules de Barb brillaron.

—Oh, cielos... ¿pensará que soy una hereje sin esperanza? —Daisy tomó el asiento que Ishmael le ofreció, agradeciéndole cortésmente mientras se sentaba.

—No, no lo pensará. Es anticuado en algunas cosas pero de mente abierta en otras. No es del tipo fuego y truenos —Barb se sentó y levantó la tetera—. Sí, cariños, pueden tomar una galleta cada uno —les dijo a los gemelos, que inmediatamente se lanzaron hacia un plato en la mesa cubierto con una servilleta—, después de haberle servido una a la señorita Daisy, por supuesto.

Daisy reprimió una risita cuando se quedaron paralizados, y luego Ishmael le ofreció tímidamente el plato.

—Muchas gracias, Ishmael —aceptó una galleta y también el té con limón que Barb le sirvió.

—¿Cuándo cree que estará lista la escuela? —preguntó Isabelle con la boca llena de galleta.

—Pronto, espero —no quería ser más específica hasta saber cuánto trabajo había que hacer—. Estoy deseando conocer al resto de mis alumnos. De hecho, todos en Rattlesnake Ridge han sido muy amables conmigo —excepto ese hombre grosero en la diligencia y el vaquero inapropiado, pensó, pero lo más probable es que solo estuvieran de paso. Probablemente nunca volvería a ver a ninguno de los dos.

Perdió la noción del tiempo hablando con Barb y los niños. El tiempo suficiente como para que cuando sonó una campana en algún lugar del edificio, no pudiera imaginar para qué era.

—Esa es la campana de la cena —le dijo Barb con una sonrisa—. Deberías sentarte con nosotros. Te presentaré a todos.

—Me encantaría, gracias —Daisy se sintió aliviada de no tener que entrar sola en una habitación llena de desconocidos.

—Eso es bueno. Tengo que ir a trabajar inmediatamente después, me temo.

—¿Oh? —Daisy se preguntó sobre eso mientras bajaban las escaleras, Isabelle e Ishmael cada uno sosteniendo una de sus manos—. ¿Dónde trabajas? —preguntó un poco vacilante, sin poder imaginar qué trabajo requeriría que Barb trabajara hasta tarde en las noches.

—Toco el piano y canto en el Saloon de Dobson —Barb mantuvo la cabeza alta y miró a Daisy a los ojos con un claro desafío—. Es un trabajo respetable —puso un énfasis tenue pero decidido en la palabra *respetable*—. También canto en el coro de la iglesia.

—Ya veo —debe ser un saloon inusual. O al menos, diferente a cualquiera de los que había visto en los campos de oro. Pero, después de todo, esto no eran los campos de oro; esta era una ciudad llena de gente decente y trabajadora a pesar de la mina de plata cercana... algunas cosas estaban destinadas a ser diferentes. Sonrió para hacerle saber a Barb que no la estimaba menos por ello —. ¡Debes tener dos repertorios muy diferentes para el saloon y la iglesia!

La risa plena y rica de Barb resonó cuando entraron al comedor, haciendo que todas las miradas se volvieran hacia ellas. Incluidos los ojos burlones del apuesto vaquero que le había gritado a Daisy por la ventana esa tarde.

—Oh, no —dijo en voz baja, pero por el bien de los dos niños que se aferraban a sus manos —y por su propia dignidad— no dio media vuelta y huyó. En cambio, puso acero en su columna y siguió a Barb, dándose cuenta demasiado tarde de que la otra mujer se dirigía hacia la mesa donde el vaquero y su alto amigo se estaban levantando.

—¡Luke Rockford, eres un regalo para la vista! —Barb se inclinó para besarle la mejilla.

Él besó la de ella a cambio.

—Querida Barb, te vuelves más y más bonita cada año, lo juro.

Ella se rió de él con cariño antes de volverse hacia Daisy.

—Este sinvergüenza es Luke Rockford; él y yo crecimos siendo vecinos. Luke, esta es la señorita Daisy, la nueva maestra de escuela de Rattlesnake Ridge.

No había absolutamente nada que Daisy pudiera hacer más que sonreír y decir:

—Encantada de conocerle —mientras enviaba silenciosas oraciones al Todopoderoso para que el Sr. Rockford no hiciera ningún comentario sobre ella sacudiendo su enagua por la ventana. O para que la tierra se abriera y se la tragara entera. Cualquiera de las dos opciones estaría bien, pensó.

Una mano fuerte y bronceada por el sol tomó la suya, y él se inclinó sobre ella, sus profundos ojos azules brillando con regocijo mientras

respondía:

—Es un placer conocerla, señorita Daisy —y luego lo arruinó diciendo—: ¿Nos hemos conocido antes en alguna parte? Me resulta algo familiar.

Sus dedos ansiaban abofetear esa sonrisa descarada de su apuesto rostro, pero en lugar de eso retiró firmemente su mano de la de él y dijo con su mejor voz de maestra regañona:

—Lo recordaría si nos hubiéramos conocido, Sr. Rockford.

Los ojos de Barb volaron entre el Sr. Rockford y Daisy; abrió la boca cuando el amigo del Sr. Rockford intervino.

—Soy Jack Hollis, señorita Daisy. No crecí en Rattlesnake Ridge como estos dos, pero me alegra saber que el pueblo ahora tiene una maestra de escuela adecuada.

Aliviada, Daisy dirigió su atención hacia él, mirando hacia arriba para encontrarse con sus ojos, y le ofreció su mano para estrecharla.

—¿Tiene usted hijos, Sr. Hollis?

—Aún no, señorita. No estoy casado —inclinó la cabeza y sonrió tímidamente, la larga cicatriz en su barbilla tirando de ella de forma torcida de una manera que no era desagradable. Daisy no pasó por alto la forma en que su mirada se deslizó hacia Barb mientras decía con una nota nostálgica en su voz—: Tal vez algún día.

—Sin duda todos me sobrepasarán en altura a los diez años, y tendré grandes problemas para mantenerlos a raya —bromeó Daisy, haciéndolo reír profundamente.

—Tal vez, señorita Daisy, pero espero haberles enseñado mejores modales que darle insolencias a su maestra.

No hubo tiempo para decir más, porque una puerta en la parte trasera de la habitación se abrió y entró Miz May seguida por un hombre negro sonriente con cabello grisáceo, aunque no había líneas en su rostro, y una mujer negra de mediana edad con ojos brillantes. Ella llevaba un gran plato de panecillos mientras él transportaba una gran sartén de la que emanaba el aroma más delicioso.

Daisy no había comido nada en absoluto desde antes del amanecer, y su estómago inmediatamente emitió un rumor vergonzoso.

Luke Rockford evidentemente lo oyó, porque sus ojos volvieron a brillar hacia ella y dijo:

—Sé exactamente cómo se siente, señorita Daisy. El olor de la cocina de Matthew siempre tiene ese efecto en mí también. Solo está ayudando hasta que Miz May encuentre un nuevo cocinero; su último cocinero se casó con el sheriff y se marchó.

Daisy asintió en comprensión, solo esperando que su estómago no hiciera más ruidos. ¡Un poco más alto y toda la habitación lo escucharía!

—¿Podemos sentarnos contigo, tío Luke? —Ishmael tiró de su manga. Ante el asentimiento del Sr. Rockford, Barb y los gemelos tomaron asiento. El Sr. Rockford le sonrió con suficiencia a Daisy y ella apretó la mandíbula, pensando que preferiría sentarse casi en cualquier otro lugar. Pero no insultaría a Barb, así que tenía pocas opciones. Con grandilocuencia, el Sr. Rockford señaló el último asiento disponible en la mesa, entre él y el Sr. Hollis.

Una vez más, debatió abofetear esa sonrisa de su rostro. Pero entonces, al menos estaba mirando su cara. Había mantenido sus

ojos en los de ella durante toda la interacción, en realidad, lo cual era un cambio agradable de cómo los hombres solían hablarle. El Sr. Hollis había hecho lo mismo, y por eso estaba dispuesta a ser indulgente.

Al menos, siempre y cuando la palabra *enagua* nunca se deslizara por los labios atractivos y firmes del Sr. Rockford.

¡Dios mío, Daisy, deja de mirar sus labios, tonta!

Cuencos llenos de un guiso de aroma deliciosamente sabroso fueron servidos y pasados, seguidos por panecillos crujientes todavía calientes de la hornada. Daisy estaba segura de que se le hacía agua la boca. Su estómago rugió de nuevo, pero honestamente no le importaba tanto.

—Antes de comenzar —la voz tranquila de Miz May cortó la charla en la habitación hasta un silencio mortal—, me gustaría dar la bienvenida a la señorita Daisy entre nosotros, la primera maestra de escuela de Rattlesnake Ridge.

—¡Bienvenida, señorita Daisy! —corearon una veintena de voces al unísono con alegría, y ella luchó por suprimir su sonrojo.

—¿Diría usted la bendición por nosotros, señorita Daisy? —exclamó Isabelle.

Viendo las expresiones de la gente hambrienta a su alrededor, Daisy pensó que sería mejor hacerlo rápido. Levantándose, sonrió en general y dijo:

—Gracias por esa encantadora bienvenida, amigos. Espero conocerlos a todos. Sí, Isabelle, sería un honor decir la bendición —juntando sus manos, dijo—: Te damos gracias, oh Señor, por Tu generosidad que tenemos la bendición de recibir. Amén.

Captó el asentimiento aprobatorio de Miz May y la sonrisa de Barb mientras un coro de precipitados Amén seguía, y hubo un ruido de cucharas siendo levantadas.

—Esa fue una bendición rápida y agradable —elogió el Sr. Rockford.

—Estoy demasiado hambrienta para algo más —admitió tímidamente —. Estaba preocupada de que mi estómago volviera a gruñir mientras hablaba y arruinara el momento.

Él se rió cálidamente, y Daisy se odió a sí misma por sentir que su corazón daba un pequeño vuelco.

Basta, se dijo severamente. *Es grosero y tosco y ciertamente no es el primer hombre guapo que te presta atención.* Mirando hacia otro lado, estaba decidida a concentrarse en su cena. Valía la pena concentrarse; el guiso era uno de los mejores que había probado jamás, y el pan era absolutamente maravilloso. Incluso la presencia del Sr. Rockford, comiendo a su lado con mejores modales en la mesa de lo que ella esperaba, no pudo disminuir su disfrute de la comida. Pasó felizmente su cuenco para una segunda ración.

—Matthew es el mejor cocinero del pueblo —afirmó el Sr. Rockford mientras ella perseguía los últimos guisantes con salsa del fondo del cuenco—. Él y su esposa dirigen la panadería.

—Eso explica por qué esos panecillos estaban tan buenos. ¿Cocina aquí todas las noches? —preguntó Daisy.

—Lo hace de momento, y siempre es así de bueno. ¡Eh, Matthew! —llamó el Sr. Rockford, y el cocinero levantó la vista de su conversación con May y se acercó para ser presentado.

—Bueno verte de nuevo, Luke —compartió un apretón de manos tosco con el Sr. Rockford antes de sonreír a Daisy—. Y un placer

conocerla, señorita Daisy.
—Igualmente, Matthew.
Él le dio un cortés asentimiento antes de poner una mano fuerte en el hombro del Sr. Rockford.
—He oído que tú y Jack aún no habéis cobrado, ¿es eso correcto?
—Sí, pero está bien, solo tenemos que esperar hasta mañana para que el propio Garrett autorice el dinero —el Sr. Rockford se encogió de hombros—. Hoy no estaba en el banco.
Matthew negó con la cabeza.
—No está bien, todos sabían que llegarían. Garrett está jugando.
—No es su dinero. Es dinero del Sr. Simpson, o nuestro, y no tiene derecho a negárnoslo —los labios del Sr. Hollis se tensaron—. Lo conseguiremos mañana.
—Lo consigan o no, no necesitan dinero en mi panadería, ni para comer y dormir aquí. Ustedes lo saben. Cynthia y yo no los seguimos hasta aquí desde Tennessee para verlos morir de hambre —Matthew miró a Daisy, quien había estado escuchando la conversación con perplejidad—. No deje que sus modales toscos la ahuyenten, señorita Daisy. Este hombre fue un héroe de la Unión, y le debo la vida.
Se sorprendió al ver cómo el rojo manchaba los pómulos bien definidos del Sr. Rockford.
—¿Por casualidad hiciste tarta de manzana? —estaba obviamente cambiando de tema.
—La comencé en el momento en que oí que tú y el Sargento Hollis estaban de vuelta en el pueblo, Capitán —Matthew sonrió y se dirigió hacia afuera, presumiblemente regresando a su mesa.

—¿Capitán? —preguntó Daisy, un poco sobresaltada.

El Sr. Rockford bajó la cabeza, evitando sus ojos.

—Era ayudante del sheriff antes de unirme al ejército. Los hombres con experiencia fueron nombrados oficiales.

—Y aquellos que resultaron ser buenos liderando hombres y ganando batallas fueron ascendidos con medallas prendidas en sus pechos —añadió el Sr. Hollis secamente—. Él se menospreciará, señorita Daisy, pero hubo bastantes generales en el Ejército Confederado maldiciendo el nombre de Luke Rockford. Matthew no es el único que le debe la vida, tampoco.

—Cierra el pico, Hollis —la cara del Sr. Rockford ahora estaba claramente roja.

Daisy quería preguntar por qué un heroico ex Capitán del Ejército de la Unión era ahora un vaquero en un remoto pueblo de Nevada, pero tenía la sensación de que todo el tema era algo delicado. *Realmente no estoy interesada de todos modos*, se dijo a sí misma. *De verdad*.

—¿Alguien se ha ofrecido a mostrarle los alrededores? —preguntó el Sr. Hollis.

—Aún no; llegué hoy mismo.

—Entonces sugiero que Luke la acompañe al saloon —la mayoría de la gente está allí y todos querrán conocerla— mientras yo llevo a estos dos pilluelos a lo de Phillip Jr.

Incapaz de encontrar una buena excusa para decir que no, Daisy aceptó. Todo el tiempo, trató de ignorar la forma en que su corazón daba volteretas en anticipación.



Capítulo 4

TRAS CERRAR CON LLAVE la puerta de la escalera, Daisy se dirigió al exterior. Una vez allí, no pudo evitar reírse al ver a Jack Hollis con uno de los gemelos Jones sentado en cada hombro ancho. Isabelle le sonrió mientras Ishmael, que llevaba puesto el sombrero vaquero de Hollis, la miraba desde debajo del ala.

A su lado, Luke Rockford se apoyaba con negligencia contra el lateral del porche, riéndose de las payasadas de su compañero. Sus ojos encontraron los de ella al oír su risa. La piel curtida por el sol y la intemperie se arrugó en las comisuras cuando se adelantó para ofrecerle galantemente su brazo. —Señorita Daisy.

Difícilmente podía rechazar el brazo ofrecido sin parecer grosera, así que a regañadientes puso su mano sobre él. Al hacerlo, se dio cuenta de que esta era en realidad una oportunidad fortuita para hablar con él en privado.

—Señor Rockford —dijo, manteniendo la voz baja para que los gemelos no pudieran oírla—, debo pedirle que por favor no

mencione que me vio tendiendo mi ropa en la ventana.
Él sonrió. —¿Así es como lo llama? Tranquila, no se enfade conmigo —continuó en un tono más suave mientras ella se sonrojaba de ira —. Yo no haría tal cosa, señorita Daisy. Sé lo importante que es su reputación como maestra del pueblo. Ni Jack ni yo diremos una palabra, lo prometo. Puede que solo seamos un par de vaqueros sin modales, pero nuestra palabra vale oro.
—Gracias —murmuró ella.
—De nada. —Parecía estar pensando sus palabras antes de añadir—: Usted fue la primera mujer que había visto en casi cuatro meses. Incluso si no lo hubiera sido, seguiría siendo un alivio para la vista, señorita Daisy. Aunque estoy seguro de que muchos hombres le han hecho cumplidos más bonitos que ese, me mantengo firme en lo que dije.
El señor Rockford no se equivocaba. Los hombres lo habían hecho. Le habían dicho que era hermosa más veces de las que podía recordar y había aprendido a vivir con las miradas masculinas siguiéndola desde que apenas era una adolescente. Sin embargo, de alguna manera, este torpe cumplido de un vaquero rudo y directo hizo que sus mejillas se sonrojaran de nuevo, esta vez por vergüenza en lugar de enfado.
Llegaron al pie de una escalera de madera situada en la parte trasera del salón. El señor Hollis bajó a los gemelos de sus hombros, y estos subieron corriendo las escaleras. El señor Hollis apenas logró recuperar su sombrero antes de que Ishmael se lo llevara.
—Nos vemos luego —el señor Hollis les hizo un gesto con la cabeza antes de seguir a los gemelos escaleras arriba.

Una vez que el señor Hollis se marchó con los niños, ella se volvió para mirar al señor Rockford. —Gracias por acceder a mostrarme los alrededores.

—Si Jack no me hubiera ofrecido voluntario, me habría ofrecido yo mismo. Es un honor escoltarla.

Cuanto más veía a Luke Rockford, más enigmático le resultaba. —Aun así, gracias. Para ser honesta, no estoy segura de haber podido caminar sola todavía por aquí. No soy tan valiente.

—Ha venido desde California para ser maestra de los niños de este pueblo, en un lugar donde no conoce a nadie. Creo que es bastante valiente, señorita Daisy.

Notó que sus mejillas se sonrojaban y se alegró de que el sol ya se hubiera puesto para que él no pudiera ver su rostro rosado. —Bueno, eso es algo importante viniendo de un héroe de guerra, señor Rockford.

—No escuche lo que dice Jack. —Sonaba tímido... casi—. Le gusta exagerar sobre mí.

—Pero él no fue el único, ¿verdad? —Ladeó la cabeza mirándolo—. Matthew dijo que usted también le salvó la vida.

Él sonrió ante eso. —Matthew es un buen hombre. Yo no aprobaba la esclavitud antes de conocer a alguien que hubiera sido esclavo, y después de conocer a Matthew y a su esposa me opuse aún más. —Giró la cabeza, y sus ojos parecían reír. Ella supo que estaba a punto de hacer otra broma para ocultar su vergüenza por ser llamado héroe—. Después de probar su cocina, supe que estaba destinado a ser mi amigo. Él dice que me siguió hasta aquí, pero la verdad es que yo lo convencí. ¡No podía vivir sin ese pastel de manzana!

—Ciertamente es un excelente panadero. —En privado, sentía más curiosidad por Luke Rockford que nunca. Quizás Matthew estaría dispuesto a contarle la historia real.

Llegaron a las puertas batientes del salón, y él extendió su brazo libre para empujar una de ellas. Daisy podía oír música y charlas desde el interior, pero no eran demasiado ruidosas. Definitivamente mucho más discreto de lo que esperaba de un salón. Sin canciones obscenas ni borrachos gritando.

El bullicio se calmó aún más cuando las puertas se abrieron y ella entró del brazo de Luke Rockford. Al otro lado de la habitación vio al señor Dobson de pie detrás de una barra de madera con botellas alineadas en un estante detrás de él. Le dedicó una sonrisa amistosa y un saludo con la mano. Ella lo devolvió tímidamente mientras rostros desconocidos la miraban con curiosidad sin disimular.

—Permítame presentarle al señor Winthrop, señorita Daisy —dijo el señor Rockford, y ella respiró hondo, preparándose mentalmente para una ofensiva de encanto total. Él la condujo a una mesa con varias sillas dispuestas alrededor; las sillas se arrastraron cuando los hombres se levantaron, y todos abandonaron la mesa excepto uno, un hombre de cabello castaño, alto y más joven de lo que Daisy había esperado.

—Alcalde Winthrop, la señorita Daisy Jackson —presentó el señor Rockford.

Winthrop sonrió, profundizándose las arrugas alrededor de sus ojos. —Es un placer, señorita Daisy, y me alegro de que haya llegado sana y salva.

—Encantada de conocerle también, señor. —Daisy estrechó la mano del hombre de cabello castaño, sintiendo los callos en su agarre que le indicaban que no era el tipo de hombre que dejaba que otros hicieran todo el trabajo duro—. ¿Y tiene algún hijo al que yo deba educar?

—Mi hija Rosie tiene solo cuatro años —respondió el señor Winthrop —. Irá a la escuela pronto, pero no todavía.

—Espero conocerla pronto. —Daisy sonrió nerviosamente. Jacob Winthrop era un hombre poderoso en el pueblo, jefe del consejo municipal. El alcalde de Rattlesnake Ridge. Era quien le había ofrecido el puesto como maestra. Él tendría un voto directo sobre si ella se quedaba o era enviada de vuelta, y ahora la miraba con ojo claramente crítico.

—Es usted más joven de lo que esperaba —dijo—, pero me atrevo a decir que lo hará bastante bien.

Daisy miró al señor Winthrop con incredulidad. —¿Eso es todo? —no pudo evitar preguntar—. ¿No va a enviarme de vuelta?

El alcalde Winthrop soltó una risita áspera y negó con la cabeza. — Señorita Daisy, usted fue la única solicitante para el puesto. Estaba encantado de que alguien con sus calificaciones incluso considerara dejar la ciudad y venir aquí. Si la enviara de vuelta, podríamos esperar meses para encontrar a alguien más, sin mencionar el gasto de colocar otro anuncio. Así que, a menos que me dé una buena razón para despedirla, el trabajo es suyo.

El señor Winthrop no era mucho mayor que ella, probablemente alrededor de treinta años, aunque el dolor y las preocupaciones habían marcado líneas alrededor de unos ojos que pertenecían a un

hombre mayor. Sin embargo, no podía creer que fuera tan fácil como ser aceptada por decisión suya. —Su carta decía que necesitaría ser confirmada en el puesto por el consejo municipal...

—No veo eso como un problema, señorita Daisy. —Las arrugas en las comisuras de los ojos del señor Winthrop se profundizaron al sonreír, y de repente se dio cuenta de que era bastante atractivo—. Somos siete; tiene mi voto, y mi amigo Moss es el ingeniero jefe en la Michigan Queen y solo un par de años mayor que usted, diría yo. Ciertamente no aprueba negar oportunidades a las personas debido a sus circunstancias. Ya ha conocido al señor Dobson. —Un movimiento de su cabeza señaló al dueño del salón—. Él solo quiere alguien que eduque a ese chico inteligente suyo. Barrett Wright y yo no siempre estamos de acuerdo, pero él también tiene tres hijos que quieren educación. Nuestro predicador, el reverendo Brown, es del tipo que da a cualquiera la oportunidad de demostrar su valía, así que ciertamente tendrá su voto. Y todo eso antes de que haya conocido siquiera al señor Langhorne, nuestro periodista.

Un cierto tono de irritación entró en la voz del señor Winthrop al mencionar el último nombre. Luke Rockford ocultó una risita.

—¿El señor Langhorne? —preguntó Daisy.

—¡Acabo de oír mi nombre! —exclamó una voz alegre—. ¡Y de los labios de nuestra hermosa nueva maestra!

Moviendo los codos para apartar a otros de su camino, un hombre pelirrojo de estatura media y edad mediana se abrió paso hasta su mesa. Todo en él parecía vibrar con energía, desde su cabello rojo alborotado y bigote desordenado hasta sus resplandecientes ojos

azules. Tenía los dedos manchados de tinta, y Daisy pudo ver al menos dos lápices asomando del bolsillo de su camisa.

—Nuestro periodista —repitió innecesariamente el alcalde Winthrop. Daisy ya había deducido por sí misma la profesión del caballero. Levantándose, permitió que Langhorne tomara su mano e hiciera una reverencia sobre ella.

—Señorita Daisy Jackson, Samuel —dijo el señor Rockford.

—Sé exactamente quién es. Ya lo sabe todo el pueblo. —El señor Langhorne sonrió.

Daisy decidió que le caía bien. Parecía inofensivo, en todo caso, y si formaba parte del consejo municipal como decía el alcalde Winthrop, se sentía un poco más confiada en que le permitirían quedarse. —Es un placer conocerle, señor Langhorne —dijo serenamente—. ¿Y tiene algún hijo al que vaya a enseñar?

—Yo no, señora. Nunca me casé. —Sonrió pícaramente—. Nunca encontré una mujer que me aguantara, para ser sincero.

—Por una vez —murmuró el señor Winthrop bajo su aliento, lo suficientemente alto para que Daisy lo escuchara.

Ella le dirigió una mirada sorprendida, pero el señor Langhorne estaba hablando de nuevo. —Me preguntaba si podría entrevistarla para el periódico, señorita Daisy.

Ella tragó saliva nerviosamente. Rechazarlo realmente no era una opción, pero tergiversó diciendo que preferiría esperar hasta haber visto la escuela y conocido a algunos de sus alumnos primero, y él pareció aceptarlo.

—Y ustedes dos —el señor Langhorne se volvió hacia el señor Rockford—. ¿Cuánto tiempo estarán en la ciudad?

—Unos días —dijo el señor Rockford lacónicamente—. Nos necesitarán de vuelta en el rancho bastante pronto.

—Bueno, todavía quiero hablar con ustedes sobre sus aventuras en las montañas este verano. ¿Encontraron algún nuevo filón emocionante de plata? ¿Quizás oro?

—Esa imaginación tuya vuela demasiado, Samuel —dijo el señor Rockford con una pequeña sonrisa seca—. Todo lo que encontramos fue mucho estiércol de vaca, eh, abono. —Se sonrojó, mirando de reojo a Daisy.

Ella ocultó su sonrisa bebiendo un sorbo de limonada. Había oído cosas mucho peores, pero ciertamente no tenía intención de dejar que los hombres pensaran que toleraría faltas de respeto.

—Hablaremos —advirtió el señor Langhorne antes de inclinarse ligeramente en dirección a Daisy y marcharse.

—Y ese era el señor Langhorne —dijo Winthrop en el repentino silencio—. Espero que no tenga escándalos en su pasado que él pueda desenterrar o embellecer, señorita Daisy, o todo el pueblo estará leyendo sobre ellos en el Rattlesnake Ridge Recorder.

Sus ojos azules eran incómodamente perspicaces, pero Daisy sabía que no tenía nada que temer en ese aspecto. Incluso si el señor Langhorne fuera tan propenso al embellecimiento como el alcalde Winthrop parecía estar insinuando, su reputación era intachable.

—Nada —dijo con perfecta sinceridad.

—Lo descubrirá pronto. O no si tiene suerte. —El señor Winthrop hizo una pausa por un momento—. ¿Le importaría decirme por qué una joven dama bien educada como usted elegiría aceptar un puesto

hasta aquí, en lugar de quedarse en San Francisco? —La pregunta fue directa. Casi imperdonablemente directa.

El señor Rockford aspiró bruscamente, mirando con dureza al señor Winthrop.

Daisy no dudó antes de responder. Había estado esperando que alguien preguntara. El señor Winthrop tenía derecho a conocer la respuesta a su pregunta. —El color de mi piel, señor Winthrop. —Hizo un gesto hacia su cara—. Mi madre era china. Aunque a distancia podría pasar por blanca, después de una entrevista conmigo ninguna de las diversas juntas escolares de San Francisco me contrataría para enseñar a sus hijos. Me temo que mis oportunidades de empleo se limitaban a aquellas a las que podía postular por correo.

No añadió que había esperado más que a medias que él la echara del pueblo con solo verla, sin siquiera un billete de vuelta a casa. Descubrir que no era la única persona sin piel blanca como el lirio en Rattlesnake Ridge era un alivio. Con Miz May, Matthew y su esposa obviamente respetados entre los habitantes del pueblo, incluso había comenzado a tener esperanzas.

—Más tontos ellos —dijo Winthrop con esa sonrisa que lo hacía atractivo de nuevo—. Su pérdida es nuestra ganancia. En cuanto al color de su piel, ¡bueno! —Hizo un gesto hacia el señor Rockford—. Mírelo a él. Después de un verano viviendo al aire libre en las montañas, ¡está mucho más oscuro que usted!

Era cierto. La piel de Daisy era de un dorado pálido, mientras que el señor Rockford estaba bronceado hasta un marrón roble profundo. Incluso la piel bronceada del señor Winthrop era más oscura que la

suya, y ella sospechaba que el trabajo de alcalde lo mantenía en interiores con mucha más frecuencia de lo que probablemente le gustaría.

—Gracias —dijo Daisy fervientemente, genuinamente agradecida por su falta de prejuicios.

La mirada firme del alcalde Winthrop se suavizó. —No tengo duda de que le irá bien aquí en la Ridge, señorita Daisy. Ha sido un placer, pero puedo ver a un buen número de personas haciendo fila para conocerla y no debería monopolizar su tiempo. Asegúrese de que regrese a su habitación a salvo, por favor —se dirigió al señor Rockford.

—Puede contar conmigo.

El señor Winthrop colocó una mano en el hombro del señor Rockford. —Sé que puedo. —Ofreció a Daisy otro respetuoso asentimiento antes de salir del salón.

Daisy se dejó caer en su silla con alivio. —Eso fue más fácil de lo que esperaba.

—Realmente pensó que la enviarían de vuelta —dijo el señor Rockford, obviamente sorprendido.

Ella asintió, avergonzada por las lágrimas calientes que ardían en la parte posterior de sus ojos. Había sido un día largo y agotador, y la presión de los ojos curiosos sobre ella era un peso casi tangible. —Sé que acabamos de llegar, pero ¿le importaría mucho acompañarme de regreso ahora? Estoy cansada.

—Por supuesto. —El señor Rockford no dudó, solo se levantó para ofrecerle su brazo—. Todos podrán conocer a la señorita Daisy en otra ocasión —cortó a un hombre de aspecto esperanzado que

intentó acercarse en su camino a la puerta—. Está exhausta, y le prometí al alcalde que la llevaría a salvo de vuelta a la casa de Miz May.

Su brazo estaba firme como una roca bajo su mano, y él mantuvo su paso corto para igualar sus pasos. A Daisy le sorprendió el impulso inexplicable de apoyar su cabeza contra su ancho hombro y se contuvo bruscamente. *¡Vaya, apenas conozco al hombre!*

—¿Tiene su llave? —preguntó el señor Rockford cuando llegaron a la puerta de la escalera—. No puedo abrir esta, arriba es solo para mujeres y niños.

—Miz May me lo dijo. —Sacando la llave de su bolsillo, Daisy la sostuvo en alto—. Gracias por acompañarme de regreso, señor Rockford.

—Cuando quiera, señorita. Adelante, abra la puerta. No me voy hasta que no oiga que la vuelve a cerrar con llave. —Retrocedió un paso y cruzó los brazos sobre su pecho.

Daisy ocultó una sonrisa ante su actitud protectora. —Es muy amable de su parte. Prometo que le diré al alcalde Winthrop que fue más allá del deber al acompañarme a casa a salvo.

—¡No será necesario, señorita! —Parecía casi tímido, inclinando su barbilla—. Me alegra hacerlo. Buenas noches, y que duerma bien.

—Buenas noches. —Cerrando la puerta tras ella, Daisy giró la llave en la cerradura y escuchó un clic satisfactorio. Solo entonces oyó las botas del señor Rockford arrastrarse en la tierra al alejarse.

Un hombre honorable, pensó mientras subía las escaleras. Había un toque de picardía en él, sin duda, pero estaba bastante segura de que Luke Rockford era un hombre en quien podía confiar y

definitivamente una de las primeras personas en Rattlesnake Ridge a quien podía llamar amigo.



Capítulo 5

LA ESCUELA ERA MÁS grande y bonita de lo que había pensado, observó Luke a la mañana siguiente. O lo sería cuando estuviera terminada. Las paredes y el techo estaban colocados, pero aún no había cristales en las ventanas. En el centro de la sala se estaban ensamblando los pupitres. El aroma a serrín llenaba el aire.

—Parece que está casi terminada —le comentó a Daisy. Cuando la había visto en el desayuno esa mañana, se había ofrecido a mostrarle dónde estaban la escuela y su nueva casa. Mientras caminaban, Luke había disfrutado de la conversación ligera sobre el clima y el pueblo. Caminar con una joven bonita del brazo era toda una experiencia, pensó Luke, y una que le encantaría repetir una y otra vez. Especialmente con la encantadora señorita Daisy.

Ella se volvió para mirarlo. —¿De verdad lo crees?

—¡Sí! —Observó su rostro ligeramente abatido y extendió la mano para tocar la de ella antes de pensarlo mejor—. He oído que los hombres que trabajaban aquí han sido llamados para recoger el

heno, pero no queda mucho por hacer. Incluso el cristal ya está aquí, ¿ves?

Daisy miró con expresión vacía los paquetes planos envueltos en papel que él señalaba. —No sé nada de construcción.

—Bueno, yo sí. Te diré algo: Jack y yo estaremos en el pueblo por un tiempo antes de tener que volver al rancho. Apuesto a que podríamos terminar este lugar para ti en una semana más o menos, y podrías mudarte a tu casa y comenzar a enseñar. Sé que los niños están ansiosos por empezar.

Luke estaba bastante seguro de que Winthrop se aseguraría de que él y Jack recibieran un pago por el tiempo invertido. Pero incluso si no fuera así, quería ver a Daisy establecida y feliz en su escuela. Diablos, enviaría a Jack solo al rancho con un mensaje para su padrastro si llevaba más de una semana.

—¿Harías eso? —Daisy parecía totalmente atónita, con sus profundos ojos marrones grandes y suaves mientras lo miraba.

Sus labios parecían suavemente besables y... *y no tengo ningún derecho a pensar en ella de esa manera. Una dama como la señorita Daisy no se enamorará de un vaquero rudo como yo.*

—Absolutamente —dijo con firmeza, sabiendo que Jack lo perdonaría. Especialmente porque la señora Barbara Jones también estaba ansiosa por ver la escuela terminada y a sus hijos instalados con su maestra—. Mientras hablas con los Handley, iré a ver si puedo encontrar al alcalde Winthrop y conseguir permiso para comenzar. Te tendremos instalada en un abrir y cerrar de ojos, ya lo verás.

—¡Gracias! —Ella le apretó la mano, con los ojos brillando como estrellas. Luke podría haber perdido la cabeza por completo si no fuera por la voz profunda que los interrumpió entonces.

—¿Quién está ahí? ¡Salgan inmediatamente, no tienen ningún asunto ahí dentro!

Daisy dio un pequeño grito de sorpresa y soltó su mano, retrocediendo de un salto. —¿Quién es?

—Parece el ayudante Watson —Luke no estaba seguro si estar furioso con el hombre o agradecerle que interrumpiera antes de que Luke hiciera algo irremediablemente estúpido, como intentar besar a la señorita Daisy—. Soy Luke Rockford, ayudante.

—¡Salgan con las manos en alto! —La voz de Watson cambió, con un tono de alegría infiltrándose en ella—. ¡Están invadiendo propiedad privada!

—Estoy acompañando a la nueva maestra, ayudante —Luke le dirigió a Daisy una mirada irónica, negando con la cabeza ante la actitud oficiosa de Watson—. Quería ver la escuela. Si entras, puedo presentártela.

Hubo un momento de pausa, y Luke estaba bastante seguro de que Watson estaba considerando si podría arrestar a Luke por allanamiento de todos modos. Luego se oyó una pisada pesada en los tablones de pino recién colocados del suelo, y Watson entró en la escuela con cautela, arma en mano.

Daisy soltó un pequeño grito al ver el arma, escondiéndose detrás de Luke. —¡Por favor, no dispare! ¡Realmente soy la nueva maestra! —exclamó—. ¡Tengo mis cartas del señor Winthrop conmigo, si quiere verlas!

Mirando con el ceño fruncido a Luke, Watson enfundó su arma. —No será necesario, señora. He oído sobre su llegada —Daisy salió de detrás de Luke, y la expresión de Watson cambió cuando la vio bien —. Grant Watson, señorita. Le ruego me perdone por haberla asustado, pero no toleramos intrusos en la propiedad del pueblo.

Luke nunca había visto esa emoción particular en el rostro de Watson antes, una especie de admiración servil, y le tomó un momento darse cuenta de que el otro hombre se había fijado en Daisy. Una vez que lo hizo, quiso golpear esa cara bonita de Watson hasta arrancársela.

Desafortunadamente, Daisy dio un paso adelante con la mano extendida; la encantadora sonrisa que él había notado que ella usaba para saludar a nuevas personas estaba pegada en su rostro. —Me disculpo, señor Watson. No tenía la más mínima idea de que estábamos haciendo algo incorrecto.

Watson aceptó la mano ofrecida y luego, obviamente sorprendió a Daisy al inclinarse para besarla galantemente. —Está perdonada, señorita Jackson. Usted no tiene la culpa de que Rockford tomara la decisión equivocada —los ojos de Watson se desviaron hacia Luke—, ...como de costumbre.

La mandíbula de Luke se tensó. —Soy un ciudadano respetuoso de la ley, ayudante —dijo entre dientes, furioso—. Si cree que tiene pruebas de lo contrario, ¿por qué no lo habla con el sheriff? Veamos si él piensa que tiene suficiente para una orden de arresto. McCullough no confía mucho en los rencores personales, tengo entendido.

Watson fingió que Luke no había dicho nada y habló de nuevo con Daisy. —Aunque usted tiene todo el derecho de estar aquí, señorita Jackson, no estoy seguro de que sea completamente seguro para usted estar dentro del edificio mientras aún está en construcción —Watson le ofreció su codo—. Por favor, permítame acompañarla afuera.

Los ojos de Daisy se movieron de Watson a Luke y viceversa. Luke esperó a que ella aceptara el brazo de Watson. El ayudante estaba más cerca de su edad, elegante y oficial con su limpio abrigo negro con la estrella brillando en el pecho. Guapo también, supuso Luke con melancolía, con un bigote perfectamente recortado y cabello castaño pulcramente cortado.

Justo el tipo de joven bien establecido que a Daisy probablemente le gustaría que la cortejara, en lugar de un vaquero pasados los treinta, pensó Luke.

Por eso, fue una completa sorpresa para él cuando Daisy se acercó a él y dijo: —Gracias, ayudante, pero no tengo ninguna duda de que estoy completamente segura con el señor Rockford.

Luke no fue el único sorprendido; la mandíbula de Watson cayó. Pareció enfurecido por solo un momento antes de borrar la expresión de su rostro. —He aprendido a nunca contradecir a una dama. No tengo duda de que la veré por aquí, señorita Jackson. Que tenga un buen día —Se llevó el sombrero hacia ella antes de girar sobre sus talones y salir, con los hombros rígidos.

—Probablemente deberías haberte ido con él —dijo Luke mientras escuchaban los pasos de Watson alejarse.

—No me cayó bien.

Eso lo sorprendió. —¿Por qué no? La mayoría de las mujeres piensan que es guapo, según me han dicho, y tiene un buen trabajo. Estable.
—Fue muy grosero con un amigo mío —Daisy le dio una pequeña sonrisa descarada antes de alejarse y caminar hacia la puerta en la parte trasera del gran aula—. ¿Está mi casa detrás?
¿Eso significa que me considera un amigo? Sintiéndose inexplicablemente cálido ante ese pensamiento, Luke se apresuró tras ella. —Supongo que sí. Vamos a echar un vistazo.
La casa estaba aún más cerca de terminarse, con el vidrio instalado en las ventanas y las paredes pintadas. *Todo lo que necesita son algunas cerraduras buenas y resistentes*, pensó Luke. El pueblo había tratado bien a su nueva maestra, poniendo todo nuevo. Incluso había una elegante estufa de cocina que habría dejado en éxtasis a su madre si la viera.
—Esto es encantador —dijo Daisy, mirando alrededor. Incluso había muebles: un marco de cama resistente sin colchón todavía, una bonita mesa pequeña con cuatro sillas y un gabinete bien hecho en la cocina—. Me pregunto si proporcionarán utensilios de cocina, o si tendré que comprar los míos —Pequeños dientes blancos mordisquearon su labio inferior con preocupación.
Luke se preguntó si andaba escasa de dinero. —Estoy seguro de que lo harán —dijo, pensando que tendría una conversación privada con Winthrop para asegurarse de ello—. Te llevaré a la tienda general de los Handley, luego podrás dirigirte a lo de Matthew para cenar más tarde.
—Eso suena como una excelente idea; gracias, señor Rockford.

—Ya que creo que dijiste, de manera indirecta, que nos consideras amigos ahora, deberías llamarme Luke —sugirió mientras salían del edificio y paseaban por el estrecho camino lateral de regreso a la calle Hill.

Daisy vaciló, luego le dio una pequeña sonrisa tímida. —Me gustaría eso, Luke. Y sí... te considero un amigo. Has sido muy amable, especialmente con tu oferta de ayudar a terminar la escuela —La sonrisa se convirtió en un ceño fruncido—. No me gustó nada la forma en que ese ayudante te habló.

—Eh, no le hagas caso a Watson —Al llegar a la calle principal de nuevo, Luke ofreció su brazo, complacido cuando ella metió su pequeña mano en el hueco de su codo—. No es mala persona, realmente —Aunque no le agradaba Watson, no podía negar que el ayudante sabía cómo hacer su trabajo y ayudaba al sheriff a mantener Rattlesnake Ridge mucho más ordenado que muchos pueblos sin ley que Luke había visto en sus viajes.

—No me cayó bien —Daisy estuvo callada por unos momentos antes de decir casi inaudiblemente—: No me gustó la forma en que me miró.

Luke no quería descartar sus preocupaciones; ella era una mujer hermosa. Los hombres debían mirarla con aprecio todo el tiempo. Nunca consideró que a una mujer atractiva podría no gustarle toda la atención. —Estoy seguro de que recibes muchas miradas de las que podrías prescindir —dijo pensativo.

—Crecí en los campamentos de oro de California, Luke. Estoy acostumbrada a que los hombres me miren lascivamente, me temo. Generalmente dice más de ellos que de mí —Se encogió de

hombros, como si no le importara mucho. Aun así, había algo en su voz.

Luke tuvo que pensar un momento sobre qué decir. —Creo que eres una dama inteligente, señorita Daisy —dijo finalmente—, y no creo que necesite decir nada más sobre Grant Watson. Lo has entendido bastante bien por ti misma.

—Mi padre siempre decía que yo era buena juzgando el carácter — Ella lo miró intencionadamente, y Luke se sintió repentinamente cálido por dentro.

Si ya me considera un amigo, eso es algo de lo que estar orgulloso.

Llegaron al cruce y giraron a la derecha en la calle Main, dirigiéndose a la tienda general que estaba a solo un par de edificios más abajo. Daisy sonreía a todos, deteniéndose para saludar a cualquiera que mostrara señales de querer charlar. Lo que significó que caminar esos pocos pasos les llevó casi media hora. Luke quedó impresionado por su paciencia y la forma agradable y educada en que interactuaba con todos.

—Podrías ser la dama más fina que he conocido, señorita Daisy — comentó Luke mientras la última pareja que los interceptó se alejaba. No pudo ocultar la calidez en su voz ni su admiración por sus esfuerzos para mostrarse accesible a completos desconocidos.

Ella realmente se sonrojó, bajando la cabeza. —Es amable de tu parte decirlo. No soy nadie especial. Solo una maestra que espera encajar aquí.

—Encajarás perfectamente.

Estaban parados en la acera justo fuera de la tienda general, así que no fue sorpresa cuando la puerta se abrió de golpe y la señora

Handley exigió saber qué era tan fascinante que Luke tenía que mantener a una dama bajo el sol ardiente.

—La mayor chismosa del pueblo —susurró Luke al oído de Daisy mientras entraban en la tienda siguiendo el paso imperioso de la señora Handley. Ella asintió para mostrar que entendía.

Es un puro placer ver a Daisy encantar a todos los que conoce, pensó Luke, manteniéndose atrás y observándola. Con unas pocas palabras bien elegidas, tuvo a la señora Handley bajo su hechizo en cuestión de momentos.

Al ver al alcalde Winthrop pasar por la calle, Luke pensó que ahora era tan buen momento como cualquier otro para abordarlo. —Discúlpame, señorita Daisy, pero veo al alcalde allí ahora. Iré a hablar con él sobre Jack y yo trabajando en la escuela, si no te importa. Para dejarte hablar con la señora Handley en privado.

—Por supuesto —Ella deslizó su pequeña mano de su brazo, y él inmediatamente sintió dolor por la pérdida—. No te preocupes por mí. Puedo encontrar el camino de regreso desde aquí.

—Te acompañé hasta aquí, y te acompañaré de regreso, señorita. Mi madre me despellejaría vivo si no lo hiciera. —*Además, quiero pasar más tiempo con ella y esa es una excusa tan buena como cualquier otra.*

Ella se rio, esos encantadores ojos marrones bailando de alegría, y asintió. —Muy bien. Prometo que no me moveré hasta que regreses.



Capítulo 6

DAISY SE DIJO SEVERAMENTE que ver a Luke Rockford alejarse con ese andar despreocupado era una pésima idea, pero aun así, la vista trasera era un espectáculo admirable. No llegaba a los seis pies de altura, pero poseía unos hombros extremadamente anchos que llenaban su abrigo de una manera que jamás habría creído posible si no lo hubiera visto con sus propios ojos. *Es excepcionalmente fuerte*, pensó. Había sentido los gruesos músculos de su brazo incluso a través de la manga cuando había apoyado su mano en él. Era impactante; ¡nunca antes había considerado lo musculoso que podría ser el brazo de un hombre!

Aun así, no podía dejar de pensar en Luke Rockford. *¿Por qué no está casado? Debe tener unos treinta años o poco más*, pensó, *y es tan apuesto. Un héroe de guerra y trabajador incansable; alguna mujer ya debería haberlo atrapado.*

Tal vez sea viudo, reflexionó. *Quizás perdió al amor de su vida de alguna manera terrible y trágica.*

Se perdió pensando en cómo podría haber sucedido, apenas prestando atención a lo que le decía a la señora Handley, hasta que la otra mujer la sacó de su ensueño preguntando: —Parece distraída, señorita Daisy, ¿se encuentra bien?

—Sí, sí —se disculpó apresuradamente—. Solo me preguntaba cuándo podríamos abrir la escuela para los alumnos.

—¡Oh, cielos, sí! ¡Mi Victoria está muy emocionada por empezar a asistir a una escuela de verdad! He hecho lo que he podido, pero con la tienda...

Daisy emitió un murmullo comprensivo que solo animó a la señora Handley a parlotear sin parecer tomar un respiro. Esto le venía bien a Daisy. Cualquier distracción de sus pensamientos rebeldes era buena. Su mirada volvió a Luke y notó que el señor Hollis se había unido a ellos. La boca de Luke era tan expresiva; no podía apartar los ojos de ella. Se preguntó si sería suave contra la suya. *¡Por Dios, ¿por qué estoy pensando esto!*

Daisy intentó concentrarse en los chismes de la otra mujer, pero no pudo. En cambio, su mente seguía divagando. Dando vueltas. Siempre regresando a una sola cosa: Luke Rockford.

—¡Oh, señor alcalde, qué bueno que se pasara por aquí!

Las palabras de la señora Handley la trajeron de vuelta al presente.

—La señorita Daisy estaba hablando sobre cómo espera sumergirse de lleno en la educación de las mentes jóvenes e impresionables de los niños de Rattlesnake Ridge; ¿cuándo estará terminada la escuela? —La mujer era como un terrier saltando sobre una rata.

El alcalde no pareció ofendido ni siquiera sorprendido por la pregunta. —De hecho, es por eso que estoy aquí con estos

caballeros. El señor Rockford y el señor Hollis han ofrecido completar el trabajo pesado mientras estén en el pueblo la próxima semana, y estoy encantado de aceptar. Pueden hacernos un gran favor difundiendo que tendremos una jornada de trabajo comunitario el sábado de la semana que viene para terminar todo, con un baile después para celebrar y presentar formalmente a la señorita Daisy al pueblo, y los primeros alumnos podrán venir el lunes siguiente.

Daisy dio un grito de alegría y juntó las manos. Luke le sonrió radiante, e incluso el señor Hollis, a quien habían comprometido en su ausencia para una semana de trabajo duro en lugar de un merecido descanso, parecía perfectamente feliz con la situación.

—¿Les van a pagar? —le preguntó Daisy a Luke en voz baja mientras la señora Handley interrogaba al alcalde Winthrop sobre lo que había que hacer.

—No necesitamos ningún pago, señorita Daisy.

—Pero no puedo aceptar...

—No es un regalo para usted, señorita Daisy. Es para todo el pueblo —dijo Luke con firmeza—. Winthrop lo ofreció, pero Jack y yo dijimos que no.

—¿De verdad? —Sorprendida, miró al señor Hollis, quien bajó la cabeza.

—No estaría bien tomar dinero por una labor de amor, señorita Daisy —le dijo el señor Hollis—. Tendremos alojamiento y comida gratis, y eso es suficiente para nosotros. Como dije... espero que mis propios hijos asistan a esta escuela algún día.

—Quizás más pronto de lo que crees —bromeó Luke suavemente—. Jack está enamorado de Barbara Jones, señorita Daisy —susurró,

aunque obviamente el señor Hollis podía escuchar cada palabra y le estaba lanzando una mirada asesina.

—Bueno, ciertamente puedo entender por qué lo estaría —dijo Daisy —. ¡Es la mujer más hermosa que jamás he conocido, y una madre maravillosa! Le deseo la mejor de las suertes con su cortejo, señor Hollis.

Las mejillas del señor Hollis se tiñeron de un rojo apagado mientras negaba con la cabeza. —No la estoy cortejando, señorita Daisy. No tengo nada que ofrecerle a una dama tan fina como la señora Jones. Ella merece un hombre con una buena casa en el pueblo y dinero para comprarle a ella y a los niños todas las cosas maravillosas que deberían tener.

Luke estuvo negando con la cabeza con exasperación durante todo el discurso del señor Hollis. Daisy suspiró en señal de acuerdo, decepcionada por la obstinación voluntaria de los hombres. —Estoy bastante segura de que Barb valoraría un corazón bondadoso y un hombre que realmente la amara a ella y a los gemelos por encima de esas cosas materiales —le dijo suavemente. El señor Hollis pareció sorprendido, y ella le aconsejó—: Piénselo —antes de apartarse.

Detrás de ella, escuchó a Luke murmurar: —¡Te lo dije! —al señor Hollis antes de acercarse de nuevo a su lado—. Comenzaremos a trabajar esta tarde, señorita Daisy, pero usted no debería estar aquí cuando lo hagamos. Por mucho que me desagrade admitir que el ayudante Watson tiene razón en algo, no sería seguro para usted; no mientras estamos serrando y martillando y cosas así.

—Me mantendré alejada hasta que me digas que es seguro —prometió Daisy—. Debería ir a inspeccionar los suministros que mencionó la señora Handley que tienen almacenados, las pizarras y los libros escolares y demás. Asegurarme de que tengamos todo lo que necesitamos. Y también me gustaría conocer al predicador antes de la iglesia del domingo. Me preguntaba si tal vez podríamos usar la iglesia para que yo me reúna con algunos de los niños para evaluar sus niveles de grado antes de que la escuela comience oficialmente, para saber lo que necesito hacer.

—Creo que el reverendo Brown estaría encantado de ayudarla con eso —estuvo de acuerdo Luke—, y también conocerá a todos los que tienen niños en edad escolar. Me gustaría llevarla para presentárselo, pero si voy a empezar... —Hizo un gesto de impotencia en dirección a la escuela.

Daisy se rio, pensando lo verdaderamente caballeroso que era a pesar de su ropa sencilla y su comportamiento rudo. —Luke, puedo ver tanto la iglesia como la pensión desde la puerta de la escuela. No me perderé. Y si alguna vez conozco a tu madre, prometo no decirle que me dejaste caminar a casa sin escolta.

Él parecía un poco tímido cuando sugirió: —Podrías conocerla el domingo, si quieres. Ella y mi padrastro siempre vienen al pueblo para la iglesia.

—Estaría encantada —dijo Daisy sinceramente.

Daisy se despidió de la señora Handley y del alcalde Winthrop. Salió a la acera y se dirigió de nuevo hacia el cruce. Al ver un letrero sobre una puerta al otro lado de la calle, comprobó si pasaban

caballos o carros antes de cruzar y entrar en la panadería de Matthew.

—¡Señorita Daisy! —La cara alegre de Matthew le sonreía desde detrás de un mostrador—. ¡Buenos días!

—Y buenos días para ti también, Matthew. Me siento un poco hambrienta, ¿qué tienes?

—Tengo unas hermosas empanadas de carne aquí, señora. Recién horneadas esta mañana.

No lo dudaba. Complacida, entregó su dinero a cambio de la empanada crujiente que olía deliciosamente. Había un banco junto a la pared, así que se sentó a comer, extendiendo cuidadosamente su pañuelo sobre su regazo para proteger su vestido.

—Eres un cocinero maravilloso, Matthew —elogió cuando terminó, lamiendo los últimos restos de salsa del extremo de su pulgar. Él había estado ocupado todo el tiempo que ella estuvo en la tienda, cortando verduras y moviendo bandejas dentro y fuera del gran horno en la pared trasera—. ¡Veo que cocinaré muy poco en esa elegante estufa nueva instalada en mis habitaciones!

—¿Le gustó? —Sonrió ampliamente—. Les dije cuál ordenar, cuando estaban eligiendo para usted.

—¡Entonces tengo que agradecerte! Aunque nunca podré producir algo tan bueno como esa empanada. —Suspiró—. Me temo que no soy la cocinera más hábil, y cocinar para uno siempre es algo tedioso.

—Siempre puede comer en lo de la señora May, sabe —dijo Matthew —. Siempre y cuando nos avise que va a venir. Mucha gente lo hace en lugar de cocinar sus propias cenas.

—Pensé que había más personas en la cena anoche de las que podían acomodarse en las habitaciones —dijo Daisy, esclarecida—. Entonces, ¿es como un restaurante?

—Bueno, sí, pero no puede elegir de un menú. ¡Simplemente recibe lo que sea que yo haya cocinado!

—Dudo que alguna vez me queje, entonces.

Compartieron una risa, disfrutando del ligero compañerismo. Matthew sacó un paquete de fruta seca y comenzó a cortarlas en trozos pequeños. —¿Qué tiene planeado para el resto del día, señorita Daisy?

—Todavía tengo muchas personas que conocer y con las que hablar. Es difícil empezar de nuevo en un lugar nuevo donde no conoces a nadie.

—La entiendo. Mi esposa y yo sentimos más o menos lo mismo cuando llegamos aquí.

—¡Es cierto! ¿Recuerdo que dijiste que seguiste al señor Rockford hasta aquí desde Tennessee?

—Sí, señora. Fue un viaje duro, se lo aseguro. No podíamos quedarnos en ningún hotel. Teníamos que dormir bajo las estrellas o en establos. No estuvo tan mal hasta que llegamos a las montañas. —Matthew se estremeció—. Hacía frío. Mucho frío. Más frío de lo que jamás había sentido. Y el señor Hollis tuvo que disparar a un puma que intentó atacar a nuestros caballos.

—¡Qué horrible! —exclamó Daisy—. Me alegro de que llegaran aquí a salvo. Una vez vi un libro en la gran biblioteca pública de San Francisco sobre animales de todo el mundo, y había imágenes de

todo tipo de leones junto con descripciones. ¡Seguro que no me gustaría encontrarme cara a cara con un puma!

—¿Una biblioteca real, ha visto una biblioteca real? —Los ojos de Matthew se iluminaron con interés—. Me gustan los libros, pero solo tengo uno, mi Biblia. El señor Rockford me la dio, nos enseñó a Cynthia, al señor Hollis y a mí a leer con ella mientras viajábamos a Rattlesnake Ridge.

—He tenido la suerte de visitar algunas bibliotecas, sí. ¡Quizás deberíamos incluso comenzar una pequeña aquí!

Matthew se rio, pareciendo escéptico. —¿Una biblioteca en Rattlesnake Ridge, señorita Daisy? ¿No se necesitan cientos y miles de libros para una biblioteca?

—Algunas de las grandes bibliotecas tienen esa cantidad de libros —admitió Daisy—, pero no creo que Rattlesnake Ridge necesite comenzar con tanta ambición. Aun así, definitivamente hablaré con el alcalde y el resto del consejo municipal sobre comenzar una. No hay razón por la que no podríamos tener una pequeña.

Otro plan más para poner en marcha, pensó Daisy mientras salía de la panadería y se dirigía con determinación hacia la iglesia. Justo después del mediodía, el sol ahora ardía con intensidad. Deseó que hubiera una pequeña brisa para remover el aire seco y polvoriento, pero no llegó ninguna.

No hacía mucho más fresco dentro de la iglesia, pero al menos estaba fuera del sol. Quitándose el sombrero, se deslizó en un banco, inclinó la cabeza y juntó las manos para rezar.

Cuando levantó la vista unos minutos después, un hombre estaba a su lado. Por su cuello blanco, dedujo inmediatamente que debía ser

el predicador, y se puso de pie con una sonrisa.

—Usted debe ser la ya legendaria señorita Daisy —dijo con un marcado acento escocés—. Reverendo Alastair Brown, a su servicio.

—Encantada de conocerlo, señor. Todos hablan muy bien de usted y de su iglesia. —Se sacudió la falda—. De hecho, hay algo de lo que quiero hablarle, si pudiera dedicarme unos minutos.

—Oh. Bueno, sentémonos de nuevo, muchacha, y me lo puede contar todo.

Mientras hablaban, Daisy rápidamente concluyó que el hombre ante ella era el tipo de predicador que podía respetar. Tenía un gran carisma y su discurso estaba salpicado de giros interesantes mientras le preguntaba sobre sus planes para la escuela.

Le contó sobre su idea de una biblioteca, además de pedirle permiso para usar la iglesia y reunirse con los niños antes de que comenzara la escuela, y encontró en él un entusiasta partidario de ambos planes.

—Tengo algunos libros en mi colección personal que estaría encantado de donar —dijo el reverendo Brown pensativo—. Pero necesitaremos una habitación en algún lugar. ¿Tal vez solo un día a la semana, para empezar, cuando la gente pueda venir y mirar los libros?

—Bueno, pensé que si manteníamos los libros en la escuela, podríamos tener la biblioteca el domingo después de la iglesia —dijo Daisy tentativamente, esperando que no lo considerara una actividad inadecuada para el día del Señor—. De esa manera, las personas que vienen de fuera del pueblo para el servicio también podrían usarla. No me importaría actuar como bibliotecaria.

—¡Eso es muy amable de su parte, muchacha! —Le sonrió ampliamente—. Pensar en las personas que de otra manera podrían perdérselo; puedo ver que usted y yo nos vamos a llevar muy bien. Mi esposa también estará interesada en participar, ¿si no le importa? La traeré a conocerla un día.

El alcalde Winthrop tenía razón, pensó Daisy mientras se dirigía de regreso a la pensión, cansada y acalorada. La gente de Rattlesnake Ridge solo quería una escuela para sus hijos, y no les importaba mucho el color de piel de la persona que la dirigiera, siempre y cuando estuviera entusiasmada con su trabajo, lo que ella definitivamente estaba.

Al llegar al cruce, podía oír el sonido de los martillazos desde la escuela y se sintió brevemente tentada a regresar. Sin embargo, consciente de la preocupación de Luke por su seguridad, cruzó la calle en su lugar para volver a la pensión. ¡Quizás vería si a Isabelle e Ishmael les gustaría mirar uno de sus libros! Después de todo, no hay mejor momento que el presente para comenzar. ¡Bien podría evaluar a los niños que vivían en el mismo edificio que ella, en lugar de esperar a usar la iglesia!



Capítulo 7

AL LLEGAR A LA pensión polvorientos, sudados y cubiertos de virutas de madera, Luke y Jack se dirigieron a su habitación para asearse. La señora May había enviado su ropa sucia de ayer a la lavandería, y se la habían devuelto, limpia y doblada a los pies de sus camas. Ninguno de los dos tenía ganas de hablar mucho; habían charlado bastante mientras trabajaban, averiguando lo que necesitaban hacer, pasándose herramientas, cotilleando.

Luke vio a Jack quitándose una astilla del pulgar mientras se dirigían al comedor para la cena y no pudo resistir la tentación de burlarse de él. —¿Vas a pedirle a Barb que te la saque?

—Voy a tumbarte de un golpe uno de estos días —refunfuñó Jack.

Luke se rio, y entraron en el comedor justo cuando Daisy, Barb y los niños llegaban por la puerta de la escalera.

—¡Buenas noches! —exclamó Luke alegremente, y los niños corrieron hacia él. Como siempre, se abalanzaron sobre él para darle el más breve de los abrazos antes de aferrarse a Jack. Sonrió,

observando la interacción. Isabelle e Ishmael sabían quién los quería, aunque Jack fuera demasiado testarudo para admitir lo que sentía. El tipo necesitaba superar sus nervios y preguntarle a Barb si podía cortejarla.

Luke notó que Daisy miraba alternativamente a Jack y a Barb mientras comían otra de las deliciosas cenas de Matthew. Era obvio para cualquiera que se molestara en mirar que Jack pendía de cada palabra de Barb, apartando los ojos de ella solo para prestar atención a sus hijos.

Daisy cruzó su mirada con Luke y sonrió traviesamente. Antes de que se diera cuenta de cómo lo había hecho, ella había conseguido de alguna manera dirigir la conversación al matrimonio preguntándole a Barb si alguna vez consideraría volver a casarse.

Jack se atragantó con su panecillo.

—Oh, por supuesto que sí —dijo Barb de inmediato—. Yo amaba a Peter, pero ha estado ausente tanto tiempo que los niños ni siquiera lo recuerdan. Me gustaría que tuvieran un padre. —Extendió la mano para apartar el cabello de la frente de Isabelle y sonrió con amor a la pequeña sentada entre ella y Jack.

—¿Y qué tipo de marido estás buscando? —insistió Daisy.

—Lo más importante es un hombre que quiera a los gemelos aunque no fueran suyos. Y un hombre que no me menospreciara por cantar para ganarme el sustento. —Los ojos azules de Barb estaban cansados—. Hay demasiados que piensan que lo que hago no es respetable. La mayoría ni siquiera pensaría en cortejarme, y menos aún en casarse conmigo.

Los enormes puños de Jack se cerraron sobre la mesa. —¡Eso no está bien, señora! ¡Usted es una dama respetable, y... y pelearía con cualquiera que dijera lo contrario!

—¿De verdad pelearías con hombres que fueran groseros con mamá? —Los ojos de Ishmael estaban muy abiertos con lo que parecía una gran admiración—. Porque el señor Bla...

—¡Ishmael! —Barb infundió a esa única palabra un tono de reprimenda; su hijo se calmó, un poco avergonzado—. No habrá peleas, muchas gracias. —Sus ojos eran suaves mientras miraba a Jack—. Le agradezco, señor Hollis. Su buena opinión significa mucho para mí.

Jack se había sonrojado de nuevo, observó Luke. Guiñó un ojo a Daisy, divertido. *Bueno, es un comienzo.*

—¿Y usted, señorita Daisy? —intervino Isabelle—. ¿Con quién se va a casar?

—Oh, con nadie, Isabelle —dijo Daisy, obviamente sorprendida por la pregunta.

—Pero, ¿qué tipo de hombre te gustaría para casarte? —insistió Barb. Su mirada se desvió hacia Luke, con un destello burlón en sus ojos. Él entrecerró los ojos, repentinamente sospechando que Barb sabía exactamente lo que Daisy había estado haciendo. Le estaba devolviendo la jugada, y ahora Luke era el blanco de su pequeña broma.

Aun así, estaba en ascuas esperando la respuesta de Daisy.

—Debo admitir que nunca he pensado mucho en ello —dijo Daisy—. Siempre he soñado con ser maestra, ¿sabes? Pero supongo... supongo que me gustaría simplemente un hombre que me amara

por mí misma. —Sus ojos se desviaron en dirección a Luke. Él estaba seguro de que había el más leve indicio de rubor en sus suaves mejillas doradas mientras continuaba—: Supongo que no me importaría si fuera mayor que yo, ni me preocuparía si tuviera mucho dinero o una casa propia. Siempre que estuviera dispuesto a trabajar duro para mantenernos y fuera bueno conmigo y con nuestros hijos... creo que ese es un hombre al que podría llegar a amar.

—Creo que te verás abrumada de pretendientes esperando calentar sus pies en tu hogar si dejas que la gente sepa lo bajos que has puesto tus requisitos —dijo Barb con una risita seca.

Daisy se unió a la risa. —Tal vez solo estoy esperando enamorarme. Dicen que es como un rayo en un cielo despejado cuando sucede.

—Has estado leyendo demasiados cuentos de hadas. —Barb se estaba riendo, sin embargo. Miró al otro lado de la mesa para encontrarse con los ojos de Luke—. ¿No crees, Luke?

—Creo que es un sentimiento hermoso —defendió a Daisy—, y espero que encuentres a ese hombre del que enamorarte algún día, señorita Daisy.

—Quién sabe —dijo Barb, con los ojos brillantes de picardía, y Luke se preguntó si podría salirse con la suya estrangulando a la pícara—. Tal vez ya lo has conocido.



El día siguiente era domingo. Luke se afeitó la barba de nuevo, esperando verse presentable para la iglesia. Aunque se dijo firmemente que estaba siendo estúpido, la idea de que Daisy conociera a su madre le tenía el estómago hecho un nudo. Solo conocía a Daisy desde hacía un par de días, y no había nada entre ellos más que amistad. No podía cortejarla; no tenía nada que ofrecerle. Además, ella probablemente lo veía como un hermano mayor o incluso como un sustituto de su difunto padre, no como un posible pretendiente.

No es que tuviera edad para ser su padre. A los treinta y dos, quizás le llevaba unos diez años. Ciertamente conocía a muchas parejas felices con diferencias de edad mucho mayores. Aun así, ella merecía algo mejor, y estaba decidido a no pasar demasiado tiempo suspirando por ella.

Por supuesto, la resolución se esfumó en cuanto la vio entrar en la iglesia con Barb Jones y sus hijos. Daisy Jackson en su mejor atuendo dominical era una visión para hacer que cualquier hombre se quedara mirando. Azul y blanco a rayas, el vestido se ceñía a su diminuta cintura y la hacía parecer aún más pequeña de lo que era.

Al verlo, ella sonrió ampliamente y se dirigió hacia él. —¡Buenos días, Luke! —exclamó alegremente.

—Buenos días también para ti, señorita Daisy. —Buscó algo para distraer su mente de lo encantadora que era la mujer frente a él. *¿El predicador? No. ¿Winthrop? No. Mi madre. Tendrá que servir.* Llamó con un gesto a la mujer mayor—. Mamá, esta es la señorita Daisy Jackson, la nueva maestra. Señorita Daisy, mi madre Maria Rockford Simpson y mi padrastro Herb Simpson.

Su madre parecía asombrada mientras Daisy los saludaba con su encanto habitual. Llevándose a Luke a un lado mientras el señor S interrogaba a Daisy sobre sus planes para la escuela, le susurró al oído: —¡En toda tu vida, nunca has presentado a una sola joven a Herb y a mí! ¿De qué se trata todo esto, Luke?

—Solo pensé que te gustaría conocerla —dijo débilmente, sabiendo que no estaba engañando a su madre ni por un instante. Ella le lanzó una mirada penetrante, pero no hubo tiempo de decir nada más; el coro estaba entrando para sentarse en sus sillas al frente de la iglesia, y el Reverendo Brown vendría justo detrás de ellos.

Daisy se despidió en un susurro y se apresuró a reunirse con Isabelle e Ishmael Jones. Jack se sentó con ellos, notó Luke con placer, mientras deseaba poder unirse a ellos él mismo. Daisy le lanzó una rápida mirada al sentarse con una de esas sonrisas chispeantes que él comenzaba a imaginar que reservaba solo para él. Suspiró con nostalgia antes de inclinarse hacia la mano que su madre tiraba insistentemente y tomando asiento junto a ella.

—Hermosa chica, Luke —se inclinó para decirle su padrastro, acompañando las palabras con un guiño conocedor.

No había duda sobre eso, especialmente con ese vestido. Luke rezó pidiendo perdón; desear a una joven respetable en la casa del Señor seguramente estaba bastante alto en la escala de pecados, pero su mente no podía callarse. Daisy era todo en lo que podía pensar: sus ojos brillantes y su sonrisa pronta, la forma en que su risa sonaba como música.

—Luke está loco por esa chica —oyó susurrar al señor S a su madre. Mientras fingía ignorar sus susurros, sabía que el señor S había visto

la verdad.

El único problema es que no estoy solo.

Por toda la iglesia, hombres bien aseados y con sus mejores trajes miraban a Daisy en lugar de prestar atención al servicio, Grant Watson entre ellos. Los pelos de la nuca de Luke se erizaron instintivamente. Había algo en la forma en que Watson la miraba, algo que no podía nombrar pero que estaba seguro que no le gustaba. El ayudante apenas apartaba los ojos de ella, y al final del servicio Watson fue el primero en apresurarse a su lado.

La estatura y el porte intimidante de Watson hicieron que la mayoría de los hombres que habían estado mirando a Daisy se detuvieran. Mejor aún, su posición como ayudante detuvo a algunos de los que podrían no haber querido aceptar un no por respuesta.

Luke debería estar agradecido, por el bien de Daisy, de que la presencia de Watson mantuviera a raya a los peores elementos de la sociedad de Rattlesnake Ridge.

Aún así, se sentía como emplear a un lobo para vigilar el gallinero contra los zorros.



Después de la iglesia, Luke caminó con su madre para visitar la tumba de su padre mientras su padrastro iba a buscar la cesta de comida. Era su ritual cada domingo que estaba en la ciudad. Luke lo

había extrañado los últimos meses mientras había estado en las tierras altas.

Sosteniendo la mano de su madre mientras estaban ante la lápida tallada, una en una larga fila perteneciente a los mineros que habían perecido en el accidente de la Spanish Main, Luke sintió que una sensación de paz descendía sobre él. Casi podía oír la voz de su padre, casi podía sentir la mano firme del duro viejo buscador que nunca había hecho fortuna por sí mismo pero que nunca había dejado de intentarlo. Había aceptado el trabajo en la mina para poner comida en la mesa para Luke y su madre, pero seguía pasando cada día que podía en las montañas buscando su propio filón madre.

—Habría estado tan orgulloso de ti —dijo suavemente su madre.

Luke se volvió para mirarla. —No puedo imaginar por qué. No es como si hubiera hecho gran cosa de mi vida, ¿verdad?

—No digas eso nunca. —Maria Rockford Simpson le dio a su único hijo una mirada severa—. No podría estar más orgullosa del hombre en que te has convertido. Este asunto de ayudar a construir la escuela... sí, sé que has caído rendido por la nueva maestra. También sé que rechazaste la oferta de Winthrop de pagarte por el trabajo.

Luke metió las manos en los bolsillos. —No necesito el dinero —murmuró—. Acabo de cobrar mi paga. ¿En qué voy a gastar el dinero de todos modos?

—Un abrigo nuevo estaría bien. Especialmente si vas a estar cortejando —bromeó su madre. Él le hizo una mueca. Sin embargo,

no se equivocaba. De hecho, había encargado uno el viernes, uno azul oscuro que pensó que podría quedar bien con sus ojos.

—Voy a conseguir uno, lo prometo.

Al ver su sonrisa complacida, Luke decidió compartir con su madre un secreto que había mantenido muy cerca de su pecho. —Jack y yo encontramos algo, en las montañas —murmuró, después de mirar bien alrededor para asegurarse de que nadie estuviera lo suficientemente cerca para escuchar.

Los ojos de su madre, tan azules como los suyos, se agrandaron y su boca se abrió por la sorpresa. —¿Plata? —susurró.

Luke sacó la pequeña pepita de mineral que había estado llevando consigo y se la mostró antes de volver a guardarla en su bolsillo. —Eso creo. Llevé conmigo algunos de los viejos diarios y mapas de papá, y pasamos unos días examinándolos, tratando de dar sentido a sus notas. Aquel último invierno cuando bajó de las montañas, juró que había encontrado algo prometedor, ¿lo recuerdas?

—Lo recuerdo. ¿Y crees que lo has encontrado? —Su voz se elevó con emoción, su mano aferrándose a su brazo—. ¿Has ido a ver al ensayador?

—No. —Luke negó con la cabeza—. Sabes que no he confiado en el señor Garrett desde aquel asunto con el puesto de ayudante. El ensayador trabaja directamente en su banco, y creo que Blake está en el bolsillo de Garrett. No confiaría en una palabra que diga.

—Dios mío, ¿entonces qué harás? —Parecía preocupada.

—Dar un paseo hasta Reno. Iremos después de que la escuela esté terminada el próximo fin de semana. Quería explicarles a ti y al señor S que llegaremos un par de días tarde.

—Ciertamente te has ganado el tiempo libre, mi amor. —Su madre le sonrió con orgullo, metiendo su brazo en el suyo para caminar hacia el banco donde el señor S acababa de sentarse con la cesta—. Te deseo la mejor de las suertes, y sabes que no diré una palabra... pero estoy tan orgullosa de ti. —Mientras lo empujaba de nuevo, su sonrisa se volvió traviesa—. Ahora, ¡un hombre que poseyera una próspera mina de plata definitivamente estaría en posición de mantener a una esposa!

—¡Basta, mamá! —Luke se rió, pero había heredado su perverso sentido del humor de su madre, así como sus ojos azules.

—¿Le estás diciendo a Luke que se asegure de atrapar a esa chica antes de que alguien más lo haga? —preguntó su padrastro mientras se acercaban a él, con una sonrisa en su rostro curtido—. Una joven muy bonita, Luke. Te tomaste tu tiempo para encontrarla, ¿no?

—No es mi chica, señor S —insistió Luke, tomando asiento en el banco. Con un gruñido anticipatorio de su estómago, aceptó la servilleta que le dio su madre, doblada alrededor de un grueso sándwich relleno de carne asada y pepinillos en rodajas—. Ella tiene grandes planes para su enseñanza, de todos modos.

—¿Y? —Le pasó una jarra de limonada fresca—. Cortéjala durante un año o así, sin prisa. Te dará tiempo para construirle una buena casa y todo.

Luke parpadeó, sorprendido. —¿Qué?

—Una chica como esa necesita una casa propia adecuada. Tu madre y yo hemos estado hablando. —El señor S miró el sándwich sin probar en su mano antes de encontrarse con los ojos de Luke de nuevo—. No eres mi hijo. Ya estabas crecido cuando Maria se casó

conmigo, pero te has convertido en un hombre del que cualquiera estaría orgulloso de llamar suyo. No tengo hijos, nadie a quien dejárselo todo. Así que quiero que tengas el rancho después de mí.

Sorprendido, Luke negó con la cabeza. —¡Deje de hablar como si fuera a caerse muerto, señor S!

—No estoy lejos de los setenta, Luke. —El viejo ranchero canoso sonrió con nostalgia a Maria, apretando la mano de su esposa mientras ella le devolvía una mirada cariñosa—. No me quedan tantos años por mucho que el buen Señor quiera ser amable. Tu madre lo recibiría todo de todos modos, y tú después de ella. No tiene sentido andar con rodeos. Quiero que te asocies conmigo ahora. Aprende a dirigirlo todo antes de que no esté para ayudar.

No sabía qué decir. Un poco aturdido, Luke solo miró a su padrastro mientras continuaba.

—Los santos la amen, tu madre nunca se ha quejado de que nuestra pequeña cabaña solo tenga dos habitaciones, pero un rancho como el Shooting Star necesita una casa de rancho adecuada. Tengo un buen terreno marcado en esa pequeña colina justo al norte de nuestra cabaña. Construye una casa adecuada allí y pídele a tu maestra que se case contigo entonces.

Sonaba demasiado bueno para ser verdad, como algo de un cuento. Luke negó con la cabeza, estupefacto. —Lo has planeado todo, ¿no? ¿Y si dice que no o se casa con otro?

—Bueno, entonces, al menos serás un hombre con una casa propia y un rancho próspero a tu nombre la próxima vez que una chica bonita te llame la atención.

El señor S era filosófico al respecto, pero honestamente Luke no podía imaginar querer casarse con nadie que no fuera Daisy. Nunca había conocido a nadie como ella. La idea de esperarla un año mientras construía una casa para que vivieran era insoportable, pero sabía que el señor S tenía razón además de ser extremadamente generoso.

Inclinándose hacia adelante, ofreció su mano. —Gracias. Estoy más agradecido de lo que puedo expresar, señor S, y honrado de que piense tan bien de mí. Acepto.



Capítulo 8

LA PRIMERA SEMANA DE Daisy pasó volando, entre conocer gente nueva cada día, desempacar los materiales escolares que el Sr. Handley guardaba en la tienda para ella y orientarse por Rattlesnake Ridge. Apenas vio a Luke excepto por las noches, ya que él y el Sr. Hollis parecían estar ocupando cada minuto de luz diurna trabajando en la escuela.

El artículo del Sr. Langhorne sobre la apertura de la escuela apareció en la primera página del Rattlesnake Ridge Recorder el miércoles, y el sábado por la mañana parecía que la mitad del pueblo había acudido para completar la escuela. Todo lo que Daisy tenía que hacer era mantenerse al margen y observar cómo fregaban el suelo, limpiaban las paredes recién pintadas y los alféizares, lavaban las ventanas hasta que brillaban, y cómo llevaban todos los nuevos pupitres y sillas para colocarlos exactamente donde ella quería.

Justo afuera de la escuela había mesas repletas de comida y bebida, todo traído por los buenos habitantes del pueblo. Matthew había

proporcionado una docena de tartas grandes, tanto saladas como dulces, y un verdadero festín se desarrollaba en la calle Hill. Un ambiente festivo se había apoderado de todo el pueblo. Dentro, sin embargo, estaba más tranquilo, con solo unas pocas personas dejándolo todo perfecto antes de que los niños llegaran para comenzar las clases el lunes por la mañana.

El alcalde Winthrop había pensado en todo, o casi todo. Pero Daisy estaba decidida a dar los toques finales a la escuela ella misma. Observó con orgullo cómo se colgaban en las paredes los carteles en los que había trabajado durante la mayor parte de su tiempo libre esa semana. Pinturas de colores brillantes deletreaban las letras del alfabeto en uno; otro enumeraba los números del uno al veinte en palabras, numerales e imágenes. El Sr. Langhorne del periódico le había impreso una hermosa copia del Padrenuestro, lo suficientemente grande como para ser leído desde el otro lado del aula. Le había prometido componer e imprimir copias de la Constitución, la Declaración de Independencia y cualquier otra cosa que pudiera necesitar, asegurándole que convencería al alcalde para que lo pagara.

Una poderosa presencia se alzó detrás de ella y Daisy se volvió, con una sonrisa brotando en sus labios anticipando ver a Luke. La sonrisa se desvaneció cuando encontró a Grant Watson de pie allí en su lugar. —Diputado —dijo con rigidez. Por más que lo intentaba, no podía lograr sentir simpatía por el hombre. Parecía aparecer en todos los lugares a los que ella iba en el pueblo. Encontraba su presencia y la manera intensa en que la miraba decididamente inquietante.

Afortunadamente, quizás, el diputado Watson parecía no darse cuenta de su disgusto. —Señorita Daisy, la escuela se ve maravillosa. Debería estar muy orgullosa.

—No he hecho casi nada —negó ella—. El Sr. Rockford y el Sr. Hollis son quienes han trabajado tan duro para hacer que esto suceda. Además de toda esta gente maravillosa que ha venido a dar los toques finales y preparar esta fiesta para que todos compartan. — Hizo un gesto vago hacia la puerta, esperando que captara su indirecta y la acompañara afuera, donde estarían rodeados de gente. Las fosas nasales del diputado Watson se dilataron por un instante, haciendo que su apuesto rostro fuera mucho menos atractivo. No reconoció sus palabras más allá de un breve asentimiento, sino que continuó hablando. —Sé lo ansiosos que están los niños por comenzar la escuela.

—¿Oh? ¿Con cuáles ha estado hablando? —preguntó Daisy. Lo había visto más de lo que hubiera deseado esta última semana. Cada vez que lo había divisado, había estado distante de los demás, observando lo que ocurría con los brazos cruzados, frunciendo el ceño de manera intimidante. No podía imaginar a ningún niño acercándose voluntariamente a él para ofrecerle información.

—Eh. —El diputado Watson parpadeó rápidamente un par de veces —. He, eh, escuchado a gente hablar de ello.

—En verdad. —Alargó la palabra con cinismo, dándole la mirada que normalmente reservaba para los alumnos a quienes había sorprendido diciendo mentiras.

La sombra de un ceño fruncido cruzó su rostro antes de que forzara una sonrisa de nuevo. —Parece que todo está listo aquí. Debería

salir y disfrutar de las festividades, Daisy. ¿Me permite? —Le ofreció su brazo.

Daisy no hizo ningún intento de tomarlo. —Prefiero ser la señorita Daisy para todos, para evitar confundir a los niños.

—Pero no hay niños aquí —señaló el diputado Watson.

—¡Entonces puede llamarme señorita Jackson! —Hirviendo de rabia, salió furiosa por su cuenta. *¡Cómo se atreve! La arrogancia de este hombre, pensando que podía tomarse la familiaridad de usar mi nombre de pila así*. Quería abofetearlo.

—¿Señorita Daisy? —La voz de Luke llegó desde su izquierda—. ¿Está todo bien?

Casi se aferró a él, agradecida por su cálida preocupación y el respeto absoluto que siempre le mostraba a pesar del terrible comienzo cuando accidentalmente le mostró su enagua en la ventana. —Luke. Aquí está. ¿Dónde está el Sr. Hollis?

—Jack está allá con Barb y los gemelos. ¿Qué demonios ocurre?

Sabiendo que había mala sangre entre Luke y el diputado Watson —Barb le había contado todos los detalles unos días antes. Daisy se había indignado por Luke, pero no quería crear problemas. En su lugar, se obligó a sonreír, esperando que no pareciera demasiado falsa. —El alcalde Winthrop va a inaugurar oficialmente la escuela, y quiero que ustedes dos estén al frente. Hoy no estaría sucediendo si no fuera por ustedes.

—Oh —Luke parecía tímido—. No fue nada, señorita Daisy.

—Ciertamente no fue nada, en efecto. Venga conmigo. —Tomando su mano, lo llevó hacia Jack Hollis—. Y usted también, Sr. Hollis. No

permitiré que ustedes dos se escondan en la parte de atrás de la multitud fingiendo que no merecen ningún elogio por esto.

—Muy bien dicho, señorita Daisy. —El reverendo Brown había estado de pie con Jack y Barb, y asintió firmemente—. Estos dos han hecho la obra del Señor esta semana.

—Será mejor que usted también venga, Reverendo. No enseñaré en una casa que no haya sido bendecida por un hombre de Dios.

—Puede que yo sea un hombre de Dios, pero la señorita Daisy es una fuerza de la naturaleza —oyó murmurar al predicador al Sr. Hollis mientras ella se giraba para sumergirse entre la multitud nuevamente.

—Amén a eso —oyó murmurar al Sr. Hollis en respuesta.

Todavía sostenía la mano de Luke, se dio cuenta, mientras se acercaba a los escalones de la escuela. Él había curvado sus dedos alrededor de los de ella, sujetándola firmemente. Su mano se sentía cálida y fuerte, los callos contando la historia de una vida de duro trabajo. Mirándolo, lo encontró contemplando sus manos unidas con una expresión desconcertada.

Debería soltarlo. Pero sostener su mano se siente tan agradable...

—¡Ahí está, señorita Daisy! ¡Ah, y tiene con usted a los hombres del momento! —El alcalde Winthrop la saludó cuando se acercó a los escalones.

Soltó la mano de Luke con reluctancia, consciente de que todas las miradas estarían sobre ella. Se sintió desamparada ante la pérdida.

—¿Lista? —preguntó el alcalde Winthrop, y Daisy asintió—. Inauguraré oficialmente la escuela y luego la invitaré a decir unas palabras, si le parece bien.

—Perfecto —aceptó. Por el rabillo del ojo, vio a Samuel Langhorne apresurándose hacia ellos.

—¡Y aquí está Langhorne para asegurarse de que todos sepan todo al respecto, aunque creo que todo el pueblo ya está aquí! —Winthrop se rió antes de subir los escalones y volverse para enfrentar a la multitud. Intentó captar la atención de todos, pero no podía ser escuchado por encima del bullicio de la gente.

Luke se llevó dos dedos a los labios y dejó escapar un agudo silbido, haciendo que Daisy saltara, pero tuvo el efecto deseado de silenciar a la multitud parlanchina para que Winthrop pudiera dirigirse a ellos.

El alcalde comenzó agradeciendo al resto del consejo municipal, que había acordado con él que una escuela y una maestra eran servicios esenciales para Rattlesnake Ridge y votado para asignar los fondos para ellos. Un aplauso cortés recibió eso, pero cuando dijo: —Y me encantó que una candidata tan bien cualificada como la señorita Daisy Jackson respondiera a nuestro anuncio —hubo una animada ovación.

Daisy se sonrojó, y Luke se inclinó cerca para murmurarle al oído: —¿Ya no le preocupa si encajará aquí, señorita Daisy?

Ella le sonrió en respuesta antes de subir los escalones para ponerse junto a Winthrop cuando el alcalde le hizo señas. Le estrechó la mano. —¡Gracias por una bienvenida tan cálida! —exclamó cuando los aplausos cesaron.

Había escrito una lista de personas a quienes agradecer, así que la sacó de su bolsillo para asegurarse de no olvidar a nadie. Agradeció a cada persona en la lista, asegurándose de añadir algo personal a sus agradecimientos. —Y finalmente, un agradecimiento muy

especial al Sr. Luke Rockford y al Sr. Jack Hollis, ¡quienes renunciaron a su semana libre para terminar la escuela, sin paga! —terminó, y hubo un rugido definitivo de aprobación de la multitud. Extendiendo su mano para calmarlos, Daisy dijo: —Una última cosa. Me gustaría pedir al Reverendo Brown que se una a nosotros y diga una oración de bendición para la escuela.

El Reverendo le sonrió y subió los escalones, abriendo sus brazos para abrazarla y besándola en ambas mejillas. —El Señor le sonríe a usted y a esta escuela, señorita Daisy. No necesita mi bendición, pero la tiene de todos modos.

Lágrimas de felicidad pincharon los ojos de Daisy mientras escuchaba la bendición del predicador y las palabras finales del alcalde Winthrop declarando la escuela oficialmente completa y abierta para los estudiantes a partir del lunes por la mañana. Podía ver tantas caras emocionadas, tanto niños como padres. Solo esperaba poder cumplir con sus expectativas y hacer de la escuela un lugar de aprendizaje valioso para los niños del pueblo.

—Por favor dime que no estás llorando —dijo Luke después de que ella bajó los escalones para unirse a él.

—Son lágrimas de felicidad. —Sacando su pañuelo, se secó los ojos, riendo un poco—. Mi propia escuela... esto es un sueño hecho realidad para mí.

Luke colocó una mano en su codo y la guió suavemente hacia un lado, colocando deliberadamente su cuerpo entre ella y la multitud para que nadie viera sus lágrimas. Daisy le lanzó una mirada agradecida, secándose las lágrimas. No iba a permitir que todos vieran lo emocionada que se sentía.

—¿Está bien ahora, señorita Daisy? —preguntó Luke suavemente, con su mano aún en su codo—. Podría inventar alguna excusa de que hay algo que necesita atender adentro, si necesita un momento.
Casi se derritió. —Eso es muy dulce de tu parte, pero creo que estaré bien. Gracias.
Él bajó la cabeza de esa manera incómoda que tenía cuando alguien lo elogiaba. —No es nada, señorita Daisy.
—Para mí sí lo es. —Colocó su mano sobre la de él y la apretó ligeramente para enfatizar sus palabras. Luke giró su mano y atrapó la de ella, devolviéndole el apretón. Por un momento el tiempo pareció detenerse mientras se miraban el uno al otro, al menos hasta que los chillidos de felicidad de los niños los sacaron de su mutuo ensimismamiento.
—¡Vamos a la escuela! ¡Vamos a la escuela! —Isabelle Jones y Victoria Handley bailaban alegremente. Ishmael, un poco más callado y menos demostrativo que su gemela, todavía tenía una amplia sonrisa en su rostro... y el sombrero de vaquero de Jack Hollis en su cabeza otra vez.
—Vas a tener que comprar un nuevo sombrero, Sr. Hollis —bromeó Daisy mientras Barb la agarraba para abrazarla.
—Creo que voy a tener que hacer precisamente eso, señora —aceptó Jack. No parecía que le importara en lo más mínimo, en cambio, levantó a Ishmael para sentarlo en sus hombros—. Este joven vaquero va a necesitar uno algún día. Mejor que se acostumbre ahora.
—¡Falta mucho tiempo para que eso sea necesario! —rio Barb.

Pero el Sr. Hollis se mostró inflexible. —Compraré uno en Reno el lunes.

—¿Vas a Reno? —Barbara sonó sorprendida—. ¿Para qué?

Era la primera vez que Daisy oía hablar de eso también. Vio a Luke y al Sr. Hollis intercambiar una mirada cautelosa. Curioso. Quería preguntar más, pero no era asunto suyo.

El silencio se prolongó, volviéndose incómodo. La mirada de Barb no cedía, y ambos hombres se removían de un pie a otro. Algo estaba pasando. Algo que no querían que otros —o específicamente Barb— supieran.

—Tengo que ver a un hombre sobre ganado que interesa a mi padrastro —dijo Luke después de un par de minutos—. Estaremos de vuelta el martes, supongo. Luego iremos al Shooting Star el miércoles... para volver al trabajo.

—Sí —aceptó rápidamente el Sr. Hollis. Con una risa, añadió—: Terminar la escuela ha sido un buen descanso de lidiar con novillos tercos, se lo aseguro.

—Bueno, les aseguro que lo aprecio muchísimo. —Daisy dudó, y luego dijo—: Cuando regresen al pueblo el martes, ¿me dejarían prepararles la cena a ambos para agradecerles? Tú también deberías venir, Barb, con los niños.

—Vaya, eso suena encantador —dijo Barb de inmediato. Una vez que ella había aceptado, no había posibilidad de que el Sr. Hollis declinara. Luke también aceptó, diciendo que estaría honrado.

—Quizás no lo pienses así una vez que hayas probado mi cocina. —Daisy se rió, pero ambos hombres insistieron en que estaban

seguros de que ella era mucho mejor cocinera que cualquiera de ellos.

—Después de meses comiendo en el camino, cualquier cosa cocinada en una estufa adecuada es un manjar —insistió Luke.

—Mamá, tengo hambre —Ishmael tiró de la mano de Barb.

—¡Siempre tienes hambre! —Barb se rió, acunando la mejilla de su hijo en su mano—. Vamos, entonces. Vamos a probar algo de esta comida.

—Sí, mejor ponerse en la fila o ¡no quedará nada! —acordó Luke, atrapando a Isabelle por una trenza voladora mientras bailaba junto a él y llevándola suavemente a la fila. El pequeño grupo se dirigió al final de una de las largas mesas repletas de comida.



Capítulo 9

—AQUÍ ESTÁS —DIJO MIZ May, entregándole un plato a Daisy—. Pensé por un momento que la invitada de honor se saltaría el festín.

—No me lo perdería por nada del mundo. Todos se han esforzado tanto. —Daisy contempló la mesa con asombro; incluso después de que la mayoría del pueblo ya hubiera pasado por ahí, todavía había bandejas y cuencos repletos de comida.

—La escuela es importante para el pueblo —dijo Miz May—. La gente quiere que sus hijos se eduquen; incluso si ellos mismos no saben leer ni escribir, todos entienden que una educación abre puertas. Un muchacho que sabe leer y hacer sus cuentas podría tener su propio rancho algún día en lugar de trabajar como peón toda su vida, y una chica que sabe leer, bueno... —La sonrisa de la otra mujer era irónica—. Es más que solo un cuerpo cálido para llevar bebés.

Daisy se preguntó si alguien había tratado alguna vez a Miz May como solo un cuerpo cálido para llevar bebés, pero el comportamiento de la mujer mayor difícilmente invitaba a preguntas

personales. Aun así, Daisy sentía curiosidad por ella, y se atrevió a hacer algunas preguntas mientras pasaban por la fila. —¿Lleva mucho tiempo en Rattlesnake Ridge, Miz May?

—Algunos años. —Miz May hizo una pausa antes de asentir hacia Luke y decir—: Mi esposo y yo encontramos un poco de oro en California, decidimos mudarnos aquí y abrir una casa de huéspedes. El accidente de Spanish Main donde murió el padre de Luke Rockford ocurrió poco después, y teníamos muy poco negocio. Cuando mi esposo murió, pensé en irme, pero no tenía ningún otro lugar adonde ir.

—Debió ser difícil —dijo Daisy con simpatía.

—Lo fue, especialmente con el sheriff que llegó poco después, Eli Pierce. Corrupto hasta la médula. —Habían estado hablando en inglés, y Miz May cambió abruptamente al chino—. Te dije que te aseguraras de atrancar tu puerta además de cerrarla con llave; eso era el miedo residual de aquellos días hablando. Pierce dirigía este pueblo como su propio pequeño reino, y todos estaban demasiado asustados para decirle que no. Ya no es así aquí. El sheriff McCullough no tolera nada de ese tipo de cosas.

—Es bueno saberlo —respondió Daisy en el mismo idioma.

—¿Están hablando en chino? —preguntó Isabelle con interés—. ¿Qué están diciendo?

—Le estoy diciendo que tenga cuidado con una pequeña monita traviesa en su aula con largas trenzas castañas. —Miz May tiró de una trenza y le guiñó un ojo a Isabelle, quien se rio.

Encontraron un lugar en el borde de las aceras de madera y se sentaron a comer, observando cómo la gente iba y venía a las

mesas, rellenando sus platos, hablando y riendo.

Daisy se volvió hacia Miz May a su lado y dijo en chino: —El señor Rockford ha sido muy servicial y atento. ¿Es un hombre en quien debería confiar?

Las finas cejas negras se elevaron antes de que Miz May riera. —Confiaría mi vida a Luke Rockford.

—Es bueno saberlo. —Sin explicación, Daisy se encontró sonrojándose bajo una mirada conocedora. Apartando la vista, se concentró en su comida, al menos hasta que los primeros acordes de música llegaron a sus oídos.

Al mirar hacia arriba, descubrió que las mesas habían sido trasladadas a un lado, dejando libre todo el centro de la calle. Varios músicos estaban bajo el toldo frente a la panadería de Matthew. Violines, banjos, una guitarra y una armónica figuraban entre los instrumentos que exhibían los hombres. En pocos momentos comenzaron a tocar una animada giga.

Para sorpresa de Daisy, Miz May fue la primera en ponerse de pie. Descubrió por qué un momento después cuando el Sr. Dobson vino caminando por la calle, sonriendo ampliamente. —¡Vamos a bailar, May! —le gritó. La pareja se alejó girando entre la multitud de bailarines que rápidamente se estaba formando.

—¡Eso fue inesperado! —rio Daisy.

—Oh, a ambos les encanta bailar —le dijo Barb mientras se acercaba con el resto del grupo—. Bailan juntos cuando toco el piano casi todas las noches. Al menos cuando Dobson puede escaparse del bar.

—Y tú nunca tienes la oportunidad de bailar porque siempre estás tocando ese piano, así que ¿qué dices? —preguntó el Sr. Hollis.

Barb le dio la mano de inmediato, con los niños corriendo tras ellos entre la multitud, dejando a Daisy y Luke repentinamente solos en medio de la fiesta.

—¿Y usted, señorita Daisy? —dijo Luke arrastrando las palabras—. ¿Le gusta bailar?

—Hace tiempo que no lo hago —admitió, mientras pensaba que parecía muy divertido. Todos bailaban como querían, sin preocuparse por ningún patrón formal o pasos.

—También hace tiempo para mí, pero creo que recuerdo cómo. —Con sus ojos azules brillantes mientras se ponía de pie, Luke se inclinó ante ella ofreciendo su mano—. ¿Le gustaría bailar?

—Me encantaría. —Poniendo su mano en la de él, dejó que la levantara y la arrastrara entre la multitud riente. Aunque al principio estaba preocupada de chocar con alguien, el brazo firme de Luke en su cintura la hizo sentir sorprendentemente segura y protegida. Se relajó en el baile, siguiendo su guía.

Había bailado con hombres antes, pero como le había dicho a Luke, no en mucho tiempo. Sin embargo, no recordaba haber sentido nunca esta curiosa sensación de estremecimiento cuando un hombre le tomaba la mano, la acercaba y la miraba a los ojos.

—Baila usted maravillosamente —dijo Daisy, de repente consciente de que no estaban hablando.

—Usted también. —De repente la levantó completamente del suelo para dar una vuelta completa.

Daisy rio con la repentina libertad que esto le dio, poniendo sus manos en los hombros de él.

—¡Vaya, es usted ligera como una pluma! —Luke sonrió encantado.

Un hombre alto tocó el hombro de Luke. —No puedes quedarte con la dama para ti solo, Rockford.

Luke suspiró exageradamente. —Siempre has sido una espina en mi costado, Barrett. Señorita Daisy, ¿conoce a Barrett Wright? Tiene tres chicos que serán la pesadilla de su vida una vez que comience la escuela.

—Nos conocimos hace unos días —dijo Daisy, recordando al tranquilo ranchero. Había venido a charlar brevemente con ella cuando estaba examinando a los estudiantes en la iglesia; sin embargo, solo sus dos hijos mayores vendrían a la escuela inmediatamente. Aceptó su mano ofrecida con una sonrisa, pero no pudo evitar esperar tener otra oportunidad de bailar con Luke más tarde.

Pasando de mano en mano, de ranchero a minero, de vaquero a granjero, y de vuelta, hasta que la cabeza de Daisy estaba a punto de dar vueltas. Incluso bailó con el Sr. Dobson, antes de finalmente levantar las manos hacia el alcalde Winthrop con una disculpa. —¡Me duelen los pies y estoy desesperadamente sedienta!

—No me extraña. —Winthrop le sonrió—. Ha bailado hasta casi desgastar sus pies. Vaya a descansar.

Había muchas menos mujeres que hombres en Rattlesnake Ridge, reflexionó Daisy mientras se servía un vaso de limonada y se sentaba un momento en los escalones de la escuela.

El hijo del Sr. Dobson, Phillip Jr., estaba sentado allí; le ofreció una tímida sonrisa. —¿Se está divirtiendo, señorita Daisy?

—¡Sin duda! —Daisy miró alrededor, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Para ser un pueblo pequeño, Rattlesnake Ridge sabe

realmente cómo organizar una fiesta.

Phillip Jr. se rio. —Todos están emocionados con la escuela. ¡Yo también lo estoy!

—Puede que no lo pienses así cuando empiece a desafiarte a que te esfuerces —bromeó Daisy ligeramente. Luego, al verlo repentinamente ansioso, añadió—: ¡Oh, no te preocupes! ¡Ya sé que estás casi más allá de lo que puedo enseñarte solo por el ensayo que me mostraste la semana pasada!

El adolescente se sonrojó tímidamente. —Aún quiero aprender todo lo que pueda enseñarme, señorita Daisy.

—¡Lo harás, te lo prometo! —A punto de preguntarle qué esperaba hacer cuando fuera mayor, Daisy fue interrumpida por una voz profunda.

—¿Podría reclamarla para este baile, señorita Daisy? —Grant Watson estaba de pie sobre ella, con la mano extendida.

Daisy pensó rápido. Había terminado su bebida y se había refrescado. Si alegaba cansancio, Watson era capaz de sentarse a su lado, algo que no deseaba particularmente. —Muy bien —dijo finalmente y se puso de pie sin tomar su mano—. Hablaremos en otra ocasión, Phillip —le dijo a Phillip Jr., quien le devolvió una tímida sonrisa.

Watson parece incluso más fuera de lugar aquí de lo que yo me siento, pensó Daisy. El hombre bailaba con una torpeza contenida mientras todos los demás parecían relajados, casi desinhibidos. Se sintió desconcertada con él, anhelando escapar. Echó una mirada alrededor buscando a Luke, esperando que apareciera para interrumpir.

—Se ve muy bonita hoy —dijo Watson.

Ella suspiró interiormente. —Gracias.

—Aunque estoy seguro de que esto no es a lo que está acostumbrada, espero que no se sienta ofendida por los toscos intentos de la gente del pueblo por impresionarla. —Sus ojos recorrieron la multitud, una ligera mueca de desprecio haciendo su rostro mucho menos atractivo.

—¡No creo que esto sea tosco en absoluto! —le dijo ella con descaro —. Estoy muy impresionada por la bienvenida francamente encantadora. Ciertamente no estoy acostumbrada a ser tratada con tanta calidez y amabilidad por todos. —Daisy estaba irritada por su tono despectivo. *¿Quién se cree que es? No es mejor que todos los que están aquí.*

—Es usted demasiado generosa. Tenemos suerte de tenerla.

Su tono zalamero molestó a Daisy. Apretó los dientes para no responderle bruscamente a Watson y miró a su alrededor otra vez con la esperanza de ser rescatada.

El rescate llegó en la improbable forma de Samuel Langhorne, el periodista sonriendo radiante al captar su mirada. —¡Aquí está! Disculpe, agente, pero necesito llevarme a nuestra maestra para una entrevista.

Watson parecía querer objetar, pero Daisy ya se había agarrado del brazo de Langhorne con alivio, aceptando su brazo y acompañándolo de regreso a la escuela.



Dejado solo en medio de los bailarines, Grant Watson frunció el ceño antes de dirigirse hacia un lado de la calle. No le gustó que lo dejaran allí parado como un tonto. Aunque, supuso, Daisy no tenía más remedio que mantener contento al periodista.

Al menos no tenía que verla bailar con Luke Rockford. Grant ni siquiera podía decir qué era lo que le molestaba tanto del soldado convertido en vaquero, solo que se sentía incómodo cada vez que esos fríos ojos azules se posaban en él. Era como si lo estuvieran midiendo y encontrando deficiente.

—Encantadora muchacha —dijo una voz detrás de él. Se volvió para encontrar a su tío de pie allí, observando a Daisy.

Liston Garrett era un hombre bajo, y su corpulenta figura mostraba los efectos de la buena vida, o tan buena vida como Rattlesnake Ridge podía proporcionar. Se relamió los labios mientras miraba a Daisy.

Grant reprimió el impulso de moverse frente a su tío para bloquear su vista. —Es encantadora —estuvo de acuerdo en cambio—. No es como todos los de por aquí.

—Es de clase, sin duda —coincidió Garrett—. Deberías casarte con ella.

—No pensé que te gustaría, ya que es medio china. —Grant había escuchado la diatriba de Garrett sobre la raza de la nueva maestra y

cómo al resto del consejo del pueblo no parecía importarle un par de días antes.

—Hay que mirarla muy de cerca para notarlo. —Garrett se encogió de hombros—. Si tuviera hijos con un buen muchacho blanco como tú, no creo que nadie pudiera darse cuenta.

Grant frunció el ceño, pero la verdad es que sin la aprobación de su tío, no consideraría casarse con Daisy. Y tendrían hijos muy guapos.

—Sería una buena pareja para ti. Con clase, educada. No hay ninguna otra mujer en la Ridge que haya captado tu atención en los últimos años, ¡eso es seguro! —Garrett rio ricamente—. ¿A menos que estés esperando una de esas novias por correspondencia que Winthrop anunció?

—¡No! —negó Grant de inmediato. No estaba interesado en casarse con una mujer a la que nunca había visto, una mujer que había venido a un lugar como Rattlesnake Ridge para casarse con un desconocido porque se le habían acabado las perspectivas en otros lugares. La señorita Daisy, sin embargo, estaba aquí por una razón diferente. Admiraba su valor además de su educación y clase. Y sí, se admitió a sí mismo, no estaría tan interesado si ella no fuera tan hermosa.

—Ella está destinada a cosas mejores que algún vaquero bueno para nada —provocó Garrett mientras Luke Rockford pasaba, dirigiéndose hacia donde Daisy salía nuevamente de la escuela con Langhorne.

—Él no estará por aquí mucho tiempo. —Grant no estaba seguro de a quién estaba tratando de convencer, a Garrett o a sí mismo—. Solo se quedaba para terminar la escuela. Pronto volverá al rancho de su

padrastro, y entonces tendré mi oportunidad de cortejar a la señorita Daisy.

Garrett suspiró, y Grant tuvo la inquietante sensación de que su tío estaba decepcionado de él. El banquero se alejó hacia un esperado Sr. Blake, sacudiendo la cabeza. Grant volvió su mirada a Daisy, quien sonreía y bajaba los escalones para unirse a Rockford.

—Bastante pronto —murmuró, palpándose el bolsillo en busca de su cigarrera—. Tendré mi oportunidad bastante pronto. —Pero los celos lo devoraban mientras observaba a Rockford atraer a Daisy a sus brazos, y no podía apartar la mirada.



El crepúsculo caía cuando Luke volvió a Daisy para pedirle otro baile, la puesta de sol en el cielo occidental bañando toda la calle en tonos profundos de naranja y carmesí.

—Podríamos sentarnos un rato, si le duelen los pies —dijo Luke.

Daisy se rio, alcanzando su mano. —No te librarás tan fácilmente de bailar conmigo. No terminamos nuestro baile antes.

—Esta será la última oportunidad, también —señaló Luke—. El alcalde dijo que la fiesta terminará al anochecer, para que la gente pueda llegar a casa segura.

—Probablemente sea lo mejor, considerando cuántos niños hay aquí. ¡Toda esta emoción los habrá agotado!

Sus ojos brillaban en la penumbra, haciendo que todo su rostro resplandeciera de alegría. Luke pensó que nunca había visto a nadie tan hermosa, tan radiante de felicidad. Su propio corazón se sentía a punto de estallar solo con mirarla. Bailar con ella, bueno, todo se sentía como un sueño fantástico. —Pellízcame —pidió.

Daisy inclinó la cabeza, frunciendo el ceño con curiosidad. —¿Perdón?

—Siento que estoy en un sueño, bailando con usted —confesó—. Sé que no llevamos mucho tiempo conociéndonos, y tal vez ya una docena de otros hombres en la Ridge le han pedido esto, pero me gustaría mucho si dijera que puedo llevarla a pasear alguna vez, señorita Daisy.

Había más que suficiente luz para que él viera un suave resplandor entrar en sus ojos, un sonrojo rosa subiendo por sus mejillas. —Me gustaría —respondió ella sin ni siquiera un momento de pausa.

—¿De verdad? —Luke apenas podía creer que hubiera dicho que sí.

—Sí, de verdad. —El rosa se profundizó en las mejillas de Daisy, pero no apartó la mirada—. Me alegro de que hayas preguntado.

—¿En serio? —Estaba seguro de que sonaba como un completo tonto, pero que una mujer hermosa e inteligente como la señorita Daisy estuviera interesada en él parecía tan improbable que no podía evitar cuestionarlo.

—¡Sí, lo estoy! —La picardía entró en su sonrisa, y ella le pellizcó el brazo—. Ahí tienes, ¿ves? No estás soñando. Todos a quienes respeto en este pueblo no han tenido más que cosas buenas que decir sobre ti, has sido amable y generoso conmigo desde que nos conocimos, y me siento honrada de que quieras llevarme a pasear.

La música dejó de sonar en ese momento, y Luke se salvó de tener que dar una respuesta por los gritos de decepción de la multitud que se elevaron sobre ellos.



—Ahora, gente —el sheriff McCullough estaba en lo alto de los escalones de la escuela, con las manos extendidas para calmarlos—. Todos sabían que la fiesta termina al anochecer. Es hora de que los niños se vayan a casa y arreglemos todo este lugar.

Unos pocos murmullos saludaron sus comentarios, pero todos comenzaron a recoger sus cosas y despejar la calle.

—Aquí están —dijo una voz alegre, y Daisy miró alrededor para encontrar a Barb y al Sr. Hollis de pie justo detrás de ella.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Luke.

De repente consciente de que todavía estaba de pie cerca de Luke con uno de sus brazos alrededor de su cintura, Daisy se alejó un poco. Él la dejó ir sin ningún intento de retenerla, lo que ella agradeció.

—Probablemente buscando más comida —dijo el Sr. Hollis con ironía.

—Bueno, parece que queda bastante. —Daisy miró las mesas de caballete. Aunque estaban notablemente menos llenas que al principio de la celebración, pocas de las bandejas y cuencos estaban vacíos.

—Hablando de eso, no hay necesidad de cocinar esta noche —señaló Barb—. Tomemos algunas de estas sobras y cenemos aquí esta noche. ¡No deberías comer sola en tu primera noche en tu nuevo hogar!

Así fue; se encontró sentada en su nueva mesa en su recién construida cabaña detrás de la escuela, las otras sillas ocupadas por Barb y los gemelos, los dos hombres posados en el borde del gabinete mientras comían sobras del festín, riendo y hablando hasta bien entrada la noche.



Al otro lado de la calle, en un callejón oscuro, Grant Watson estaba observando, fumando un cigarrillo. Estuvo allí por mucho tiempo, poniéndose progresivamente más enojado, esperando hasta que Rockford, Hollis, Barbara Jones y los niños se fueran.

El hecho de que Rockford se fuera el último, demorándose para hablar con Daisy a solas durante unos momentos, hizo que Grant rechinara los dientes y apretara los puños. ¿Por qué querría ella asociarse con un hombre como Rockford, que no tenía nada que ofrecerle cuando Grant había dejado claro su propio interés? No tenía sentido. Él era todo lo que Rockford no era, con un trabajo estable, una buena casa y una buena reputación. Incluso tenía más de lo que Daisy sabía, ya que sus padres poseían un gran conglomerado naviero en Rhode Island. Grant estaba destinado a

heredar una gran cantidad de dinero algún día, tanto de su padre como de su tío Liston, ya que era el único heredero del dueño del banco. Tal vez debería dejar caer algunas indirectas, hacerla pensar dos veces sobre él.

Esperó hasta que la compañía de Daisy estuviera dentro de la casa de huéspedes para hacer su movimiento. Mirando alrededor para comprobar que nadie estuviera observando, cruzó la calle y se acercó sigilosamente junto a la ventana que sabía pertenecía a la habitación principal de Daisy.

Todavía podía ver una luz dentro, así que sabía que Daisy aún no se había retirado para la noche. Cuando se inclinó y miró cautelosamente por el lado de la ventana, vio una vela encendida sobre el gabinete y a Daisy guardando platos y tazas limpios.

Obviamente sin darse cuenta de su silencioso observador, una vez que terminó de ordenar, ella se sentó a la mesa. Con visible alivio, comenzó a quitarse las horquillas que sujetaban su cabello. Grant observó cómo las largas trenzas oscuras caían alrededor de sus hombros y ella lentamente se cepillaba los enredos.

Mirándola así, se sentía casi como si ella se estuviera cepillando el cabello solo para él, un espectáculo privado para su beneficio exclusivo. Apenas se atrevía a respirar, rezando para que ella no mirara hacia arriba y lo viera. ¡Vaya, incluso podría desvestirse ante su vista!

Sin embargo, estaba destinado a decepcionarse. Una vez que terminó de cepillarse el cabello, ella tomó su vela y desapareció por la puerta que llevaba a su pequeña habitación, cerrándola tras ella. Él sabía que la pequeña ventana de esa habitación daba al patio de

la escuela en el otro lado del edificio. Un patio donde sería demasiado fácil que alguien lo observara merodeando.

Aun así, decidió quedarse un poco más con la esperanza de que ella volviera a salir. Fue recompensado por su paciencia cuando la puerta se abrió de nuevo unos minutos más tarde. Daisy se había cambiado a un camisón, y aunque era modesto —algodón blanco que llegaba hasta sus pies y muñecas y abotonado hasta el cuello— la forma en que el suave material se movía contra su cuerpo le hizo secarse la boca.

Ella se quedó solo unos momentos, comprobando el cerrojo de la puerta y luego sirviendo una taza de agua de la jarra en el gabinete para llevarla a su dormitorio. La puerta se cerró tras ella, y Grant se recostó contra la pared, respirando pesadamente.

Aunque no había hecho nada más que mirar, la sensación ilícita de haber espiado a Daisy sin su conocimiento —haberla visto en un estado privado en su camisón con el pelo suelto— tenía su corazón acelerado y las palmas de las manos sudando.

Esto definitivamente se convertirá en parte de mi rutina nocturna a partir de ahora, pensó Grant Watson mientras se alejaba sigilosamente de la escuela y reanudaba su patrulla por las calles de Rattlesnake Ridge. Aunque probablemente lo despedirían si el sheriff McCullough lo atrapaba, la necesidad que sentía de estar cerca de Daisy era demasiado fuerte para ser negada.



Capítulo 10

AUNQUE DAISY HABÍA ESPECIFICADO que las clases comenzarían a las ocho en punto del lunes por la mañana, los niños empezaron a llegar poco después de las siete. Los dos hijos mayores de Barrett Wright llegaron montados en un solo caballo, y apenas minutos después les siguieron varios niños más.

Apenas pudiendo dormir por la emoción, Daisy se había despertado y desayunado temprano. Estaba más que feliz de salir al patio de la escuela con una pelota para que jugaran los niños más grandes.

Daisy recogió un palo caído cerca para dibujar casillas de rayuela en la tierra. Pronto, estaba enseñando a un grupo de niños cómo jugar, riendo mientras saltaba con las faldas recogidas en sus manos. Se había levantado una valla para mantener a los niños dentro del patio y fuera de la calle, y un movimiento justo al otro lado captó su atención.

Luke estaba apoyado casualmente contra la valla, con una sonrisa plasmada en su apuesto rostro mientras la observaba. Saludó con la

mano cuando ella lo miró. Con un ligero rubor, Daisy soltó sus faldas, dijo a los niños que lo intentaran por sí mismos, y se acercó para hablar con él.

—Buenos días, señorita Daisy —los ojos azules de Luke eran cálidos mientras la miraba.

—Buenos días, señor Rockford —dijo ella formalmente, consciente de las pequeñas orejas curiosas lo suficientemente cerca para escuchar—. ¿No se suponía que iría a Reno esta mañana?

—Jack está buscando nuestros caballos ahora —le dijo—. Nos marcharemos en unos minutos. Solo quería pasar a ver cómo le iba con los niños. ¡Parece que se está divirtiendo mucho!

Daisy se rio suavemente. —Vamos a entrar para comenzar las lecciones en breve. No puedo creer que tantos niños hayan llegado temprano. Creo que están ansiosos por aprender.

La sonrisa de Luke estaba llena de picardía como de costumbre cuando dijo: —Bueno, si hubiera habido una maestra tan bonita como usted cuando yo era un niño pequeño, señorita Daisy, no tengo duda de que también habría estado ansioso por ir a la escuela.

—Oh, usted. —Como era habitual en su presencia, sintió un rubor calentando sus mejillas—. Váyase ya.

—¿Sigue en pie esa invitación a cenar mañana por la noche?

—Por supuesto que sí —insistió Daisy—. Es lo menos que puedo hacer por usted.

—No me debe nada, señorita Daisy, pero estoy deseando probar su comida.

Jack, como había insistido que lo llamara cuando comieron juntos después del baile, cruzó la calle llevando dos caballos. Luke aceptó las riendas del gran caballo castrado alazán, montando fácilmente en la silla con una gracia ágil y musculosa que hizo que el rubor de Daisy se intensificara.

Deja de pensar en la forma en que se mueve su cuerpo, se reprendió a sí misma. *¡Realmente no es decente!*

—Nos aseguraremos de regresar a la ciudad para mañana por la noche —le dijo Luke con un respetuoso toque de sombrero—. Que tenga un buen día, señorita Daisy, y espero que tenga un buen primer día con sus alumnos.

—Buen viaje —les deseó y saludó con la mano mientras se alejaban.

—Señorita Daisy —una vocecita sonó junto a ella. Era Isabelle Jones, tirando de su vestido.

—¿Sí, Isabelle?

—¿Te vas a casar con el tío Luke? —preguntó Isabelle, con ojos grandes e inocentes.

Daisy pensó que su rubor no podía ser más intenso, pero estaba bastante segura de que se puso casi morada ante la pregunta de la niña. —*¿Se va* a casar, Isabelle —dijo—, es la forma correcta de hacer esa pregunta, pero esa no es una pregunta educada.

Isabelle pareció decepcionada. —Bueno, mamá dice que no siempre soy educada —retorció un largo rizo alrededor de su dedo, mirando con picardía a Daisy a través de sus pestañas—. Entonces, ¿se va a casar con él? Porque realmente espero que lo haga. Mamá dice que él es como su hermano, así que eso la haría a usted mi tía.

Daisy no pudo evitar reírse. —Por favor, no intentes hacer de casamentera, Isabelle. Aunque el señor Rockford es un hombre muy agradable, no estoy lista para casarme con nadie todavía. Soy maestra y mis alumnos son mucho más importantes para mí que casarme —se enderezó—. Hablando de eso, creo que es hora de que comencemos las lecciones.

Haciendo sonar una gran campana situada cerca de la puerta principal, llamó a todos los niños al aula y los guió a los pupitres que quería que usaran antes de dirigirse al frente del aula y volverse para enfrentar a su clase.

—¡Buenos días, niños!

Un coro desarticulado de saludos le respondió, haciéndola reír. —Un buen intento, pero hagámoslo a mi manera. Cuando yo diga 'Buenos días, niños', ustedes dicen 'Buenos días, señorita Daisy' con sus mejores sonrisas y voces claras.

—¡Buenos días, señorita Daisy! —vino un coro de respuestas entusiastas.

—¡Muy bien! Haremos eso todos los días, justo antes de pasar lista, que es mi registro de quién debería estar aquí. Cuando diga su nombre, me gustaría que dijeran '¡Presente, señorita Daisy!' ¿Todos entienden?

Uno o dos de los niños más pequeños parecían dudosos, y Daisy les sonrió. —Empezaré con alguien que estoy segura sabe cómo hacer esto, para mostrarles a todos cómo se hace. Phillip Dobson, Jr.

—¡Presente, señorita Daisy! —dijo el adolescente rápidamente.

—¡Y así es como se hace! —Daisy aplaudió—. Ahora, hoy vamos a hacer las cosas un poco diferentes, porque es nuestro primer día y

todos necesitamos conocernos mejor. Me gustaría que añadieran su edad y algo sobre ustedes, tal vez lo que les gusta hacer para divertirse, o lo que quieren ser cuando crezcan. ¿Podrías comenzar por favor, Phillip?

—¡Sí, señorita Daisy! Tengo catorce años y cuando sea mayor quiero ser maestro. ¡Como usted!

Tuvo que reprimir el impulso de ir al pupitre del niño y acariciar su mejilla; era una delicia tenerlo en su clase. No dudaba que probablemente ya haría un trabajo decente enseñando a los otros niños si tuviera que hacerlo. Ciertamente planeaba confiar en él y en los otros alumnos mayores para ayudar a manejar a los estudiantes intermedios mientras trabajaba estrechamente con aquellos que necesitaban más ayuda.

—Muy bien, gracias, Phillip —dijo en voz alta antes de mirar hacia abajo a la lista y pasando al principio de su lista alfabética—. ¿Astrid Anderssen?

—Presente, señorita Daisy —dijo una chica alta y delgada con una corona de apretadas trenzas doradas sentada en el pupitre al lado de Phillip Jr.—. Tengo dieciséis años y... y mi cosa favorita en todo el mundo es mi perro, Rascal. Él aullaba cuando tuve que atarlo para poder venir a la escuela sin que me siguiera —la chica sonaba casi tan desconsolada como su perro.

Daisy asintió con simpatía. —Rascal parece un perro maravilloso —dijo calurosamente—. Estoy segura de que estarás feliz de volver a casa con él cuando termine la escuela.

Astrid asintió ansiosamente, y Daisy pasó al siguiente nombre en su lista, otro de los Anderssen. Había cuatro de ellos en el aula de

varias edades, todos fácilmente identificables por su brillante cabello dorado.

A lo largo del día, su mente volvía a la pregunta de Isabelle sobre si se casaría con Luke Rockford, reflexionando sobre la respuesta que había dado. Mientras que solo días antes habría dicho que las palabras eran perfectamente ciertas, ahora se encontraba preguntándose cómo sería estar casada con un hombre que la amara y respetara, tener hijos propios. Una familia propia. El mero pensamiento le robaba el aliento. Había estado sola en el mundo desde la muerte de su padre. Ser parte de una familia amorosa y unida de nuevo era un sueño por el que estaría dispuesta a luchar, costara lo que costara.

Sacudiéndose las imágenes mentales de Luke con un bebé en el hueco de su brazo y un niño pequeño en la otra cadera, Daisy se dijo a sí misma que se concentrara. Estaba adelantándose demasiado. Aunque Luke parecía mostrar preferencia por su compañía e incluso coqueteaba con ella, no tenía dudas de que un hombre tan guapo como Luke podría tener la mujer que quisiera.

Aunque no hay muchas mujeres solteras en Rattlesnake Ridge... *y lo estoy haciendo de nuevo*. Apartó esos pensamientos. Los niños en su escuela merecían toda su atención.



Su primer día la desafió tanto física como emocionalmente. Aun así, se sentía realizada. Realizada y exhausta. Aunque estaba lista para caer en su cama cuando el último niño se fue, sin embargo, se tomó el tiempo para enderezar los pupitres, guardar los libros y recoger su escoba para barrer el aula. Un golpe en la puerta la hizo pausar, frotándose la parte baja de la espalda que protestaba.

—Adelante —llamó, preguntándose si sería un estudiante que regresaba para hacerle una pregunta o recoger una fiambrera olvidada.

No lo era.

En cambio, el Diputado Grant Watson entró en la habitación. Avanzó con determinación, sus tacones resonando. La escuela, que había sido cálida y espaciosa antes cuando estaba llena de niños, de repente se sintió fría y confinada. Quería alejarse, o al menos no estar sola con él. No podía explicar por qué la hacía sentir así; solo sabía que era la reacción exactamente opuesta a la que tenía con Luke Rockford.

—Buenas tardes, Diputado —logró decir educadamente—. ¿Puedo ayudarle?

—Solo pasé a ver cómo fue el primer día de escuela —dijo con una sonrisa amistosa. Al menos, probablemente pretendía ser amistosa. Daisy pensó que se parecía a la sonrisa hambrienta de un tiburón.

—Muy bien, gracias —ella reanudó su barrido, pensando con nostalgia que Luke probablemente ya se habría ofrecido a tomar la escoba y terminar el trabajo—. Todos los niños parecen ansiosos por aprender, que es todo lo que una maestra puede pedir en su primer día.

Watson esbozó una mueca despectiva mientras miraba alrededor de la simple habitación, y Daisy recordó que Luke había mencionado una vez que Watson había asistido a elegantes internados en la Costa Este. Sin duda despreciaría sus esfuerzos en educación, pero ella estaba decidida a enseñar a sus estudiantes a leer, escribir y hacer suficiente aritmética simple para calcular sus cuentas de comestibles.

—Estoy contenta con su primer día, de todos modos. Aunque estoy muy cansada, así que si me disculpa... —apoyando la escoba contra la pared después de barrer el polvo hacia afuera, mantuvo la puerta abierta para él en una clara señal de despedida.

—Me preguntaba si tal vez le gustaría salir a cenar conmigo. Sería un placer cenar con una chica bonita como usted —preguntó Watson, claramente ignorando su comentario.

Daisy lo miró boquiabierta con asombro. *¿Qué he dicho o hecho para hacerle pensar que podría dar la bienvenida a sus atenciones?*, se preguntó, antes de darse cuenta de que nada de lo que había hecho figuraba en su pensamiento. Ella era una "chica bonita" a quien él quería conocer, y era lo suficientemente arrogante como para creer que ella debía estar interesada en él.

—No, gracias —dijo fríamente, y cometió el error de añadir una excusa mientras su rostro se oscurecía—. Estoy muy cansada.

—Mañana por la noche, entonces.

No era una pregunta. La ira se alzó en ella ante su presunción. —Me temo que tengo otro compromiso, señor Watson. Buenas tardes — miró significativamente hacia la puerta, y luego de nuevo hacia él.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Watson, pero no dijo nada. Solo asintió ligeramente antes de salir a la brillante tarde, luego se detuvo para hablar con un hombre que pasaba montado en un caballo negro. Daisy lo reconoció como el hombre grosero que había llegado con ella en la diligencia en su primer día. *Por supuesto, él y Watson son amigos*, pensó, cerrando la puerta tras él y colapsando contra ella con alivio. *Ambos son hombres groseros y arrogantes que creen que son mejores que todos los demás.*

Un golpe en la puerta la hizo enderezarse con incredulidad, ira brotando en su pecho. Girando, abrió la puerta de un tirón, lista para destrozar a Grant Watson y decirle exactamente lo que pensaba de los hombres que eran demasiado arrogantes y demasiado densos para aceptar el no de una mujer.

Excepto que no era Grant Watson.

Era Matthew.

Mirando su amable rostro, se desinfló.

—¿Está todo bien, señorita Daisy? —su expresión se transformó en una de preocupación al ver su postura.

—Sí... sí. Lo siento —mirando alrededor, no podía ver a Watson en ninguna parte—. Acabo de tener un encuentro con el Diputado Watson.

—Ese no es bueno —Matthew negó con la cabeza—. ¿La está molestando?

—No realmente —se encogió de hombros—. No sería el primer hombre que piensa que poseer una cara atractiva significa que todas las mujeres deben estar interesadas en ellos.

Matthew resopló con desdén.

Ella sonrió, retrocediendo para darle la bienvenida a la escuela. —¿Qué puedo hacer por usted?

—Bueno, pensé que podría estar cansada después de su primer día, así que le traje un pastel para su cena.

—Oh... es usted un ángel. ¡Gracias! —tomó el plato cubierto de sus manos.

Él le sonrió radiante. —De nada.

—Me preguntaba si podría pedirle un favor —preguntó impulsivamente.

—Por supuesto.

—He ofrecido cocinar la cena mañana por la noche para el señor Hollis y el señor Rockford para agradecerles su ayuda para terminar la escuela, e invité a Barb Jones y sus hijos. Me gustaría preparar un plato que mi madre me enseñó a cocinar, y tengo todos los ingredientes excepto el pollo. Sé que usted usa pollo cuando cocina, así que debe conocer a alguien que los cría. ¿Podría tal vez conseguir que alguien me traiga uno recién sacrificado aquí mañana?

Matthew le sonrió. —Mi esposa y yo los criamos para los huevos, y resulta que tengo un gallo o dos extra, señorita Daisy. Lo desplumaré y quitaré las vísceras por usted también. ¿Qué va a cocinar?

—Pollo con miel y jengibre, con arroz y verduras.

Sus ojos se iluminaron. —¡Eso suena muy bien, señorita Daisy! ¿Es una receta china?

—El pollo y el arroz lo son, pero tienen diferentes verduras en China, o eso decía siempre mi madre. No es que creo que mis amigos

notarían la diferencia —le guiñó un ojo, y Matthew se rio—. ¿Le gustaría que le guardara un poco para probar?

—Me encantaría mucho, señorita Daisy, muchas gracias, y si estuviera dispuesta a compartir la receta, se lo agradecería mucho.

—Es toda suya, ¡aunque dudo que alguna vez esté a la altura de su maravillosa cocina!

Otro golpe en la puerta abierta hizo que los ojos de Daisy se estrecharan, pero este nuevo visitante tampoco era el diputado Watson. En cambio, era un joven que llevaba el uniforme del servicio telegráfico. —Telegrama para usted, señorita Jackson —dijo, ofreciendo el papel.

—Dios mío, ¿de verdad? —ella lo aceptó, preguntándose quién en la Tierra le estaría enviando un telegrama. Aunque tenía amigas en San Francisco con las que intercambiaría cartas, ninguna de ellas podría tener algo lo suficientemente urgente como para informarle por telegrama.

DEBO IR VIRGINIA CITY CENA MIÉR POR FAVOR PERDÓN ROCKFORD STOP

—Cambio de planes —encontró la mirada inquisitiva de Matthew, consciente de que estaba sonriendo como una loca pero incapaz de evitarlo. El tonto hombre se había tomado la molestia de enviarle un telegrama para disculparse por no regresar a tiempo para su cena—. ¿Podría traer el pollo el miércoles por la mañana en su lugar?

—No hay problema en absoluto, señorita Daisy —dijo antes de disculparse.

Por fin sola, Daisy cerró con llave la puerta de la escuela y caminó de regreso a su propia casa, sosteniendo el papel contra su pecho.

La consideración de Luke la reconfortó. ¿Habría adivinado que ella se preocuparía si él y Jack no aparecían, o estaba siendo simplemente considerado al avisarle? De cualquier manera, el hecho era que había gastado dinero para informarle del cambio de planes, y ella lo apreciaba profundamente.

Aunque no podía imaginar qué podría necesitar en Virginia City que no pudiera encontrar en Reno. ¿No iban a reunirse con un comprador de ganado para su padrastro o algo así?

No era asunto suyo, en verdad, y quizás Luke lo explicaría cuando regresara. Le avisaría a Barb sobre el cambio de planes mañana.

La idea de no ver a Luke trajo un dolor inesperado a su pecho. Hizo una pausa en el acto de dejar el plato cubierto que Matthew le había traído sobre la mesa.

¿Qué es esto, Daisy Jackson? se preguntó en silencio. *Viniste a Rattlesnake Ridge para dirigir una escuela, tu sueño de toda la vida, no para suspirar por un vaquero con una lengua demasiado inteligente para su propio bien.*

Aun así, mientras comía su solitaria cena y se obligaba a levantarse y mantenerse ocupada, saliendo a plantar algunas semillas de hierbas que había comprado a los Handley en una caja en su alféizar, un par de ojos azules risueños y una cálida sonrisa nunca estaban lejos del primer plano de su mente.



Capítulo 11

PODRÍAN HABER PARTIDO ANTES, pero Luke anhelaba una última mirada de Daisy antes de marcharse. Jack aparentemente sentía lo mismo por Barb, sugiriendo que acompañaran a Barb y a los entusiasmados niños a la escuela antes de recoger sus caballos. Era una excusa perfecta para que Luke robara unos preciosos minutos con Daisy. Como siempre que la veía, una sonrisa de tonto permanecía en su rostro mucho después de separarse.

Solo eran quince millas hasta Reno, unas tres horas en sus caballos en forma. El viaje fue fácil, amistoso, y mucho antes del mediodía desmontaron en los establos junto al hotel donde planeaban alojarse.

Y fue entonces cuando se encontraron con un problema importante.

—¿Dónde podemos encontrar un ensayador de plata en la ciudad? —preguntó Jack al encargado del establo.

El hombre sacudió la cabeza. —No puedo ayudarle, hijo. El Sr. Wilkins falleció hace unos diez días. Cosa más extraña, lo fue.

Hombre joven y saludable, pero una mañana no abrió la oficina de ensayo y el sheriff fue a ver qué pasaba, solo para descubrir que había muerto mientras dormía.

—¿Qué? —Luke y Jack lo miraron asombrados.

—El corazón le falló, dijo el médico. No estoy seguro de creerlo. Parece muy sospechoso. Un hombre joven muriendo así; algunos incluso hablan de veneno. El sheriff está investigándolo. —El anciano se tocó significativamente el costado de la nariz—. La ciudad está buscando un nuevo ensayador ahora, pero hasta que encontremos uno, el más cercano está en Rattlesnake Ridge. A unas quince millas de aquí.

—¡Sabemos dónde está la Ridge, acabamos de venir de allí! —espetó Jack, frunciendo el ceño.

El encargado del establo retrocedió un paso del hombre corpulento, con las manos levantadas a la defensiva. —Oye, no tenía forma de saberlo, ¿verdad? ¿Qué, su hombre en Rattlesnake Ridge también está muerto? Curioso, eso...

—No está muerto —Luke lanzó una mirada rápida a Jack—. Simplemente no es amigo nuestro.

—Ah, conque es eso. —Un asentimiento sabio, y luego el hombre dijo pensativo—. Bueno, Virginia City está a poco más de veinte millas de aquí, y supongo que es el siguiente más cercano.

Agarrando el brazo de Jack, Luke lo apartó para una breve conversación.

—No me gusta nada esto —murmuró Jack.

Luke estuvo de acuerdo. Que un hombre joven y aparentemente saludable muriera así mientras dormía no era normal, y eso dejaba

al Sr. Blake en Rattlesnake Ridge como el único ensayador de plata para cubrir un área muy grande. —Tiene que haber un ensayador en Virginia City, quizás más de uno, y si no, Silver City no está más que a unas pocas millas más allá. —Luke pensaba en voz alta, pero este desarrollo le preocupaba—. Hay seis o siete minas allí. Si nos vamos ahora y nos apresuramos un poco, podemos llegar a Virginia City antes del anochecer.

—O podríamos viajar a un ritmo sensato, pasar una noche en el camino, y aun así estar en Virginia City cuando abra la oficina de ensayo por la mañana —señaló Jack.

Aunque no le gustaba el retraso, Luke sabía que Jack tenía razón. Agotar a los caballos no le haría bien a nadie. —Pero tendremos que esperar por una cita con el ensayador, y son unas buenas quince millas desde Virginia City de regreso a la Ridge. No volveremos a tiempo para la cena con la señorita Daisy mañana por la noche.

La cicatriz en la barbilla de Jack torció su sonrisa mientras se reía. —Debería haber sabido que esa sería tu primera preocupación.

—Cállate. —Luke lanzó un puñetazo sin convicción y Jack lo esquivó, riendo—. Supongo que podría enviarle un telegrama —murmuró pensativo.

—Ve a hacer eso. Yo recogeré algunos suministros y me prepararé para salir de nuevo. —Sonrió—. Además, le prometí a Ishmael un sombrero de Reno, y yo cumplo mis promesas.

Con una sonrisa agradecida a Jack, Luke regresó con el encargado del establo, que había perdido interés en sus asuntos y estaba inspeccionando los cascos de una mula que hacía todo lo posible por morderlo.

—¿Dónde está la oficina de telégrafos, señor? Tengo un mensaje que enviar, y luego nos iremos para Virginia City. Disculpe las molestias. —Pagó por alimento y agua para los caballos, disculpándose nuevamente por no pasar la noche como habían planeado. El viejo encargado simplemente se encogió de hombros y le dio indicaciones.



La primera parte del viaje fue bastante fácil —terreno llano y nivelado— y los caballos mantuvieron un buen ritmo mientras Luke y Jack cabalgaban cómodamente, más que acostumbrados a largos días en la silla de montar. A media tarde entraron en una sección más montañosa y tuvieron que reducir la velocidad.

Había muchos otros caballos y jinetes en el sendero que corría junto al ferrocarril de carga Virginia-Truckee, así que no tenían miedo de perderse. Uno o dos personajes de aspecto poco recomendable miraron sus buenos caballos con interés, pero el tamaño de los dos hombres y los rifles atados a sus sillas deberían disuadir a cualquiera, excepto a un idiota completo, de intentar robarles.

Sin embargo, encontraron un lugar bien apartado del sendero para acampar cuando el sol se puso, detrás de un gran afloramiento de rocas y fuera de la vista de cualquiera que pudiera estar buscándolos. Había suficiente hierba para mantener a los caballos

contentos, y ambos estaban demasiado bien entrenados para alejarse.

No se molestaron con una fogata. Las noches aún no se volvían frías, ni siquiera en las montañas, y ambos eran hombres fuertes que habían dormido más noches bajo las estrellas de las que podían contar —muchas mientras estaban exhaustos y heridos en las secuelas fangosas de batallas durante la guerra. Una suave cama de hierba bajo cielos claros y estrellados era lujosa en comparación.

—Gracias —dijo Luke mientras Jack le pasaba un paquete de papel aceitado. Galletas, jamón y queso sería una cena y desayuno decentes para ambos. Comerían bien mañana antes de regresar a Rattlesnake Ridge.

Jack gruñó en respuesta, dando un bocado a su propia comida. Bajándola con un trago de agua de su cantimplora, preguntó: —¿Vas en serio con la señorita Daisy?

Luke se atragantó con una miga, frunciendo el ceño a Jack, quien rugió de risa y extendió la mano para golpearle la espalda. —Sí —dijo una vez que recuperó el aliento.

—¿Qué vas a hacer?

Era una pregunta simple, pero una que inmediatamente desencadenó un torbellino de pensamientos en el cerebro de Luke, como todo lo relacionado con Daisy parecía hacer. —Planeo cortejarla.

—¿No dijiste que no tenías nada que ofrecer? —La expresión de Jack no era visible en la oscuridad, pero Luke podía escuchar la acusación en su voz—. ¿Dijiste que una mujer respetable merecía un hombre que pudiera darle una casa propia y todo eso?

—Bueno... —Luke respiró profundo—. Tengo un plan para eso. Y es un plan que también podría beneficiarte a ti, si puedes ayudarme.

Había estado pensando en la oferta de su padrastro toda la semana pasada, calculando cómo podría hacer las cosas para beneficiar también a Jack. Después de consultar con el Sr. S el domingo, estaba bastante seguro de que lo tenía todo resuelto. Explicando cómo el Sr. S le había ofrecido hacerlo socio del rancho Shooting Star ahora y heredar cuando el Sr. S muriera, dijo: —El Sr. S y Ma piensan que debería construir una casa, una moderna y adecuada, en esa colina justo al norte de su cabaña.

—Bueno, eso sería lo suficientemente bueno para la señorita Daisy —dijo Jack de acuerdo—, y está a, ¿qué, cuatro millas de la Ridge?

—Exactamente; ella podría cabalgar hasta el pueblo cuando quisiera.

—Podría ser un poco difícil una vez que empiece a tener pequeños Rockfords —bromeó Jack.

Luke se rió, contento de que Jack pareciera apoyar su plan. —No contemos los pollos antes de que nazcan. Podría llevar un año o más construir una casa. Ella podría casarse con otro antes de eso.

—Veo cómo te mira, aunque tú no —discrepó Jack—. Ella esperará.

—Espero que tengas razón. Pero esto también podría ayudarte a ti. Con una parte del rancho, obtengo una parte de las ganancias. Te estoy contratando lejos del Sr. S para que me ayudes a construir la casa y así poder terminarla más rápido, y después de eso tendrás un trabajo de capataz, con más paga... y una cabaña propia.

—Un lugar propio —dijo Jack después de un largo momento de silencio, con una nota de asombro en su voz.

—Si estás dispuesto a esperar por ello, uno nuevo. Lo construiremos justo después del mío. Y mi casa será lo suficientemente grande para que vivan un par de familias, así que si llegaras a tener una esposa e hijos, podrían vivir allí mientras construimos una nueva cabaña para ti. Con habitaciones adicionales y todo.

Jack no dijo nada, y Luke esperaba que solo estuviera aturdido. —Podríamos construirla un poco más cerca del pueblo, si quisieras —continuó rápidamente—. Una milla o así más al norte, todavía en tierras de Shooting Star, está ese pequeño arroyo que baja hasta el lago, ya sabes cuál. Agua cristalina. Barb tendría que dejar su trabajo en la taberna, pero podría seguir cantando en la iglesia...

—Deja de hablar de mis ensoñaciones, Luke —dijo Jack.

Se calmó con una suave risita. —¿Qué dices?

—¡Estaría loco si dijera otra cosa que no fuera sí!

—Bueno, te he visto pelear como un loco una o dos veces —bromeó Luke. Se cayó del tronco caído en el que estaba sentado con una risa mientras Jack saltaba sobre él con un rugido, dándole un gran abrazo de oso.

—Eres el mejor amigo que un hombre podría pedir, Luke Rockford —dijo Jack con voz ahogada por la emoción una vez que recuperaron sus asientos—. No creo que jamás pueda pagarte esto.

—Ah, bueno. —Avergonzado, Luke se encogió de hombros, sabiendo que Jack vería el leve movimiento incluso en la oscuridad—. Barb es como una hermana para mí. Me gustaría verla a ella y a los gemelos felices, y sé que los amas. Cuídala, dale la vida que se merece, y estaremos a mano. Tú también me estarás ayudando a hacer realidad mis sueños, ¿sabes? Si te quejabas de algunas astillas por

arreglar la escuela, ¡nunca querrás volver a ver una pieza de madera después de que hayamos construido dos casas desde cero!

Jack se rió, envolviéndose en su manta. —Creo que no me importarán las astillas si significa que Barb y yo podemos ser marido y mujer y yo puedo ser el padre de Isabelle e Ishmael.

—No —estuvo de acuerdo Luke en voz baja, recogiendo su propia manta—. Supongo que no te importarán.

Con la cabeza apoyada en su silla de montar, se quedó mirando las estrellas, pensando en todas las cosas que tendría que hacer para conseguir una casa adecuada para que vivieran dos familias. Mientras se quedaba dormido, soñó con Daisy en la puerta de una hermosa casa en una colina con vistas al lago. Saludándolo mientras desmontaba su caballo y subía los escalones de la entrada de un solo salto para besarla hasta dejarla sin aliento, ella tomó su mano y la colocó sobre su vientre, con sus ojos oscuros brillando como estrellas.

—Nuestra propia pequeña familia, Luke —dijo suavemente—. Nuestro propio bebé.



—¿Qué bebé?

Se despertó con Jack sacudiéndolo, riéndose de que había estado hablando en sueños. El sol aún no aparecía detrás de las montañas,

pero el cielo era de un tono gris mucho más claro, indicándole que el día estaba bien avanzado.

Tenían menos de diez millas para llegar a Virginia City y lo lograron sin problemas, a tiempo para desayunar y hacer fila afuera de la oficina de ensayo. Luke notó que la oficina no estaba dentro del banco como en Rattlesnake Ridge.

Un relincho hizo que miraran alrededor y vieron a un familiar semental negro danzando calle abajo, con un hombre sorprendentemente familiar sobre él.

—¿Qué diablos está haciendo él aquí? —susurró Luke a Jack mientras trataba de recordar a quién pertenecía el caballo. Le molestaba como un gusano en un anzuelo, y todo lo que sabía era que el animal no pertenecía al hombre que lo montaba ni a los establos de la ciudad. Ambos bajaron sus sombreros para sombrearse los rostros mientras el Sr. Blake, el mismo ensayador de Rattlesnake Ridge que estaban tratando de evitar, pasaba cabalgando.

—Ni idea. —Blake había salido cabalgando de un callejón junto a la oficina de ensayo. Jack inclinó la cabeza hacia Luke, quien salió de la fila y fue a la esquina para mirar.

Había una casa y un pequeño establo detrás de la oficina de ensayo antes de que terminara el callejón. Luke se quedó perdido en sus pensamientos por un momento antes de regresar para unirse a Jack y compartir en un susurro lo que había encontrado.

—Creo que es la casa y el establo del ensayador.

—¿Crees que Blake se quedó aquí anoche? —siseó Jack.

—No lo sé, pero sé que no me gusta.

Solo había dos hombres en la fila delante de ellos, así que en menos de una hora estaban reuniéndose con el ensayador, un Sr. Murray. Había una botella de whisky en el escritorio del hombre, notó Luke, levantando las cejas al leer la etiqueta. Whisky caro.

—Un regalo de un invitado —dijo Murray al ver hacia dónde miraba Luke, tomando la botella para depositarla prudentemente en un estante detrás de su escritorio—. Ahora, ¿en qué puedo ayudarles, caballeros?

—¿No sería casualidad que el invitado fuera el Sr. Blake, el ensayador de Rattlesnake Ridge? —soltó Luke.

El ensayador pareció sorprendido. —Sí, lo era.

—¿Es usted amigo del Sr. Blake? —Luke estaba listo para salir ante la respuesta incorrecta; solo se relajó marginalmente cuando Murray negó con la cabeza.

—Nunca lo había conocido en mi vida, pero he intercambiado correspondencia con él algunas veces. Se detuvo para presentar sus respetos, ya que había estado en Silver City y pasaba por aquí en su camino de regreso a Rattlesnake Ridge. ¿Por qué tantas preguntas, joven?

El ensayador tenía unos sesenta años, pensó Luke, con un mechón de cabello gris y cejas pobladas. ¿Alguien se sorprendería mucho si un hombre de esa edad muriera mientras dormía?

—¿Sabía usted que el Sr. Wilkins, el ensayador de Reno, murió hace diez días? —preguntó Jack, aparentemente captando la línea de pensamiento de Luke—. ¿El corazón le falló mientras dormía?

—¡Sí, por supuesto! Terriblemente triste. Conocía a Stanley Wilkins; fue mi aprendiz antes de irse a Reno para abrir su propio negocio.

¡Terrible, absolutamente terrible! —Murray sacudió la cabeza con tristeza.

—Bueno. —Luke miró a Jack antes de sentarse en la silla frente al escritorio, preguntándose cuánto se atrevería a insinuar—. Hemos oído que el sheriff de Reno podría estar sintiendo un poco de sospecha sobre la muerte de Wilkins. Pensando que tal vez podría ser un asesinato. Es posible que el Sr. Wilkins también recibiera un regalo del Sr. Blake antes de morir.

El viejo ensayador no era tonto. Hizo la asociación de inmediato, mirando la botella y luego de nuevo a Luke, con la boca abierta. —Quiere decir... no puede estar insinuando...

—Solo estoy sugiriendo que tal vez le gustaría que el médico local echara un vistazo a ese whisky antes de que lo beba. Nada más que eso. Comprobar que es seguro, ya sabe. —Luke se tocó el costado de la nariz—. Nos dirigimos de vuelta a Rattlesnake Ridge después de salir de aquí, y hablaremos con el sheriff McCullough sobre lo que hemos descubierto. Le agradecería si pudiera hacernos saber si el médico encuentra algo.

Era una red de implicaciones con un núcleo de verdad en el centro; Luke definitivamente iría a ver a Jim McCullough. No tenía pruebas, aún no, pero le gustaría mucho escuchar lo que el médico tenía que decir sobre ese whisky. Parecía demasiada coincidencia que un ensayador muriera sospechosamente joven, tal vez por envenenamiento, mientras que otro recibiera una botella de whisky muy caro de un hombre que nunca había conocido y que, en teoría, tenía buenos motivos para desear su muerte. No era mucho, pero

parecía encajar, incluso si solo tenían la palabra de un viejo mozo de establo chismoso para basar sus sospechas.

—Denme unos minutos. —El Sr. Murray se llevó la botella de whisky cuando salió de la oficina, y fiel a su palabra regresó —sin el whisky — menos de cinco minutos después según el reloj en la pared—. He enviado a mi nieto a buscar al doctor Galbraith. ¿Cuánto tiempo estarán en la ciudad?

—Podríamos quedarnos esta noche —dijo Luke—, pero necesitamos volver mañana a primera hora.

—Justo; ¿puedo ofrecerles la hospitalidad de mi hogar? Si sus sospechas son correctas, es lo menos que puedo hacer por ustedes.

Rápidamente declinaron, diciendo que ya habían hecho arreglos para un hotel, y luego Jack levantó sus alforjas sobre el escritorio. —En realidad, señor, no solo vinimos a verle por eso. También queríamos ver si podía ensayar algunas muestras para nosotros.

Murray sonrió, poniéndose un par de gafas mientras Jack abría una alforja y colocaba un paquete herméticamente envuelto en hule frente a él. —¡Después del susto que me han dado, es un alivio tener algo normal que hacer! Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —Su tono cambió al recoger una roca casi negra con un brillo vítreo en su multitud de superficies fracturadas—. ¿Saben qué es esto?

—Creo que es galena. —Luke cruzó los dedos esperanzado contra su pierna bajo la mesa—. Galena argentífera, para ser precisos.

—Hmm. —Murray se quitó las gafas, dejó la roca en su escritorio y procedió a sacar una bolsa de papel de un cajón—. Quiero ensayar esto, pero si tengo razón —y he visto muchas rocas en mi tiempo— esto podría ser incluso mejor que eso. Denme sus nombres y

vuelvan a las cuatro en punto. Mientras tanto, la casa del Dr. Galbraith está a solo tres puertas más abajo en la calle. Tal vez les gustaría ir a ver si tiene alguna opinión sobre mi regalo.



Capítulo 12

LUKE Y JACK NO perdieron tiempo en apresurarse hacia el consultorio del médico. Necesitaban confirmar sus sospechas, y el doctor de Virginia City era la única persona que podía hacerlo.

El hombre resultó ser de una edad cercana a la del Sr. Murray, con un rostro sabio y amable. La botella de whisky estaba sobre un escritorio en su oficina. —¿Son ustedes los hombres que trajeron esto a Thom Murray?

—No, le dijimos que no debería beberlo hasta que usted lo analizara —corrigió Luke.

—¿Puedo preguntar por qué sospechan que el licor está contaminado? No he detectado ningún olor inusual, pero el whisky huele lo suficientemente fuerte como para enmascarar la mayoría de los olores de todos modos. Envié a un par de muchachos a atrapar algunas ratas; entonces veremos qué hay. Y si están equivocados, bueno, tendremos ratas borrachas.

Luke contuvo una risa ante el cinismo del doctor antes de explicar sobre la muerte del joven ensayador en Reno por aparente fallo cardíaco mientras dormía, y cómo el sheriff de Reno estaba lo suficientemente sospechoso como para investigarlo.

El Dr. Galbraith hinchó las mejillas, negando con la cabeza. —¿Y ustedes trabajan para el Sheriff McCullough de Rattlesnake Ridge?

—No exactamente —confesó Jack—. Solo somos hombres precavidos por naturaleza. Si el ensayador en Reno murió por envenenamiento, creo que cualquiera podría sospechar de una botella de whisky tan cara que fue entregada, ¿no cree?

—Cuidado con los griegos cuando traen regalos —añadió Luke.

—En efecto, pero Thom Murray no está muerto. —El doctor hizo una pausa por un momento, luego añadió—: Todavía. Posiblemente gracias a ustedes. —Un rasguño en la puerta hizo que el doctor se pusiera de pie—. Serán los muchachos. Ustedes dos pueden ayudar con las ratas. No necesito que me muerdan los dedos para añadir más molestias a mi mañana.

—Odio las ratas —murmuró Jack mientras él y Luke seguían al doctor.

—Yo tampoco les tengo mucho cariño, ¡pero a situaciones desesperadas, medidas desesperadas! —Luke hizo una mueca cuando el doctor los condujo a una habitación trasera donde un muchacho desaliñado esperaba con un cubo cubierto, desde donde se oían los chillidos de ratas indignadas.

—¿Cómo vamos a hacer que beban el whisky? —se preguntó Jack en voz alta.

—Bueno, supongo que no son bebedoras habituales —dijo el doctor —, así que ustedes dos pueden sujetarlas mientras yo les goteo el líquido por la garganta.

—Te dije que nos divertiríamos en Virginia City —bromeó Luke.

Jack le lanzó una mirada de disgusto antes de sacar sus guantes del cinturón. —¡Si una de estas bestias me muerde, te morderé a ti!

—Deja de quejarte y ponte a trabajar —espetó el Dr. Galbraith.

La actitud irritada del doctor se disipó cuando sus sospechas resultaron ciertas. Los tres se quedaron mirando las ratas muertas que yacían en el suelo de su laboratorio.

—Interesante —dijo, con la nariz moviéndose ligeramente—. Muy interesante. Dificultad para respirar seguida de convulsiones y muerte.

Luke se sintió enfermo mientras veía al doctor recoger una de las ratas ahora inmóviles. —¿Y parece un fallo cardíaco?

—Bueno, tendría que realizar una autopsia para estar seguro, pero en humanos podría parecerlo. —El Dr. Galbraith negó con la cabeza —. ¿Compartieron sus sospechas con las autoridades en Reno?

—Entonces no sospechábamos que podríamos saber algo que relacionara los dos casos. —Luke miró a Jack—. Creo que preferiríamos esperar para hablar con nuestro propio sheriff en Rattlesnake Ridge. Dejar que él hable con sus colegas policías. — Jack asintió vigorosamente, haciendo que Luke se sintiera aliviado. Podían confiar en Jim McCullough, estaba seguro de ello.

—Bueno, yo definitivamente hablaré con nuestro sheriff aquí. ¿No fue un hombre de Rattlesnake Ridge quien Thom dijo que entregó el whisky?

—Sí, pero... él es la razón por la que estamos aquí. Trabaja en una oficina del banco propiedad del Sr. Garrett, de quien desconfío por motivos personales —explicó Luke—. Y no solo eso; hemos oído rumores por el pueblo de que podría ser mejor llevar nuestras muestras a otro lugar si queremos un ensayo honesto.

—¡Estás haciendo que me duela la cabeza, joven! —El Dr. Galbraith le frunció el ceño—. Supongo que querrán llevarse muestras de esto. Puedo vaciar un poco en pequeños viales y empaquetarlos para el viaje.

—Sí, por favor, ¡y asegúrese de que nadie beba nunca de esa botella! —suplicó Luke.

—No te preocupes por eso, hijo. Qué desperdicio de buen whisky, sin duda.

—¿Sabe qué veneno es? —preguntó Jack mientras el doctor recogía las otras ratas muertas y las arrojaba a un cubo cerca de la puerta trasera.

—Tengo sospechas, sí. —El Dr. Galbraith cedió ligeramente ante sus miradas curiosas—. El cianuro de potasio causa síntomas muy parecidos a estos, tengo entendido. Tendré que consultar mis libros para averiguar si hay una prueba específica para detectarlo, y si es algo que puedo hacer aquí, o quizás tenga que enviar una muestra a Sacramento para analizarla. ¿Quieren que les envíe un telegrama si averiguo exactamente qué es?

—¡No! —exclamaron Luke y Jack simultáneamente.

—Envíe una carta en la diligencia diaria dirigida al Sheriff McCullough —dijo Luke, luego lo reconsideró. No confiaba en Grant Watson, el sobrino de Garrett, y Watson podría abrir el correo que llegara a la

oficina del sheriff. Como el sheriff compartía edificio con la oficina del alcalde, tampoco podían arriesgarse a dirigirla al alcalde Winthrop. El rancho de sus padres estaba demasiado lejos. Qué lío —. No, espere. Envíela... envíela a la señorita Daisy Jackson en la escuela de Rattlesnake Ridge.

—¿Estás seguro de que es buena idea meter a la señorita Daisy en esto? —preguntó Jack en voz baja mientras dejaban al doctor y se dirigían hacia el salón, habiendo decidido que necesitaban desesperadamente un trago.

—No veo que tengamos muchas opciones. Seamos sinceros, ella es prácticamente la única persona en el pueblo de quien podemos estar absolutamente seguros que no está involucrada en sea lo que sea esto. ¡No, no estoy insinuando que Barb podría estarlo! —Luke levantó la mano en gesto conciliador cuando Jack le lanzó una mirada sombría—. Pero Barb vive en una pensión donde no siempre recibe su correo directamente.

—Es justo, pero ¿qué hay de Winthrop o McCullough? No puedes pensar que alguno de ellos esté involucrado, ¿verdad?

—No, pero Grant Watson podría estarlo, y él podría tener fácilmente acceso al correo de ambos.

Jack maldijo ante el argumento de Luke, apretando sus grandes puños. Luke compartía el sentimiento; no le gustaba meter a Daisy en esto, temiendo que pudiera estar en riesgo incluso siendo solo una mensajera, pero necesitaban a alguien cuyo correo estuviera a salvo de manipulaciones y estaba completamente seguro de que podían confiar en ella. Además, ella podría inventar una excusa para ver a McCullough o Winthrop con facilidad sin levantar sospechas.

—¿El predicador? —sugirió Jack, obviamente como último recurso.
Luke lo consideró mientras entraban en el salón. —Tal vez. No sé si abre sus propias cartas o cuántas recibe. Daisy está recibiendo muchas cartas y paquetes para la escuela. ¿Qué importa uno más? Nadie lo notaría.
—Odio cuando tienes razón —refunfuñó Jack.
—Me sorprende que sigas siendo mi amigo, entonces, ya que siempre tengo razón. —Esquivando el codazo de Jack dirigido a sus costillas, Luke se rio y se dirigió hacia la barra.
Pasaron a ver al doctor de camino a la oficina del ensayador, y el Dr. Galbraith les dio un paquete cuidadosamente envuelto. —Aquí hay tres viales del whisky —dijo—, y cada uno probablemente es suficiente para matar a un hombre. Así que tengan cuidado, ¿entendido? Guardaré el resto aquí en mi caja fuerte hasta que los agentes de la ley decidan qué hacer. Hablé con nuestro sheriff y ha enviado un telegrama a Silver City, por si el ensayador de allí también ha recibido una botella de whisky.
Luke y Jack se miraron con culpabilidad. No se les había ocurrido hacer eso, a pesar de que Thom Murray había comentado que Blake estaba de paso tras volver de Silver City. La rápida acción del doctor bien podría haber salvado la vida de otro hombre.
El doctor seguía hablando. —... a menos que encuentre una manera de confirmar que es cianuro de potasio primero. Aunque aún no he encontrado nada. Los libros que tengo dicen que es indetectable si no puedes olerlo.
—A menos que se lo des de comer a una rata —dijo Luke con ironía.

—O a cualquier otro hombre o bestia. Tengan cuidado. Un buen hombre ya ha muerto, y si no fuera por su rápido pensamiento, a Thom Murray no le quedarían muchas más horas tampoco. —El doctor los dejó ir con un gesto sobrio—. Aquí hay una carta que escribí con mis hallazgos. Búsquenme si necesitan algo más.

Le agradecieron y se marcharon, Luke guardando el paquete y la carta en su abrigo. No pensaba soltar ninguno de los dos hasta que pudiera ponerlos a salvo en manos de Jim McCullough.

El Sr. Murray los estaba esperando en la oficina del ensayador, con una amplia sonrisa en su rostro arrugado. Después de agradecerles profusamente por salvarle la vida (el Dr. Galbraith debió haber pasado para compartir sus hallazgos mientras estaban en el salón), colocó la brillante roca gris, ahora solo la mitad de su tamaño anterior, sobre el escritorio. Luke y Jack esperaron con el aliento contenido sus conclusiones.

—Tenías razón, joven —le dijo Murray a Luke—. Es galena. La mayoría de la gente no sabría lo que está viendo; piensan que a menos que sea una pepita de metal puro no puede valer nada. ¿Quién te enseñó?

—Mi padre —dijo Luke, antes de que se le ocurriera que Murray y su padre debían haber nacido más o menos al mismo tiempo—. ¿Quizás lo conoció? Robert Rockford.

—¡Eres el hijo de Robbie Rockford! Vaya. —Murray sacudió la cabeza con nostalgia—. Sin duda llevas la sangre de tu padre, para haber encontrado esto.

—Me dejó notas y un mapa —admitió Luke—. Me ha llevado años descifrarlo todo. Este verano encontramos la galena. Por favor,

dígame que es buena.

—¿Buena? —Murray se rio, obviamente disfrutando al prolongar la intriga mientras agarraba el trozo de mineral y lo pasaba de una mano a otra—. Muchacho, esta es una de las mejores menas de galena que he visto jamás. Casi treinta por ciento de plata... y poco menos de tres por ciento de oro.

Luke sintió que se le caía la mandíbula, y no necesitó ver a Jack para saber que su mejor amigo estaba reflejando su expresión. —¿Oro? —repitió atónito después de un minuto de silencio estupefacto.

—Sí. ¡No te desmayes, muchacho; no tengo whisky que ofrecerte! —Murray se rio de su propio chiste—. Por supuesto, no voy a preguntar dónde lo encontraste, pero por favor dime que tienes los documentos de reclamación adecuadamente presentados.

—Así es. —Luke salió de su estado de shock—. Todo es nuestro.

—Entonces serán hombres ricos, amigos míos. —Murray se levantó para ofrecerles un apretón de manos—. Aquí está el informe del ensayo, hice dos copias, una para cada uno. Y si encuentras más rocas interesantes como esa, joven —agitó su dedo hacia Luke—, ni se te ocurra llevarlas a nadie más que a mí. Tienes olfato para esto.

—Mi padre era quien lo tenía —disentió Luke, pero estrechó la mano de Murray, contó el dinero para pagar el ensayo y prometió volver si alguna vez encontraba algo más que valiera la pena analizar.

Afuera en la calle, se miraron con pura incredulidad. Luke se preguntó si su sonrisa era tan amplia como la de Jack, extendiéndose casi de oreja a oreja, aunque la de Jack estaba torcida por su cicatriz.

—Oro —susurró Jack, demasiado bajo para que cualquiera que pasara pudiera oírlo.

—¡Oro! —susurró Luke en respuesta, y luego estaban bailando en la calle, gritando de alegría, incapaces de creer su buena fortuna.

—¿De vuelta al salón? —sugirió Jack por fin—. Esto merece la mejor cena que Virginia City pueda ofrecer, ¡aunque estoy seguro de que tú estás deseando que llegue mañana por la noche en casa de la señorita Daisy!

Luke no lo negó, pero tampoco iba a rechazar un buen filete con todos los acompañamientos. Tenía un resorte en el paso que era casi un brinco mientras se dirigían de vuelta al salón.

El cantinero estuvo más que feliz de servirles un buen whisky, aunque ambos se estremecieron momentáneamente cuando vieron que era de la misma marca que Blake le había dado al Sr. Murray. Luke se rio antes de agarrar el vaso y beberse el deliciosamente suave líquido ámbar. Jack se rio roncamente mientras lo imitaba.

—Qué día —suspiró Luke, dejando el vaso y negando con la cabeza —. Qué día tan increíblemente extraño.

—Desde luego que sí. —Jack hizo un gesto al cantinero para que rellenara sus vasos—. Pensé que había terminado con este tipo de emociones después de que acabara la guerra.

Luke gruñó en señal de acuerdo, levantando su vaso para beber de nuevo.

Una fuerte risita le hizo mirar al otro lado de la habitación, y vio a cuatro jóvenes sentadas juntas en una mesa, con platos de comida delante de ellas. Vestidas con recato, eran obviamente respetables, pero también estaban sonriendo y mirándolos a él y a Jack con

bastante descaro. Hace un par de semanas, podría haberles devuelto la sonrisa, incluso haberse acercado a coquetear, pero desde que conoció a Daisy, otras mujeres no le atraían ni lo más mínimo.

Se volvió hacia Jack, que lo observaba con curiosidad, y señaló una mesa al otro lado de la habitación. —Vamos a sentarnos allí y a pedir nuestra cena. Si nos sentamos en el borde exterior, quizás evitemos que alguien nos moleste.

—No me han interesado otras mujeres desde que puse los ojos en Barb por primera vez —dijo Jack mientras se movían hacia la otra mesa, pasando junto a las jóvenes risueñas e ignorándolas por completo—. Pero tú... bueno, ni siquiera sabes si Daisy siente lo mismo que tú.

—¿Estás admitiendo que tú y Barb tienen un acuerdo? —preguntó Luke, arqueando las cejas.

Jack evitó su mirada. —Puede que tal vez le haya dicho algo sobre que quizás hubiéramos encontrado lo que podría ser una veta.

Con su tercer whisky, Luke se tomó un momento para ordenar todos los *quizás* y *tal vez* en esa frase. —Acordamos que no se lo íbamos a contar a nadie —dijo, pero no lo dijo con convicción. Barb nunca diría una palabra, y el mismo Luke ya había violado el acuerdo al contárselo a su madre.

—Ella sabe lo que siento por ella. Nunca lo he ocultado, y más de una vez ha insinuado que le gustaría que la cortejara. Simplemente no podía porque no tenía nada que ofrecer. Pero si la veta resulta bien —Jack se encogió de hombros—, podré mantener a una esposa y a los niños.

—Podrás construirle una mansión y permitirte diez hijos más juntos si hay una cantidad decente de galena en esa cordillera. —Luke sonrió mientras la expresión de Jack se volvía soñadora—. ¡Deja de pensar en cómo vas a llamar a todos esos niños y pidamos la cena!



Capítulo 13

DAISY ESTABA DESPIDIENDO A los últimos niños desde los escalones de la escuela cuando dos caballos familiares bajaron por la calle Hill hacia ella. Su sonrisa se ensanchó al encontrarse con los ojos de Luke, sintiendo cómo su corazón comenzaba a latir de aquella manera ahora familiar al verlo. Podía sentir su respiración acelerándose, un rubor subiendo a sus mejillas, y aunque en silencio se reprendió a sí misma por comportarse como una tonta por un hombre, no apartó la mirada.

Luke se bajó el pañuelo que protegía su boca y nariz del polvo para sonreírle ampliamente y se desmontó de su gran caballo alazán.

—Sí, sí, yo lo tengo —dijo Jack, inclinándose para atrapar las riendas que Luke le lanzó—. ¡Solo recuerda que estás en público!

Sin entender lo que Jack quería decir, Daisy frunció el ceño mientras Luke subía los escalones de la escuela, deteniéndose uno antes del último para que sus ojos quedaran al mismo nivel.

Al llegar allí, se quitó el sombrero respetuosamente. —Buenas tardes, señorita Daisy —dijo formalmente. Sus ojos azules ardían con una emoción que ella no podía nombrar.

—Así que has vuelto —respondió ella tontamente, incapaz de explicar el aleteo en su estómago. Se inclinó hacia él instintivamente y vio cómo la comprensión se dibujaba en sus ojos.

¿Qué? quería preguntar. *¿Qué es esta sensación?* En lo profundo, una parte de ella lo sabía. Lo había sabido desde su primer día en Rattlesnake Ridge, pero aún no estaba lista para reconocerlo.

—Necesito hablar contigo —dijo Luke, retrocediendo ligeramente, abriendo la distancia entre ellos. Su expresión se volvió seria—. En privado.

—¿Ahora?

Él miró alrededor, y ella vio cómo su mirada se posaba en varios transeúntes. —Más tarde podría ser mejor. Vendré un poco antes para la cena, si te parece bien.

—Claro —acordó Daisy, casi sin pensar por lo cerca que él estaba. Estaba cubierto de polvo y las arruguitas en las comisuras de sus ojos parecían más profundas de lo habitual, lo que hablaba de unos días agotadores desde la última vez que lo había visto, pero aún así pensaba que era el hombre más apuesto que conocía.

—Necesito ir a lavarme —sin embargo, no se movió, y simplemente se quedaron mirándose el uno al otro.

—Te he echado de menos —susurró Daisy por fin, incapaz de soportarlo. Tenía que decirle lo que sentía, incluso si aún no lo entendía del todo.

—Ni la mitad de lo que yo te he echado de menos, te lo aseguro.

Una calidez floreció en su pecho, y extendió su mano instintivamente. Los dedos de él se alzaron para atrapar los suyos, entrelazándose por un breve momento antes de que él la soltara y retrocediera escalones abajo. Incluso ese ligero contacto le provocó escalofríos. Podía sentir el calor de su mano mucho después de que la soltara. Quería estirar el brazo y agarrarlo, suplicarle que no se marchara, pero de alguna manera logró contenerse.

—Te veré más tarde, señorita Daisy —con voz baja y ronca, la miró durante un largo momento antes de inclinar la cabeza respetuosamente y volver a encajarse el sombrero mientras cruzaba la calle hacia los establos.

Su mano estaba sucia por haber tocado la polvorienta de él. Sabía que necesitaba lavársela antes de preparar la cena, pero aún así la mantuvo acunada contra su pecho durante unos preciosos momentos, saboreando el calor que persistía de su contacto.



Luke llegó a las cinco y media, media hora antes de que ella les hubiera dicho a los demás que tendría lista la cena. Sin embargo, sabiendo que llegaría temprano, había terminado todos los preparativos e incluso se había cambiado de su vestido de diario a uno más bonito de color verde que sabía que él no le había visto usar todavía. Con su cabello en un estilo más suave que el severo moño que normalmente usaba, trenzas rodeando su cabeza en

forma de corona, pensó que se veía muy atractiva cuando abrió la puerta.

La mirada en los ojos de Luke le dijo que se estaba menospreciando. La contempló con casi asombro antes de cruzar el umbral. —Eres un regalo para la vista, Daisy —murmuró.

—Gracias —tímida con él ahora que estaban solos, bajó la mirada y entrelazó sus dedos—. ¿De qué necesitabas hablarme en privado?

Luke suspiró. —No de lo que desearía, desafortunadamente.

Su mirada voló hacia el rostro de él, y notó las tensas líneas de preocupación alrededor de sus ojos. —¿Qué quieres decir?

—Jack y yo no íbamos a ver a ningún comprador de ganado en Reno —tomó asiento en la mesa cuando ella se lo indicó con un gesto.

Con el ceño fruncido, Daisy también se sentó. —¿Entonces por qué estaban allí?

—Queríamos ver a un ensayador. No creo que te lo haya dicho aún, pero mi padre era buscador de oro. Dejó un montón de mapas y notas, juraba que estaba a punto de encontrar una gran veta. Este verano, Jack y yo hicimos algunas búsquedas y encontramos cosas interesantes.

—¡Oh! —la alegría brotó en su interior, placer por su buena fortuna —. Pero espera... ¿no vieron al ensayador aquí? ¿Ese hombrecito gris que trabaja en el banco? —había visto al hombre en el banco cuando fue a abrir una cuenta y lo reconoció como el caballero descortés que había viajado en la diligencia desde Reno al mismo tiempo que ella, aunque nunca se había presentado.

—El señor Blake —proporcionó Luke el nombre—. A decir verdad, Jack y yo no sentimos ningún aprecio por el señor Garrett ni por

nadie que trabaje para él. El hombre es una comadreja. No confiaría en Blake para que fuera honesto con nuestras muestras, por eso fuimos a Reno.

—¿Pero terminaron yendo a Virginia City? —preguntó Daisy. Se le ocurrió una idea—. Gracias por enviar el telegrama, por cierto. Fue muy considerado. Confieso que me habría preocupado por ti si no hubieras aparecido para la cena.

—Por eso lo envié. No quería que te preocuparas —bajó la cabeza, pareciendo incómodo por un momento antes de volver a mirarla a los ojos. Estaba segura de que vio un leve indicio de rubor en su cara bronceada cuando añadió—: Tampoco quería perderme la cena contigo.

Se miraron durante un largo momento, como hechizados. Lentamente, Daisy extendió su mano hacia él. Luke la tomó con la suya, fuerte —ahora bien limpia, notó complacida.

—Tuvimos que ir a Virginia City porque el ensayador de Reno murió repentinamente hace unas dos semanas. Un hombre joven, pero supuestamente su corazón falló mientras dormía.

—¡Santo cielo! —exclamó Daisy, horrorizada—. ¡Pobre hombre!

—Ciertamente, pero no hay otro ensayador en Reno, así que decidimos seguir hasta Virginia City. Pensamos que habría al menos uno allí con todas las minas y demás, y si no, Silver City no está mucho más lejos. Y entonces ayer por la mañana, cuando estábamos haciendo fila en la oficina del ensayador en Virginia City, ¿a quién vemos sino al señor Blake saliendo?

—¿Qué? —la mandíbula de Daisy cayó—. ¿Ayer por la mañana?

—Así es.

Sorprendida, pensó para asegurarse de que tenía sus días correctos, pero no podía haber error. —Dios mío. ¡Debe haber estado en camino hacia allá cuando lo vi justo después de que terminaran las clases el lunes, o de lo contrario habría estado cabalgando en la oscuridad!

Luke la miró fijamente. —¿Lo viste después de la escuela el lunes?

—Sí, cuando Grant Watson estaba aquí. Él se estaba marchando justo cuando vi al señor Blake pasar cabalgando en un gran caballo negro.

Luke parpadeó, desviándose de su tema. —¿Por qué estaba Watson aquí el lunes? —una preocupada arruga se instaló en su rostro.

—De hecho, también estuvo aquí ayer, y luego otra vez hace unos minutos después de que te vi llegar hoy —Daisy arrugó la nariz. Las visitas posteriores de Watson habían sido aún menos bienvenidas que la primera—. Se sigue pasando por aquí para pedirme que cene con él.

Unos dedos fuertes se cerraron alrededor de los suyos, y ella sacudió la cabeza suavemente ante la expresión furiosa de Luke. —No te preocupes, no tengo ninguna intención de ir a cenar con él nunca. Sin embargo, no parece muy bueno entendiendo la palabra no.

—¡Le haré tragar sus dientes si no toma tu palabra en serio!

Podía notar que estaba enfadado en su nombre. Poniendo su otra mano encima de las entrelazadas, acarició suavemente sus dedos. —Está bien, Luke. Sé cuidar de mí misma, ¿sabes?

Él no parecía menos preocupado. —Sé que no tienes miedo de hablar por ti misma, Daisy, el Señor te bendiga por ello, pero contra

un hombre del tamaño de Watson, si decidiera ponerse insistente... —dejando la frase en el aire, Luke sacudió la cabeza—. No me gusta pensarlo.

—Entonces no lo pienses. Aprendería que no crecí en los campamentos mineros por nada, Luke. Sé cómo manejar a un hombre que se sobrepasa.

Sus labios se curvaron ante eso. —Seguro que sí. Aun así... ¿me prometes que tendrás cuidado?

—Te lo prometo. Ahora será mejor que me cuentes el resto antes de que lleguen los demás. No has venido solo para decirme que viste al señor Blake en Virginia City el martes por la mañana.

—No, desde luego —Luke suspiró, frotándose la cara con su mano libre, y reanudó su historia.

Cuando llegó a la parte sobre las ratas, Daisy soltó sus manos y se levantó para caminar de un lado a otro. —¿Murieron? ¿Todas ellas?

—Todas ellas —confirmó Luke—. El doctor no pudo identificar positivamente lo que había en el whisky, pero dados los síntomas y el hecho de que no había olor, sospechó de cianuro potásico.

—¡Cianuro! —jadeó Daisy, horrorizada—. Oh, Dios mío —recordó un libro que su padre tenía sobre venenos—. Eso puede causar la muerte... oh. *Oh*. ¡El hombre de Reno!

—Cuando estábamos en Reno, el hombre que nos dijo que el ensayador había muerto también mencionó que el sheriff sospechaba envenenamiento. Así que cuando vimos a Blake alejándose de la oficina del señor Murray y vimos la botella de whisky en su escritorio, saqué conclusiones precipitadas, pero parece que tenía razón. Fui directamente al Sheriff McCullough

después de verte hoy, le conté todo lo que descubrimos, y sugerí que enviara un telegrama a Reno.

Daisy estaba contando los días con los dedos. —¿Cuándo exactamente dijiste que murió el hombre de Reno?

—El encargado del establo dijo hace diez días, pero eso fue desde el lunes, así que serían doce días ahora. ¿Por qué?

—Hace doce días es el día que llegué a Rattlesnake Ridge... y ¿sabes quién venía en la diligencia desde Reno conmigo? —miró a Luke a los ojos—. El señor Blake.

—No —Luke parecía conmocionado—. Dios mío. Debería decirle al sheriff... —comenzó a ponerse de pie.

—No hay nada que puedas hacer al respecto esta noche —moviéndose para pararse justo frente a él, cerró sus manos sobre su brazo, impidiéndole dirigirse hacia la puerta—. De todos modos, deberíamos verificar las fechas; el encargado del establo podría haberse equivocado.

—Sí —estuvo de acuerdo Luke, pero no volvió a sentarse. Se quedó mirando a Daisy, sus ojos oscureciéndose mientras se contemplaban mutuamente.

Daisy descubrió que su respiración se aceleraba, las mariposas en su estómago revoloteaban más violentamente. —Luke —susurró, incapaz de apartar la mirada.

Sus manos se extendieron para rodear su cintura. —Probablemente deberías apartarme —dijo, con voz baja y áspera—. O gritar, o... algo.

—¿Debería? —inexplicablemente, su voz salió como el más débil de los susurros—. ¿Por qué?

—Porque de lo contrario voy a besarte.

—Oh.

Nunca la habían besado antes. No estando completamente segura de lo que debía hacer, se inclinó ligeramente hacia delante mientras Luke esperaba a que lo apartara.

Él sonrió después de esperar un largo momento y murmuró —Bien —antes de acercar su rostro al de ella.

Los párpados de Daisy se cerraron instintivamente a medida que él se acercaba. Podía sentir el calor de su aliento en sus labios. Luego su boca se deslizó oh-tan-suavemente sobre la suya, y la besó, suave y ligero como una pluma.

Que Dios me ayude, no es suficiente. Quiero más. Había visto a hombres y mujeres besarse antes. Aunque siempre había apartado discretamente la mirada, sabía que besar iba mucho más allá del delicado roce de labios. Así que cuando Luke levantó la cabeza, ella enganchó una mano detrás de su nuca y lo atrajo hacia abajo nuevamente, dejando que sus labios se separaran mientras sus bocas se encontraban otra vez.

Luke emitió un sonido grave en su pecho, una especie de gemido, y entonces sus manos se apretaron en su cintura. La atrajo cerca contra su fuerte cuerpo mientras la besaba de nuevo, propiamente esta vez.

Daisy jadeó cuando la lengua de Luke rozó sus labios, tentándola a probarlo a su vez. Sus rodillas flaquearon, y se derrumbó contra él. Sabe Dios dónde podrían haber parado si un firme golpe en la puerta no los hubiera hecho separarse culpablemente.

—Dios mío —segura de que sus mejillas ardían, Daisy presionó sus manos contra ellas. Tenía razón; quemaban de calor.

—Sí —Luke se pasó la mano por el pelo, con la cara también enrojecida—. Ajá. Supongo que serán Jack y Barb.

—Déjalos entrar. Yo revisaré la cena —eso le daría unos momentos para componerse, y también proporcionaría una excusa para sus mejillas sonrojadas si estaba de pie junto a la estufa caliente.

La mirada conocedora de Barb le dijo a Daisy que no estaba engañando a su amiga ni por un momento. *¿Habrá mirado Barb por la ventana y visto a Luke besándome? ¡Me moriría si lo hizo!*

Por otro lado, Barb era viuda. Lo que significaba que había estado casada. Quizás ella podría decirle a Daisy si los extraños sentimientos revoloteadores que sentía alrededor de Luke —la forma en que lo extrañaba cuando no estaba cerca— eran lo que ella comenzaba a sospechar.

Más que comenzar, si era completamente honesta consigo misma. Especialmente después de ese beso.

—¡Huele bien! —Ishmael olfateó el aire ansiosamente.

Daisy le revolvió suavemente el cabello oscuro. —¿Me ayudarás a poner la mesa? Los cuchillos y tenedores están en ese cajón. Tú e Isabelle tal vez quieran cucharas también.

—¿Cucharas? ¿Qué vamos a comer? —se apresuró a obedecerla, colocando cuidadosamente los cubiertos en la mesa. Había arrastrado otra mesa desde la escuela junto con dos sillas adicionales para los niños.

—Un plato muy especial que mi madre me enseñó a cocinar. Ella nació en un lugar lejano llamado China, y lo aprendió de su madre

allí —Daisy sacó el plato del horno, llevándolo para colocarlo cuidadosamente sobre un pequeño mantel acolchado que había puesto en medio de la mesa—. Se llama pollo con miel y jengibre, y lo vamos a comer con arroz.

—Me gusta el arroz. Matthew cocina con él a veces. Hace... ¿cómo se llama, mami? ¿Ese guiso picante?

—Hoppin' John, creo que te refieres a eso —dijo Barb—. No creo que la comida de China sea picante como esa.

—Diferentes tipos de especias, pero algunos platos chinos son picantes —discrepó Daisy, colocando un gran cuenco de arroz en la mesa—. Este plato no, sin embargo. Aquí... pon un poco de arroz en tu plato, y luego pondré pollo encima —animó a los gemelos, que miraban el plato desconocido con cautela. Sin embargo, el hambre pronto triunfó. Después del primer bocado, ambos parecían lo suficientemente entusiasmados, así que Daisy dejó de preocuparse por ellos.

Estaba más preocupada por si a Luke le gustaría este, su favorito de los pocos platos que había aprendido de su madre. Él inhaló el fragante vapor, tomó un trozo de pollo con su tenedor y lo mordió. Sus ojos se abrieron, y rápidamente tomó más para otro bocado.

—¡Esto está delicioso! —exclamó Jack, con una amplia sonrisa en su rostro—. ¿Verdad, Barb?

—Desde luego —Barb tomó otro bocado—. Me encantaría aprender a cocinarlo.

—Puedes venir cualquier tarde y cocinaremos juntas —sugirió Daisy.

—Necesito volver a practicar —estuvo de acuerdo Barbara—. Creo que casi he olvidado cómo cocinar después de vivir tanto tiempo en

la pensión. Cuando nosotros... si... quiero decir... —miró a Jack y se silenció tomando otro bocado apresurado.

Daisy sintió que sus cejas se alzaban. Hasta donde ella sabía, Barb y Jack no tenían un entendimiento, o no lo tenían hace solo unos días. Luke nunca había llegado a contarle los resultados del ensayo de sus muestras. Tal vez él y Jack realmente habían encontrado algo, algo de suficiente valor para que Jack se sintiera seguro de revelar su corazón a Barb. Ciertamente, los dos se estaban mirando de una manera completamente nueva.

—Por favor, señorita Daisy —preguntó Isabelle, interrumpiendo sus pensamientos—, ¿hay más? Esto está muy bueno.

—Claro que sí —Daisy sirvió más en el plato de Isabelle, y en el de Ishmael cuando él lo extendió ansiosamente—. Sé cuánto pueden comer ambos cuando tienen hambre, y sé que estos dos vaqueros comerán cualquier cosa que ustedes no puedan terminar.

—Seguro que sí —estuvo de acuerdo Luke—. Es maravilloso.

Daisy ni siquiera se había dado cuenta de cuánto había deseado la aprobación verbal de Luke sobre su cocina. Juntando sus manos en su regazo, apretó los dedos con fuerza, tratando de evitar estallar en una canción u otra muestra de emoción excesiva. Sabía que su cara se había puesto roja; esperaba que nadie notara su reacción. Especialmente Luke.

No parecía probable. Él estaba ocupado mordiendo otro trozo de pollo, cerrando los ojos con deleite mientras saboreaba el sabor. Por un momento, casi podía creer que estaban solos, que esto era algo cotidiano para ellos: ella poniendo una comida en la mesa para Luke

después de que él regresara de un duro día de trabajo y ambos disfrutando juntos.

Casi se olvidó de comer ella misma hasta que Isabelle preguntó inocentemente si no tenía hambre. Al encontrarse con los ojos risueños de Barb al otro lado de la mesa, Daisy se sonrojó de nuevo y rápidamente se metió un bocado de comida en la boca.

Me estoy comportando como una tonta por este vaquero.

De alguna manera, cuando Luke le sonrió, no pudo obligarse a preocuparse por ello.



Capítulo 14

A LUKE LE ENCANTABA cómo Daisy se sonrojaba cuando él elogiaba su cocina, bajando la cabeza para ocultar el tinte rojizo que subía por sus mejillas. Sus ojos oscuros lo miraban de reojo como si tímidamente comprobara si él hablaba en serio.

La verdad era que habría dicho que la cena estaba deliciosa incluso si se hubiera quemado por completo, solo porque Daisy la había cocinado. Pero no necesitaba mentir; los deliciosos sabores de la miel y el jengibre hacían que el tierno pollo prácticamente se derritiera en su lengua. Nunca había probado nada parecido y se preguntó inmediatamente si Daisy habría aprendido más recetas de su madre que fueran tan buenas como esta.

Aun así, a pesar de lo exquisita que había sido la cena, deseaba volver a la dulzura de sus labios. Pero probablemente fue mejor que los interrumpieran. Su respuesta dulcemente inocente a su beso le había hecho olvidarse de sí mismo, y por nada del mundo le faltaría el respeto a Daisy. Los besos serían suficientes hasta después de

caminar juntos hacia el altar... y definitivamente se estaba adelantando con ese pensamiento.

—¿Volverás mañana a Shooting Star? —preguntó Daisy cuando terminaban la comida.

Luke se dio cuenta, con una punzada de culpabilidad, que no había terminado de explicarle que podría recibir una carta del médico en Virginia City, ni tampoco le había contado los resultados del ensayo.

—No. —Estaba bastante seguro de que Jack ya había hablado con Barb sobre la galena, considerando lo cerca que estaban sentados los dos. Jack incluso podría estar tomando la mano de Barb bajo la mesa, aunque Luke no tenía intención de comprobarlo—. Tenemos asuntos que nos mantendrán en el pueblo al menos hasta el fin de semana.

Se sintió gratificado por la mirada de deleite apenas oculta de Daisy y decidió que este era un buen momento para dejar claras sus intenciones. Especialmente porque necesitaba más tiempo para hablar con ella en privado, y acababan de demostrar que estar solos sin testigos quizás no era la mejor idea. —¿Le gustaría dar un paseo conmigo mañana después de que termine la escuela, señorita Daisy?

Daisy sonrió radiante mientras decía: —Me encantaría.

—¿Podemos ir nosotros también? —preguntó Isabelle inocentemente.

Luke ocultó una sonrisa. —Esta vez no, cariño —le dijo—. Quizás podríamos hacer algo en otra ocasión... ¿os gustaría ir de picnic al lago el sábado? —Miró a Barb, quien ya estaba aplaudiendo felizmente—. ¿Señorita Daisy?

—Suena encantador, pero ¿cómo llegaremos allí? Está a unos kilómetros de la Ridge —dijo Daisy de manera práctica.

—Partes del rancho Shooting Star llegan hasta la orilla del lago —le dijo Luke—. Podemos conducir un carromato casi todo el camino o alquilar caballos para ti y Barb. Los gemelos podrían montar conmigo y Jack.

—No he montado a caballo desde hace bastantes años —confesó Daisy con un toque de aprensión en su tono—. Un carromato probablemente sería lo mejor.

—Entonces me encargaré de conseguir uno y le pagaré a Matthew para que nos prepare una comida para el picnic.

Isabelle e Ishmael saltaron de emoción, y Barb le lanzó una mirada jubilosa. Obviamente, había pasado demasiado tiempo desde que había tenido el gusto de salir un día con los niños. Luke esperaba que Jack estuviera tomando nota. Barb merecía que la mimaran un poco.

En cualquier caso, se felicitó por tan buena idea. Ahora tenía otra buena razón para ver a Daisy al menos dos veces más esta semana.

Desafortunadamente, se estaba haciendo tarde, y la mesa aún necesitaba ser recogida. Luke ciertamente no iba a dejar a Daisy con un montón de platos sucios. Remangándose la camisa, insistió en lavarlos una vez que Jack trajo un cubo de agua de la bomba exterior, pasándole los platos limpios a Isabelle para que los secara antes de que Ishmael los apilara en el armario. Con trabajo en equipo no tardaron nada. La mirada agradecida que Daisy le dirigió fue más que suficiente pago por el esfuerzo.

Pronto se sentó de nuevo a su lado, uniéndose a la conversación que Barb estaba contando sobre la historia de Rattlesnake Ridge. Los dos niños se acomodaron en la mecedora de Daisy junto al fuego, compartiendo un libro de cuentos y dejando que los adultos hablaran... hasta que finalmente Barb detectó cabezas cabeceando y comentó que se estaba haciendo tarde.

—¿A eso de las tres y media? —sugirió Luke a Daisy mientras Barb comenzaba a organizar a los soñolientos niños para el regreso a la pensión—. ¿Mañana por la tarde? No pudimos terminar nuestra conversación.

Daisy se sonrojó. —Mientras sea conversación, señor Rockford —dijo con picardía—. No quisiera que pensara que mi aceptación para dar un paseo con usted fuera una invitación para tomarse libertades.

—Absolutamente, señorita Daisy. —Le sonrió. Aunque nunca se arrepentiría de haberle robado el beso, su conciencia definitivamente le estaba pinchando—. Le prometo que tiene mi máximo respeto. —Colocó su mano sobre su corazón e inclinó ligeramente la cabeza—. Pero realmente necesito hablar con usted. Urgentemente.

—Mañana a las tres y media entonces. —Le otorgó una sonrisa indulgente y extendió la mano para tocar ligeramente la suya—. Lo esperaré con ansias, al igual que nuestro picnic del sábado.

—Luke, ¿puedes cargar a Ishmael? —preguntó Jack desde la puerta. Ya tenía a Isabelle en sus brazos, con la cabeza apoyada en su hombro. Ishmael se aferraba a su pierna, obviamente agotado.

—Por supuesto —accedió Luke, arrodillándose para extender sus brazos. Ishmael se apresuró a entrar en ellos.

—Gracias —dijo Barb agradecida—. Se está poniendo un poco pesado para mí últimamente.

—No te preocupes; para cuando sea demasiado grande para que yo lo cargue, será lo suficientemente mayor como para mantenerse despierto en una salida nocturna. —Luke acarició cariñosamente el cabello de Ishmael, haciendo que el niño soltara una risita.

—Eres un buen amigo, Luke. —Barb le dio una palmadita afectuosa en el hombro antes de volverse hacia Daisy—. Y señorita Daisy, gracias por una cena tan hermosa y por compartir la receta de su madre con nosotros.

Luke asintió vigorosamente. —No recuerdo cuándo fue la última vez que disfruté tanto una cena.

—Estoy de acuerdo —murmuró Jack.

—Todos sois demasiado amables. —Daisy trató de restar importancia a sus elogios, obviamente avergonzada—. Espero... bueno, supongo que dependerá de lo que vosotros caballeros planeéis hacer, pero espero que sea algo que podamos repetir pronto.

—Lo haremos posible —prometió Luke antes de que Barb lo instara a salir, diciendo que necesitaban acostar a los niños. Su último vistazo de Daisy fue su cálida sonrisa, que imaginó estaba dirigida hacia él. Finalmente, ella cerró la puerta detrás de ellos, y él oyó el reconfortante ruido del cerrojo deslizándose en su sitio.

No me gusta que esté ahí sola, pensó mientras caminaban la corta distancia hasta la pensión. Incluso con las puertas cerradas con cerrojo—y él mismo había instalado los robustos cerrojos—se preocupaba por ella.



Ninguno de ellos notó la oscura sombra que estaba de pie en el callejón, al otro lado de la calle frente a la escuela. La mirada llena de odio de Grant Watson siguió al pequeño grupo hasta que llegaron al cruce. Riendo. Bromeando. Jugando. Los despreciaba. Sus manos se cerraron en puños, sus uñas cavando profundos surcos en las palmas de sus manos.

Paciencia, Grant. Paciencia.

Respirando profundamente varias veces para calmarse, lentamente aflojó sus puños cerrados. Casi había salido de las sombras para enfrentar al hombre cuando lo pensó mejor. Grant esperó otros diez minutos solo para asegurarse de que Rockford no regresara solo. Si lo hacía... si lo hacía y Daisy lo dejaba entrar...

Lo mataré, decidió Grant, dando un paso hacia la calle antes de congelarse al oír pasos.

¿Rockford?

No, no eran los pasos firmes y constantes de Rockford, sino unos que se arrastraban, irregulares. Asomándose por la esquina, Grant observó una figura tambaleándose por la calle. Su labio se curvó en una mueca despectiva.

Bartholomew Jenkins había sido un ciudadano respetable, según había oído, pero eso fue mucho antes de que Grant Watson llegara a Rattlesnake Ridge. Ahora Jenkins era el borracho del pueblo. Aunque

el señor Dobson no le vendía nada más fuerte que cerveza y el cantinero del Miner's Rest limitaba a Jenkins a dos whiskies por noche después de que McCullough lo intimidara, Jenkins seguía consiguiendo bebidas fuertes de algún sitio. McCullough estaba seguro de que uno de los mineros estaba manejando un alambique de alcohol clandestino en alguna parte, pero todos los esfuerzos del sheriff y sus ayudantes habían fracasado en descubrir quién y dónde.

Grant debatió si ir a interceptar a Jenkins e intentar obtener alguna información sobre su proveedor de licor mientras Jenkins estaba medio borracho, pero el atractivo de la ventana iluminada de Daisy era demasiado fuerte. Esperó a que el arrastre de los pasos de Jenkins se desvaneciera antes de deslizarse silenciosamente al otro lado de la calle y a lo largo del costado de la escuela para reanudar su ritual nocturno.

Pronto, esperaba no estar observando desde fuera de la ventana.



Apoyándose contra la puerta cerrada con cerrojo, Daisy sonrió mientras observaba la habitación inmaculadamente limpia. Había esperado pasar el resto de la noche ordenando, pero Luke se había levantado de un salto después de la cena y se había lanzado directamente a los platos, diciéndole sin lugar a dudas que ya que ella había cocinado, era trabajo de los demás limpiar.

La visión de sus fuertes antebrazos bronceados la había hecho sentir calor por todo el cuerpo, recordó Daisy con una sonrisa mientras se soltaba el cabello. ¿Quién hubiera pensado que un hombre realizando tareas domésticas tan mundanas podría ser tan atractivo? Barb había captado su mirada y había asentido hacia la amplia espalda de Luke con una sonrisa cómplice, incluso haciendo un pequeño gesto que Daisy había tenido dificultad para interpretar por un momento antes de darse cuenta de que Barb fingía abanicarse.

Bueno, la visión de un hombre fuerte y apuesto que voluntariamente asumía tareas que la mayoría denigraría como "trabajo de mujeres" ciertamente había hecho que Daisy se sintiera acalorada. Aun así, se había sentido obligada a morderse el labio y lanzarle a Barb una mirada de reproche.

La viuda simplemente se había reído. —Apreciar la obra del Señor no es algo de lo que avergonzarse —le había susurrado a Daisy—, y un hombre tan apuesto es seguramente una de Sus mejores creaciones.

—¡Barb! —Daisy había tenido que contener una risa—. ¡Eres escandalosa!

—Trabajar en un salón amplía tus horizontes, cariño, incluso en uno decente como el del señor Dobson —había dicho Barb, con una sonrisa un poco cansada del mundo—. Confía en mí, querrás atrapar a Luke antes de que alguna otra mujer afortunada lo haga. Es un tesoro.

—Es prácticamente tu hermano, así que dirías eso, ¿no?

—¡Qué cínica, Daisy!

—Ocúpate de tu propio hombre, Barb. —Daisy había asentido hacia Jack, que se había acercado para ayudar a los gemelos con una

palabra difícil en su libro—. Si el señor Rockford es una buena presa, seguramente el señor Hollis también lo es.

La risa ronca de Barb había hecho que la cabeza de Jack girara. La había mirado impotente, embelesado. Ella le había dado una larga mirada por debajo de sus pestañas antes de susurrarle a Daisy: —No te preocupes por eso. Jack me contó sus emocionantes noticias, y hablaremos con el Reverendo y la señora Brown muy pronto ahora que tiene un buen futuro financiero por delante. Lo habría aceptado sin eso, por supuesto, y nos las habríamos arreglado, pero el tonto no quería declarar su interés hasta estar seguro de que podía darnos a todos un buen hogar.

—Eso es maravilloso. Felicidades —había dicho Daisy suavemente, preguntándose a qué se refería Barb. Luke debía no haber llegado a cualquiera que fuesen las "emocionantes noticias" que Barb había mencionado.

Se sonrojó intensamente una vez más al pensar en la forma en que habían pasado los últimos minutos de su breve tiempo a solas. No debía volver a ocurrir. Preparándose para acostarse, Daisy se dijo severamente que no debía haber más besos con Luke Rockford. Ya tendría suficientes problemas para mirar al Reverendo Brown a los ojos el domingo, sabiendo cuánto había disfrutado del beso.

Un beso no es tan pecaminoso, se consoló, mirando sin poder dormir las sombras en su techo y escuchando los crujidos del edificio de madera asentándose en el fresco aire nocturno. Aun así, había una razón por la que ese tipo de actividad debía tener lugar dentro de la santidad del matrimonio... y no era como si Daisy tuviera un

padre listo y dispuesto para llevar a Luke al altar para casarse con ella a punta de pistola.

Era lo contrario, realmente. Él era quien tenía familia en Rattlesnake Ridge, la historia aquí. Ella... bueno, si alguien la hubiera visto besando a Luke, tendría una reputación permanentemente manchada, especialmente porque había pasado menos de dos semanas desde su llegada. Tendría que abandonar el pueblo, y solo el Cielo sabía cuándo —o si— lograría encontrar otra posición.

Así que, aunque ese beso había sido... bueno, se le podían aplicar varios adjetivos, incluidos magníficos y impresionantes. Pero el que más importaba era singular. Por el bien de su futuro, no podía volver a besar a Luke.

Iría a pasear con él, decidió Daisy, siempre que se mantuvieran en las calles públicas. Lo mismo con este picnic el sábado; aunque no tendrían tantos testigos, sabía por experiencia que los niños pequeños podían ser acompañantes excepcionalmente eficaces.

Acostumbrada ya a los crujidos del nuevo edificio asentándose, un sonido inesperado hizo que los ojos de Daisy se abrieran de golpe justo cuando finalmente estaba quedándose dormida.

El sonido de alguien probando el pestillo.

Incorporándose en la cama, se aferró a la sábana contra su pecho. Daisy se quedó muy quieta, con el corazón acelerado, escuchando lo más atentamente que podía.

El sonido volvió a producirse: el tintineo metálico del pestillo, fuerte en la tranquila noche.

—Luke —murmuró Daisy, pero en su corazón no creía que fuera él. No creía honestamente que él regresaría e intentaría abrir su puerta

silenciosamente, como un ladrón.

Entonces, ¿quién?

Podría ser cualquiera. Todos en Rattlesnake Ridge sabían que vivía sola, pero hasta ese momento Daisy nunca se había sentido vulnerable. Ahora sí. Sí, había un cerrojo sólido en la puerta, pero eso no detendría a alguien decidido. Podrían simplemente romper la ventana.

Tan silenciosamente como pudo, Daisy se levantó de la cama y abrió su armario, alcanzando la estantería superior y cogiendo su mejor sombrero para recoger lo que estaba escondido debajo.

Una pistola.

Nunca quiso que ninguno de los escolares supiera que la tenía o que alguno de ellos se topara con ella, pero el pequeño revólver plateado había sido un regalo de su padre. Él le había enseñado a disparar cuando solo tenía doce años. Hacía una eternidad. Sus lecciones le servirían bien ahora.

El pestillo volvió a moverse, y Daisy apretó los dientes. Abriendo la puerta del dormitorio con su mano libre, gritó con toda la fuerza de sus pulmones: —¡Si entras aquí, te dispararé y te mataré!

Sosteniendo la pistola firmemente con ambas manos, se quedó de pie frente a la puerta, tratando de no temblar de miedo. Se preguntó si realmente podría disparar a un hombre.

Sí, decidió, mientras sus manos se estabilizaban. *Sí, si un hombre irrumpe, está aquí para hacerme daño, y no voy a permitir que eso suceda cuando tengo el poder aquí mismo en mis manos para evitarlo.*

El silencio parecía absoluto. Daisy casi podría haber pensado que lo había imaginado todo, de no ser por el más leve sonido que finalmente llegó a sus oídos, el roce de una bota sobre piedra mientras alguien se alejaba sigilosamente.

Permaneció inmóvil durante mucho tiempo antes de retirarse a su dormitorio, con la pistola aún firmemente agarrada en su mano fría y temblorosa. Sentada en la cama, esperó aún más tiempo, al menos una hora, aterrorizada, tensa y sobresaltándose nerviosamente ante el más mínimo ruido.

Al fin concluyó que quien había intentado entrar se había dado por vencido y se había marchado. Sin embargo, no devolvió el revólver a la estantería superior del armario. En cambio, lo colocó cuidadosamente en la pequeña mesita de noche junto a la cama. Lo guardaría por la mañana. Pero por el momento, tenía la intención de dormir con su pistola al alcance de la mano.



Capítulo 15

A LA BRILLANTE LUZ de la mañana, Daisy se sintió ridícula por el terror que había experimentado en medio de la noche. Guardó la pistola rápidamente, sacudiendo la cabeza ante su propia tontería. ¡Debía haberlo imaginado!

Vestirse con su ropa habitual y recogerse el cabello la hizo sentir un poco mejor, la rutina familiar la reconfortaba.

Encontrar el pestillo atascado en la posición superior —la posición abierta, la puerta mantenida cerrada solo por la fuerza del cerrojo— hizo que todos sus temores volvieran a la superficie. Se quedó mirándolo, sintiendo cómo la sangre abandonaba su rostro.

Alguien realmente intentaba entrar aquí anoche.

Un golpe en la puerta la hizo retroceder con un pequeño chillido de miedo. Se recompuso y retiró el cerrojo. El pestillo cayó, y lo levantó con cautela antes de abrir la puerta.

El Sheriff Jim McCullough era un hombre grande, casi llenando el umbral. Quitándose el sombrero, le ofreció un respetuoso

asentimiento. —Buenos días, señorita Daisy.

—¡Sheriff! Buenos días. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Es más bien lo que yo, o mi departamento, podemos hacer por usted, señora. —Su expresión era preocupada mientras la miraba, pero su actitud tranquila reconfortó los nervios ligeramente alterados de Daisy—. Recibí un informe esta mañana de sus vecinas de la cerca trasera, las señoritas Bentley. La señorita Mary Bentley pasó por mi oficina esta mañana y dijo que ella y sus hermanas escucharon gritos desde aquí muy tarde, me preguntó si podía pasar a ver cómo estaba usted.

—¡Qué amables por su parte! —Daisy apenas conocía a las tres señoras de mediana edad que vivían en la casa al otro lado de la cerca trasera de la suya. Tendría que llevarles algo como agradecimiento por su preocupación.

—¿Los gritos venían de aquí, señora? —presionó McCullough suavemente.

Tomando una decisión, Daisy asintió. —Así fue, Sheriff. ¿Podría acompañarme, por favor?

Una vez que él la siguió adentro, ella cerró y atrancó la puerta, levantó el pestillo y le mostró cómo se quedaba atascado mientras explicaba los eventos que habían ocurrido después de que se fuera a la cama.

McCullough la tomó en serio, notó ella agradecida, examinando el pestillo con el ceño fruncido. Cayó en su lugar cuando lo tocó solo ligeramente, y lo movió un par de veces hasta que se atascó de nuevo. Una vez que abrió el cerrojo, el pestillo no se quedaba arriba en absoluto.

—Así que una vez que sus invitados se fueron, usted cerró la puerta y el pestillo debió caer en su lugar entonces —observó, abriendo la puerta y probándola varias veces—. Luego puso el cerrojo. ¿Cuánto tiempo después diría que escuchó a alguien probar la puerta?

—Estaba quedándome dormida, pero había estado pensando un rato. ¿Quizás media hora?

—¿Pero había apagado su vela un tiempo antes de eso?

—Oh, sí. Me cepillé el cabello y me preparé para acostarme, lo cual siempre hago en el dormitorio. No he tenido oportunidad de poner una cortina en la ventana de esta habitación todavía.

McCullough murmuró para sí mismo, garabateó una nota en una pequeña libreta que sacó de un bolsillo, y salió, examinando el suelo atentamente. Yendo alrededor del lateral de la casa hacia la ventana, le llamó: —¿Señorita Daisy? Un momento.

Al reunirse con él, ella se abrazó a sí misma defensivamente, sintiendo frío a pesar del calor del día. —¿Qué sucede, Sheriff?

Él señaló la pequeña jardinera de la ventana, que en ese momento parecía contener solo tierra. —¿Usted plantó esto?

—Sí, algunas hierbas que espero cultivar. No pensé que crecerían muy bien en un patio trasero que no es mucho más que polvo, pero puedo regarlas. Planté las semillas hace solo unos días.

—¿Y las ha estado regando?

—Bueno, sí. —Perpleja, ella le frunció el ceño—. ¿Cuál es el problema?

—No hay ningún problema, señorita Daisy. Su riego ha creado un pequeño rastro de evidencia, tal como sucede. —Se agachó,

señalando el suelo polvoriento debajo de la ventana—. Mire aquí, donde el agua ha bajado y ablandado la tierra un poco.

—¡Oh! —Daisy vio entonces lo que los ojos experimentados del oficial habían detectado, la huella de una bota de hombre en la tierra—. Oh, ya veo, ¡y esto debe haberse hecho desde que regué las semillas por primera vez!

—Precisamente. —McCullough se enderezó, su boca aplanada en una línea delgada—. No hay ninguna buena razón para que cualquier hombre esté parado tan cerca de su ventana, señorita Daisy. Supongo que esta es la huella de su culpable. Es un hombre con pies más grandes que el promedio y botas que no fueron hechas baratas, a menos que me equivoque. ¿Tiene una hoja de papel grande para trazar el contorno de esta huella? De lo contrario, tendré que volver a la oficina, pero pensé que como usted es la maestra...

—Por supuesto, Sheriff. Un momento. —Apresurándose hacia la escuela, Daisy tuvo que tomarse un segundo para calmar su acelerado corazón. Alguien había estado observándola, ¡no solo intentando entrar, sino parado afuera en la oscuridad observándola!

Sus emociones cambiaron. Mutaron. Hasta que estaba más indignada que asustada.

—Tengo una pistola, Sheriff —dijo mientras le entregaba a McCullough el papel y un trozo de carboncillo.

—¿Es así? ¿Sabe usarla? —McCullough sonaba completamente imperturbable por su revelación mientras se arrodillaba en la tierra y comenzaba a trazar la huella de la bota.

—Mi padre me enseñó. Eso es lo que las hermanas escucharon anoche. Cuando oí que el pestillo se movía, saqué la pistola, y le grité a quien fuera que estuviera intentando entrar que le dispararía si lo hacía.

—Bien hecho, señora. —McCullough ni siquiera levantó la mirada hacia ella.

—¿No me arrestaría si le disparara a un hombre? —Eso la sorprendió.

—No si estuviera irrumpiendo en su casa o atacándola, señora. No tengo tiempo para hombres que maltratan a las mujeres o intentan tomar lo que no se les da libremente. Dispárele con impunidad, y si no lo mata, yo mismo lo colgaré como ejemplo para otros. —Su tono era tranquilo y objetivo.

Daisy le creyó. —Bueno, es bueno saber que cuento con su apoyo, Sheriff.

—Ciertamente lo tiene, señora. No podemos tener malhechores en mi pueblo merodeando y espiando a las damas. —Terminando su dibujo, McCullough se puso de pie—. Y en caso de que regrese, haré que quien esté de patrulla cada noche pase y verifique que nadie esté rondando por aquí.

—Eso es muy amable de su parte. —Excepto... la idea de que el ayudante Grant Watson fuera uno de los que pasaran a verificar la hizo sentir claramente incómoda—. Ah, ¿cómo sabré que son sus hombres y no el merodeador, Sheriff?

—Bueno, mis hombres siempre llevan linternas, señorita Daisy. —Parecía divertido por su preocupación—. Haré que silben cuando se acerquen también, y si su vela todavía está encendida, llamarán.

—De acuerdo.

McCullough la consideró por un momento. —¿Hay algo más que le moleste, señorita Daisy?

—Es usted un hombre astuto, Sheriff. La verdad es... bueno, me siento un poco tonta diciéndolo, pero... —Ni siquiera podía hacer que las palabras salieran.

McCullough empujó su sombrero un poco más atrás en su cabeza. —Oí que había estado saliendo con Luke Rockford. ¿Le preocupa que él pueda ser el culpable?

—¡No! —negó la insinuación inmediatamente—. No. Ni por un segundo.

—Bueno, eso es bueno. Tampoco puedo imaginar a Rockford arrastrándose así. Entonces, ¿qué es lo que la hace tartamudear?

—Aparte de Luke, ah, el señor Rockford, el único hombre en el pueblo que me ha mostrado alguna atención particular es uno de sus ayudantes —dijo Daisy apresuradamente—. Grant Watson.

McCullough murmuró meditativamente. —No había oído eso, lo cual me sorprende. Se sorprendería de cuántos chismes llegan a mis oídos, señorita Daisy. No hay mucho en este pueblo que yo no escuche, tarde o temprano.

—No me sorprende en absoluto —dijo Daisy con una pequeña sonrisa—. Sé que usted inspira confianza en mí, Sheriff.

—Gracias, señora. Watson es un hombre confiable, pero no diré que sea fácil de conocer. No es muy comunicativo sobre su vida personal. No me gusta pensar que acosaría a una mujer, pero también he sido conocido por equivocarme. —McCullough sacudió la cabeza con un

suspiro—. Hay algo. ¿Alguien en el pueblo excepto usted y yo sabe sobre su pistola?

—Solo el merodeador de anoche, que me escuchó gritar que tenía una.

—Eso es lo que pensaba. Mantengamos esa información entre nosotros, ¿sí? Y puede estar segura de que estaré examinando de cerca las botas de todos.

El sheriff debe querer decir que el merodeador podría cometer un desliz y mencionar que sabía que Daisy tenía una pistola, se dio cuenta, y con eso tuvo que contentarse y confiar en que McCullough hiciera su trabajo.

—Gracias por pasar —dijo calurosamente—. Ha ayudado a tranquilizar mi mente. Sin embargo, si me disculpa, debo prepararme para la escuela; los niños llegarán en cualquier momento.

—Muy agradecido, señora. —Tocándose el sombrero hacia ella, McCullough siguió su camino.

Daisy se quedó sola mirando fijamente la huella de la bota bajo su ventana hasta que finalmente frunció el ceño, pateó algo de tierra sobre ella y entró.

Cansada por una noche corta de sueño, luchó por concentrarse en sus alumnos y se sintió aliviada cuando llegó una bienvenida distracción en forma de un gran paquete de libros. El Reverendo Brown y el Alcalde Winthrop no habían perdido tiempo en llevar su idea de una biblioteca al consejo municipal. Quienes, a su vez, le habían presentado un presupuesto mucho mayor del que esperaba, junto con libertad para pedir libros. Había pasado una feliz velada

eligiendo libros para encargar, pero las primeras contribuciones a la biblioteca provenían de una donación bastante grande que el Reverendo y la Señora Brown habían recolectado de la comunidad. Reclutando a los niños mayores para que le ayudaran, pronto los tuvo pegando etiquetas y colocando cuidadosamente los libros, alfabetizados por autor, en los estantes que había reservado para ellos en la parte trasera de la escuela.

—¿Habrá más libros que estos, señorita Daisy? —le preguntó Phillip Dobson Jr., con los ojos muy abiertos y casi reverente mientras hojeaba cuidadosamente una copia encuadernada en cuero de Grandes Esperanzas de Dickens, un regalo de Grant Watson.

—Muchos más —dijo Daisy.

—¿Cree que podría ayudarla en la biblioteca? —preguntó tímidamente el niño—. Sé que planea abrir los domingos; ¿comienza este fin de semana?

—¡No, porque no pensé que tendríamos libros todavía! —Daisy sonrió—. El domingo siguiente. El Sr. Langhorne está poniendo un aviso en el Recorder de que la biblioteca estará abierta para los usuarios después de la iglesia durante dos horas. Ciertamente apreciaría tu ayuda.

Phillip Jr. sería un excelente ayudante de bibliotecario, reflexionó mientras le mostraba el libro de registro que planeaba usar para registrar los préstamos y devoluciones. También tiene una hermosa caligrafía. Decidida, le dijo que podría hacer el registro el domingo siguiente y vio cómo se iluminaba su rostro. La verdad era que le estaría haciendo un favor, ya que conocía a todos en el pueblo y no

tendría que preguntar por todos sus nombres. Pero por su expresión, uno podría pensar que le había ofrecido la luna.

Después de despedir a todos los niños al final de la jornada escolar, estaba ordenando el aula cuando un golpe en el marco de la puerta la hizo girarse rápidamente, cautelosa por si no era quien esperaba, antes de reconocer a Luke.

—¿Lista para ese paseo? —Se apoyó contra el marco de la puerta, quitándose el sombrero y dedicándole una deslumbrante sonrisa.

Se ve excepcionalmente guapo hoy, pensó Daisy, mirándolo por un momento antes de darse cuenta de qué era lo diferente en él. —¡Tienes un abrigo nuevo!

Luke asintió hacia ella. —Me alegra que lo notaras. Y también me corté el pelo.

A ella no le habían molestado los rizos negros rebeldes pero tuvo que admitir que se veía más arreglado con el pelo corto. El abrigo azul oscuro también resaltaba el azul brillante de sus ojos. —Te ves muy guapo —soltó.

Él pareció sorprendido antes de que una lenta sonrisa apareciera. —Me alegra mucho oír que piensas eso. —Apartándose del marco de la puerta, dio un paso hacia ella.

Ella le señaló con un dedo. —Oh, no. Quédate justo ahí. Voy a asegurarme de haber cerrado todas las ventanas, y luego nos vamos. ¡No voy a darte la oportunidad de estar a solas conmigo otra vez, Luke Rockford!

Definitivamente lo escuchó murmurar, "Lástima", detrás de ella mientras se apresuraba en su tarea. Ella sacudió la cabeza. Hombre

incorregible. Todavía tenía una sonrisa en su rostro cuando regresó a su lado.

Luke esperó pacientemente mientras ella cerraba con llave la puerta de la escuela y ponía la llave en su bolso antes de extender su brazo. —¿Hay algún lugar al que necesites ir, señorita Daisy? —preguntó educadamente mientras ella colocaba su mano en el pliegue de su codo, sintiendo la fina lana de su nueva chaqueta bajo sus dedos—. ¿La tienda tal vez?

—No, tengo todo lo que necesito.

—Entonces simplemente demos un paseo por la calle principal, ¿de acuerdo?

Ella no puso objeción, y así partieron, caminando a un ritmo poco mejor que un paseo tranquilo. Solo una respetable pareja cortejando, pensó Daisy con una pequeña sonrisa privada, notando que no eran los únicos haciendo lo mismo.

—No terminamos nuestra conversación anoche —dijo Luke después de unos momentos de caminata. Hablaba en voz baja, y Daisy pensó que no quería ser escuchado.

—En efecto —asintió ella. Había estado pensando mucho en el pobre hombre muerto en Reno y el ensayador en Virginia City que había evitado estrechamente el mismo destino—. ¿Hablaste con el Sheriff McCullough hoy?

—Sí, y mencionó que te había visto por un asunto diferente, que es otra cosa de la que vamos a hablar —dijo Luke, con un tono de enojo—. Pero primero necesito terminar de contarte sobre Virginia City, porque es posible que puedas recibir una carta. —Hizo una

pausa cuando una pareja mayor se acercó con un saludo amistoso, y perdieron unos momentos conversando.

Una vez que la pareja se fue, Daisy escuchó atentamente mientras Luke explicaba que el médico de Virginia City podría estar enviando una carta con alguna información si podía confirmar el veneno en la botella de whisky.

—No tengo ningún problema con eso —dijo ella de inmediato—. De todas formas, ahora tengo una buena razón para ver al Sheriff McCullough, y no —levantó una mano para evitar que cambiara de tema—, todavía no vamos a hablar de eso tampoco, porque esa es la conversación de hoy, y aún no terminamos la de ayer.

Luke sonrió. —Sí, señora. Excepto que creo que ya te he contado todo.

—Y creo que no lo has hecho, no por lo que Barb dijo ayer por la noche. Ella insinuó que tú y el Sr. Hollis recibieron buenas noticias de la oficina de ensayo.

—¡Oh, Dios mío, no te conté esa parte! —Luke se golpeó la frente con la mano libre—. Oh, Daisy, lo siento mucho. Pensé que había comenzado con eso. Por supuesto, Barb asumiría que lo sabías; Jack y yo acordamos que no le contaríamos sobre el envenenamiento, para no preocuparla, pero tenía que decírtelo a ti por la carta...

—Está bien. —Daisy le apretó el brazo ligeramente, sintiéndose cálida por dentro por su desliz al llamarla simplemente Daisy. De cualquier otra persona, lo habría corregido bruscamente por falta de respeto, pero de Luke... bueno, le gustaba ser solo Daisy para él—. Entiendo, y me siento honrada de que hayas elegido confiar en mí. ¿No confiarás en mí también con la otra noticia?

—Mira, para explicarlo, tengo que contarte un poco sobre mi padre —dijo Luke, y mientras caminaban, le habló sobre Robbie Rockford. Su padre. Un hombre que había cultivado un pequeño rancho y trabajado a tiempo parcial en la mina por dinero, pero cuyo verdadero amor era la prospección.

—Él juraba que había un gran hallazgo aún por descubrir —le contó Luke—, y cuando murió, me dejó todos sus cuadernos y un montón de mapas dibujados por su propia mano con notas crípticas garabateadas por todas partes. Los guardé todos en un baúl que dejé con mamá cuando me fui a la guerra, pero desde que regresé, los he estado leyendo de nuevo. Los últimos tres veranos, Jack y yo hemos estado buscando en las tierras altas, tratando de reducir algunos lugares probables. Este año, encontramos uno.

Miró alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie lo suficientemente cerca para ver lo que estaba haciendo antes de sacar de su bolsillo una roca brillante, grisácea-negra con superficies cúbicas rugosas. Se la mostró a Daisy.

Ella la examinó, sin estar segura de lo que debía ver. —¿Esto es lo que llevaste al ensayador en Virginia City?

—Le llevamos una pieza más grande, pero sí. Es un trozo de mineral de galena, y esta pieza es rica en plata, con más que una cantidad traza de oro.

La boca de Daisy se abrió, y encontró los centelleantes ojos azules de Luke. —¿Oro? —susurró, atónita—. No pensé...

—¿Que hubiera mucho oro en Nevada? Yo tampoco, pero el ensayador me dijo que hay más de lo que creemos. Sin embargo, no está tirado en pepitas como en los campos de oro de California.

Tiene que ser extraído, lo cual es un proceso mucho más caro, pero la cantidad de plata en el mineral lo hace bastante rentable.

—¡Me alegro tanto por ti! —Le devolvió la roca y vio cómo la guardaba en su bolsillo—. ¿Qué planeas hacer ahora?

—Bueno, tomamos todos los pasos para registrar la reclamación, y fuimos a pedir reunirnos con el Sr. Moss, el ingeniero jefe de la Mina Minnesota Queen. Ni Jack ni yo sabemos nada sobre minería, ¿sabes? Pensamos que deberíamos asociarnos con gente que sí sepa. Dejar que ellos se encarguen de toda la operación y nosotros simplemente obtendremos un porcentaje de las ganancias una vez que comience a producir, lo que podría ser dentro de un año por lo menos.

—Sigue siendo una noticia maravillosa incluso si las ganancias potenciales aún están por realizarse —dijo Daisy, genuinamente feliz y emocionada por Luke.

Él sonrió y miró hacia otro lado con timidez. —La cosa es —dijo—, que tuve buenas noticias incluso antes de que fuéramos al ensayador. El domingo pasado, el Sr. Simpson, mi padrastro... bueno, él no tiene hijos propios. El pequeño rancho de papá fue absorbido por Shooting Star cuando mamá se volvió a casar, y el Sr. S me prometió que siempre tendría un lugar allí. Ahora quiere que sea socio, para heredar cuando él ya no esté.

—Oh, Luke. —Abrumada, Daisy no pudo expresar lo feliz que se sentía por él. Y más, lo que significaba para ellos, o podría significar, si él quería decir lo que ella esperaba con sus atenciones hacia ella.



Capítulo 16

LUKE SE DELEITABA CON el evidente placer de Daisy ante su buena fortuna. Se encontró balbuceando, contándole todo sobre cómo le había pedido a Jack que lo ayudara a construir su casa y convertirse en capataz del rancho Shooting Star después. —Si quiere serlo, por supuesto. Una vez que nuestra mina empiece a producir, tendrá el dinero suficiente para no tener que trabajar nunca más, pero supuse que no querría esperar tanto tiempo para pedirle a Barb que se case con él.

Mientras Luke terminaba su explicación, observó el expresivo rostro de Daisy. Los labios que anhelaba volver a besar no dejaban de esbozar una sonrisa que era en parte deleite y en parte algo que no se atrevía a identificar. Sus ojos brillaban de emoción. Ella estaba feliz por él. Feliz por Jack. Feliz por Barb y los gemelos. La inmensa bondad de esta mujer hacía que Luke anhelara aún más el futuro que podría tener con ella.

—No creo que le haya pedido oficialmente —dijo ella cuando él finalmente logró dejar de balbucear—. Creo que le contó a Barb sobre sus planes, y ella prácticamente le dijo que irían directamente a ver al Reverendo Brown para pedirle que los casara. Suponiendo que interpreté correctamente lo que me contó anoche.

Luke soltó una carcajada. —¡Si eso no suena exactamente a Barb! Me preguntaba por qué Jack estaba siendo tan evasivo sobre cuándo iba a pedírselo. Iba a la tienda de Handley esta tarde para ver si podía encargarle un anillo.

—Tendremos que fingir sorpresa cuando Barb lo presuma —soltó una risita Daisy.

Él se rio con ella y luego se puso serio, lamiéndose los labios nerviosamente. —Lo que pasa es que el Sr. S dijo que debería construir una casa grande y bonita. Algo grandioso, porque el Shooting Star es uno de los mejores ranchos del condado, y... algo de lo que pudiera estar orgulloso de llevar a una esposa. Algo que le gustaría a una mujer respetable.

—Oh. —Las risitas de Daisy se desvanecieron, y ella miró fijamente la acera bajo sus pies—. Bueno, ese es un objetivo admirable.

Hubo un breve y incómodo silencio antes de que Luke dijera: —Tengo la terrible sensación de que piensas que estoy hablando de alguna mujer que no eres tú. —Inmediatamente, se maldijo por la torpeza de sus palabras. ¡Tropezar con las palabras no era manera de cortejar a una dama educada e inteligente como la señorita Daisy!

Pero los suaves ojos marrones que se alzaron para encontrarse con los suyos brillaban como estrellas y la temblorosa sonrisa en sus

labios era la más amplia y jubilosa que jamás había visto. —Sí —dijo ella suavemente a su pregunta no formulada. La pregunta que flotaba en el aire entre ellos como una enagua al viento.

—Por supuesto, no estaría lista hasta la primavera como muy pronto —balbuceó él—, y hasta entonces solo tengo una cama en el barracón a mi nombre...

—Esta primavera o dentro de cinco primaveras, sí. —Su pequeña mano le apretó el brazo.

Sus pies se detuvieron por sí solos. Se quedó clavado en el sitio, mirando a Daisy hasta que alguien detrás de ellos dijo: —¡Disculpen! —con indignación.

Estaban bloqueando la acera, pero Luke estaba demasiado aturdido para moverse. Solo la miraba, miraba con incredulidad y esperanza. No fue hasta que Daisy tiró de su brazo, arrastrándolo hasta la pared lateral de la talabartería junto a la que estaban, que pudo caminar de nuevo.

—¿Lo dices en serio? —finalmente logró decir, pasando un inesperado nudo en su garganta.

Daisy miró alrededor para asegurarse de que nadie pudiera escucharlos antes de entrecerrar los ojos hacia él. —Si crees que dejo que cualquier hombre me bese, Luke Rockford...

—No —dijo él apresuradamente—. Solo que no llegué a preguntártelo todavía.

—Ahora no tienes que ponerte nervioso por hacerlo, porque sabes cuál será la respuesta —fue la complaciente respuesta de Daisy.

Tuvo que reírse. —Estoy completamente perdido por ti, señorita Daisy —dijo entre risas—. Mi padre siempre decía que se necesitaría

una dama especial para ganar mi corazón.

—Me alegra oírlo —dijo ella con descaro. Luego su voz se suavizó, y lo miró a través de sus pestañas—. Creo que tú también eres muy especial.

Se sonrieron tontamente el uno al otro durante varios largos momentos. Los transeúntes simplemente sacudían la cabeza al verlos. A Luke no le importaba. Daisy pensaba que era especial. Daisy quería ser su esposa. El resto del mundo podía mirarlos con recelo, y no le importaría. Daisy Jackson era su mundo.

Por supuesto, fue Daisy quien recuperó primero la sensatez, tirando de su brazo para hacerlo caminar de nuevo. —¿Entonces, primavera? Él asumió que estaba preguntando cuándo se casarían. —Así es, o al menos, eso espero. Tengo dinero ahorrado para encargar las cosas que no puedo construir, como una elegante estufa de cocina y una bañera apropiada y cosas así, y el Sr. S también me prometió ayuda. No estamos lejos del pueblo, realmente, a menos de media hora a caballo, así que puedo venir a verte bastante a menudo mientras tanto. Jack va a alquilar una casa para Barb y los gemelos hasta que pueda construir la suya, y yo alquilaré una habitación en casa de la Sra. May si la necesito.

—Crucemos ese puente cuando lleguemos a él —le dijo Daisy con absoluta practicidad.

Asintió, sonriendo interiormente por la forma en que ya estaba cediendo a sus deseos. No es que tuviera objeción alguna, por supuesto. Sabía muy bien que se doblegaría hacia atrás para complacer la más mínima cosa que ella quisiera. Su maestra lo tenía envuelto alrededor de su lindo dedito.

Llegaron al final de la calle principal, donde las casas empezaban a estar más separadas y el camino se torcía hacia el sureste, dirigiéndose a Virginia City, así que volvieron hacia el pueblo.

—Bueno, esas son todas mis noticias. —Con una inclinación de cabeza, preguntó—: ¿Te importaría contarme sobre la noche de ayer? ¿Qué pasó después de que nos fuimos? Las únicas personas que vi anoche salían del salón, pero ninguna se dirigía hacia tu dirección.

La historia que Daisy relató hizo que la sangre de Luke hirviera, una niebla roja se alzó frente a sus ojos. No había estado tan enfadado desde... bueno, desde la guerra. Su mano se cerró sobre el revólver enfundado en su cadera, pero se obligó a soltar la empuñadura pulida. —McCullough nos mostró a Jack y a mí la impresión de la huella de la bota esta mañana, pero no sabía de dónde era —dijo—. Pidió comparar nuestras botas con ella. Estuve feliz de hacerlo, igual que Jack. La huella es un poco más larga y estrecha que mi pie y algo más pequeña en general que la de Jack, solo para que te quedes tranquila.

—Ni por un momento pensé que pudiera haber sido alguno de ustedes —dijo Daisy con firmeza.

La gratitud brotó dentro de él ante sus palabras. —Realmente no me gusta pensar en ti allí sola con algún... algún... —no podía pensar en una palabra para describir al hombre que había intentado entrar cuando Daisy estaba durmiendo sin maldecir. Finalmente, se conformó con—: algún monstruo tratando de entrar. Deberías volver a casa de la Sra. May por seguridad...

—No voy a volver a la pensión —insistió Daisy—. ¡Estoy bastante segura, lo prometo! Los cerrojos que tú y Jack instalaron en la puerta son tan resistentes que nadie podría derribarla a patadas. El sheriff me lo aseguró cuando la revisó.

—¡Todavía hay ventanas que podrían romperse, y estarías indefensa si alguien lograra entrar! —Pensando en ello por un momento, Luke preguntó—: ¿Sabes usar un arma?

—¿Perdón? —Daisy parpadeó hacia él.

—¿Sabes disparar un arma? —Acarició la suave empuñadura de caoba de su revólver, sabiendo que se sentiría desnudo sin él, pero Daisy lo necesitaba mucho más que él—. Si no sabes, podría darte algunas lecciones, y puedes quedarte con este. Podría ser un poco grande para tu mano, pero creo que puedes manejarlo en un apuro.

—Oh, Luke. —Sus ojos se suavizaron mientras lo miraba, apretando una vez más su brazo—. Gracias, pero no es necesario.

—Sé que a muchas damas no les gusta manejar un arma, pero...

Ella lo interrumpió. —No tengo ninguna objeción a las armas, Luke, pero no necesitas darme la tuya. *No es necesario* —enfatizó.

Parpadeó, comprendiendo lo que ella le estaba diciendo sin decir las palabras. —Vaya —dijo, sorprendido—. Eso es inesperado, pero tranquiliza un poco mi mente.

—El sheriff y yo acordamos no decírselo a nadie. De esa manera solo él, yo y el merodeador que me escuchó gritarle saben que la tengo. Simplemente no quiero que te preocupes por mí, Luke, no estoy indefensa.

—No se lo diré a nadie —prometió—. Siempre me sorprendes, señorita Daisy.

Ella le dio una sonrisa peculiar. —Recuerda dónde crecí.

Asintió. Había oído muchas historias sobre los campamentos de oro de California, y los mineros ciertamente podían ser una raza ruda, aunque el sheriff y el consejo municipal hacían un buen trabajo manteniéndolos bien controlados en Rattlesnake Ridge. El padre de Daisy debió haberle enseñado a disparar; se preguntó qué tan vieja era su arma, y su munición, ya que estaba.

—¿Puedo revisarla por ti? —preguntó tentativamente—. Solo para asegurarme de que esté en buen estado de funcionamiento.

Su sonrisa era divertida pero tolerante. —Por supuesto. Simplemente no dejes que los niños la vean; preferiría que no supieran que la tengo.

—No dejaré que nadie lo sepa.

Ella le dio las gracias, lo cual era completamente ridículo, y él se lo dijo. Estaba agradecido de que no estuviera tan indefensa como temía. Aun así, planeaba examinar esos cerrojos y sus ventanas también. Y tal vez estaría fuera hasta tarde esta noche, echando un vistazo duro a cualquier hombre en la calle cerca de la casa de Daisy sin una maldita buena razón para estar allí.

Cuando llegaron a su pequeña casa, él preguntó si podía examinar los cerrojos y las ventanas. Daisy obviamente lo consideró por un momento antes de asentir, y luego dijo que estaría en el porche delantero de la escuela barriendo los escalones.

Tenía miedo de estar sola con él, pero no le tenía miedo, reconoció Luke con una sonrisa privada mientras la dejaba aferrándose a su escoba. No, su Daisy temía estar demasiado dispuesta a permitirle tomarse libertades, ¡no es que él tuviera intención de hacerlo!

Las puertas estaban tan seguras como había pensado, pero el pestillo de la ventana de la cocina podía deslizarse desde el exterior con una navaja de bolsillo. Encontró algunas astillas de madera para calzarla firmemente cerrada y estaba decidido a encontrar una forma de asegurarla más permanentemente, aunque era probable que Daisy quisiera abrirla a veces. ¿Tal vez podrían colocar algunas barras sobre ella? Frunciendo el ceño y mordisqueándose el labio inferior mientras consideraba el problema, Luke regresó por el patio para encontrar que Daisy ya no estaba sola en los escalones delanteros.

—Me entero de que tuviste un visitante a medianoche —dijo una voz profunda con tono arrastrado. Cada músculo del cuerpo de Luke se puso rígido cuando reconoció la voz.

—Estoy segura de que el Sheriff McCullough le informó, Ayudante —dijo Daisy con desdén. Luke todavía podía oír el sonido de su barrido; se deslizó ligeramente hacia un lado para poder verla en los escalones, pero el Ayudante Watson no podría verlo a él.

—Hay algunos elementos rudos en Rattlesnake Ridge —dijo Watson —. Tienes que tener cuidado con quién te asocias.

Daisy continuó barriendo. —Mi escuela está abierta a todos los niños del pueblo, Ayudante —dijo—, según lo acordado por el consejo municipal cuando votaron para pagar mi salario.

—¡No me refería a los niños!

—¡Entonces no puedo imaginar a quién podría referirse, Ayudante Watson!

La voz de Daisy destilaba dulzura. En las sombras junto a la escuela, Luke sonrió. Por toda su educación elegante, Grant Watson nunca

iba a ganar una guerra de palabras con ella.

—Estoy hablando de Luke Rockford —dijo Watson fríamente.

—Oh, ¿el héroe de guerra que dedicó muchas horas de su propio tiempo para ver la escuela terminada? ¿El caballero que instaló cerrojos resistentes en mis puertas para que el merodeador de anoche no pudiera entrar? ¿Ese Luke Rockford? —El sarcasmo en su voz era lo suficientemente espeso como para cortarlo con un cuchillo.

—Daisy —comenzó Watson.

Ella lo cortó bruscamente. —Ayudante Watson, no le he dado permiso para dirigirse a mí solamente por mi nombre de pila. De hecho, he tenido que corregirlo en más de una ocasión. ¿Necesito informar de su falta de respeto al Sheriff McCullough?

Hubo un breve silencio, sorprendido, y Luke tuvo que contener su risa. Dudaba que alguien hubiera dado a Grant Watson tal reprimenda desde que era un niño.

—Le pido disculpas, señora —dijo Watson finalmente con rigidez—. Solo estoy preocupado por su bienestar.

Daisy no dignificó el comentario con una respuesta, simplemente continuó barriendo los escalones.

Sin otra opción, Watson finalmente dijo: —Que tenga un buen día, señora —y se alejó.

Luke esperó hasta que el sonido de las botas de Watson se hubiera desvanecido por completo antes de aplaudir.

—Oh, Señor. —Daisy se rió. Se acercó, mirándolo con un destello en los ojos y una sonrisa en sus suaves labios—. ¡Podrías haber venido a rescatarme!

—¿Querías que lo hiciera? Parecía que te estabas defendiendo muy bien sola. ¡Habría pagado una buena cantidad de dinero por ver su cara cuando lo amenazaste con denunciarlo al sheriff!

Daisy soltó una risita, con la mano sobre la boca mientras sacudía la cabeza. —¡No sé qué me pasó!

—Estabas justificadamente ofendida por su falta de respeto, eso es todo, y lo reprendiste por ello, lo cual merecía. —Luke le sonrió—. Si yo hubiera intervenido, habría echado sal en la herida, pero también posiblemente creado chismes que no quieres.

—En efecto. —Ella miró alrededor. Ambos eran claramente visibles para cualquiera que pasara por la calle, de pie a una distancia perfectamente respetable al lado de la escuela—. Quizás tengas razón.

—¿No le echaste un buen vistazo a sus botas? —preguntó Luke mientras caminaban de regreso a su pequeña casa.

—¿Sospechas de él? —Daisy se mordisqueó el labio inferior—. Yo también, para ser honesta, y creo que el sheriff también se lo preguntaba. No sé sobre el tamaño, pero las botas de Watson ciertamente parecen caras para un ayudante del sheriff.

—Su tío es el Sr. Garrett, el dueño del banco. Hay mucho dinero allí —señaló Luke.

—Qué enredada telaraña —citó Daisy con un suspiro.

Él no deseaba nada más que tomarla en sus brazos y consolarla, decirle que todo estaría bien y que no tenía que preocuparse por nada. Pero no podía; la propiedad no lo permitiría. Tuvo que conformarse con extender la mano a través del espacio entre ellos para tocar ligeramente su hombro con los dedos. —Calzé la ventana

de la cocina para que quede cerrada. No la abras hasta que pueda encontrar una forma más permanente de hacerla segura. ¿Planeas salir de nuevo hoy?

Daisy negó con la cabeza, alzando la mano para rozar sus dedos con los suyos. —No, iba a tener una cena tranquila y sentarme a calificar los ejercicios de aritmética de los niños.

—Cierra la puerta con llave cuando me vaya. Daré la vuelta a tu casa para asegurarme de que todo esté seguro. —Quería quedarse, ofrecerse a dormir en su portal para mantenerla a salvo, pero ella no le agradecería que causara chismes.

—Gracias —dijo Daisy en voz baja.

Él inclinó la cabeza respetuosamente antes de salir, esperando hasta escuchar deslizarse el pesado cerrojo antes de probar la puerta. Nadie iba a atravesar eso sin al menos un cartucho de dinamita, eso era seguro.

Primero revisó la diminuta ventana del dormitorio de Daisy, luego todas las ventanas laterales, tratando de deslizar su navaja y forzar los pestillos, pero todos estaban bien hechos y firmemente cerrados. Con un gesto de aprobación, dio la vuelta al frente y luego bajó por el otro lado del edificio, donde solo estaba la ventana que daba a la cocina de Daisy. No se movió cuando la probó, así que se dirigió a la puerta trasera.

La cual se abrió cuando intentó el pestillo para revelar a Daisy de pie allí. Antes de que pudiera decir una palabra, ella prácticamente corrió hacia él, echándole los brazos al cuello y poniéndose de puntillas para besarlo de lleno en los labios.

Asombrado, Luke no estaba tan sorprendido como para no poder devolver el beso a Daisy. Sus brazos estaban a punto de cerrarse alrededor de ella cuando se apartó y retrocedió hacia adentro, sacudiendo el dedo hacia él.

—¡Me haces olvidar que soy una mujer respetable, Luke Rockford! —siseó. La sonrisa en sus labios contradecía su tono sin siquiera pedir permiso mientras la puerta se cerraba en su cara y el cerrojo se deslizaba a su lugar.

—Rayos —fue todo lo que se le ocurrió decir.

Desde detrás de la puerta firmemente cerrada llegó una risita y un reproche de: —¡Cuida tu lenguaje!

—Le pido disculpas, señora, es que nunca me han besado así antes —dijo honestamente—. No digo que no me haya gustado. Claro que sí. Solo me dejaste sin aliento.

—Ahora sabes cómo me siento cada vez que estás cerca.

Él gimió, extendiendo la mano para apoyarla en la rugosa madera de la puerta. —No estás haciendo que sea fácil alejarme, Daisy.

—Vete. Antes de que me olvide de mí misma y abra la puerta de nuevo.

Estaba bastante seguro de que ella no iba a abrir la puerta, aunque estaba muy tentado de quedarse y averiguarlo. —Duerme segura, Daisy —dijo antes de probar el pestillo—. Estás a salvo, amada. Te veré por la mañana.

—Buenas noches, Luke.

Fue difícil alejarse, una de las cosas más difíciles que jamás había hecho. Aun así, se obligó a irse, aunque tenía toda la intención de volver más tarde, echar un vistazo alrededor y asegurarse de que

nadie estuviera acechando. Había un estrecho callejón entre dos edificios directamente frente a la escuela que estaría oscuro después del anochecer. Proporcionaría un excelente lugar para que un hombre se escondiera.

Luke acarició de nuevo la empuñadura de su pistola, preguntándose qué haría si por casualidad atrapaba al merodeador de Daisy. Estaría tentado de matar al hombre sin más, pero el sheriff podría no ver eso con buenos ojos. No, para nada con buenos ojos. Lo mejor sería aprehender a la bestia y entregársela a McCullough para que sirviera de ejemplo.

Con un movimiento de cabeza, Luke dirigió sus pasos hacia la pensión, sus pensamientos llenos de la encantadora y compleja mujer que dejaba atrás.

Silbando una alegre melodía, saludó alegremente al Sr. Dobson, que estaba barriendo el portal delante del salón. —Hermoso día, ¿verdad?

Dobson miró hacia el cielo gris y luego arqueó una ceja hacia Luke. —¡Parece que al menos tú estás de buen humor!

—El mejor día de mi vida —respondió Luke jubiloso. Estaba ansioso por compartir la noticia sobre Daisy aceptando su propuesta, pero no parecía correcto decírselo a nadie hasta que Jack y Barb lo supieran. Se conformó con sonreír aún más ampliamente a Dobson, quien sacudió la cabeza con una sonrisa divertida antes de volver a su barrido.

Luke ni siquiera vio al hombre que lo observaba con ojos llenos de rabia desde las sombras de una entrada más abajo en la calle, con los puños apretados y los dientes descubiertos en un gruñido.



Capítulo 17

DESPUÉS DE UNA CENA sencilla, Daisy se sentó con una pila de trabajos para calificar, pero no podía aquietar su corazón lo suficiente como para concentrarse en su trabajo. Se sentía nerviosa. Incómoda. No dejaba de mirar constantemente hacia la ventana, y lo había estado haciendo desde que se puso el sol. *Realmente debo conseguir una cortina para colgar lo antes posible*, pensó. Quizás sus vecinas del otro lado de la cerca, las señoritas Bentley, podrían ayudarla. Pasaría a verlas mañana.

Un perro ladrando cerca la sobresaltó. Con un bufido de fastidio, se levantó de su silla para buscar su pistola en el dormitorio. Colocándola sobre la mesa junto a sus papeles, puso un paño doblado encima, sintiéndose reconfortada por tener el arma cerca.

Un silbido fuera interrumpió su concentración un rato después. Nerviosa, levantó la mirada, preguntándose si sería uno de los hombres del sheriff.

—Subayudante Lassiter aquí, señorita Daisy. Todo en orden —llamó una voz profunda.

Sonrió aliviada. No conocía al subayudante Lassiter, pero agradecía que cumpliera con las instrucciones del sheriff. —¡Gracias, subayudante! —respondió. Unos momentos después escuchó el sonido de unas botas pesadas pasando por su ventana, deteniéndose por un momento en el patio trasero. Esperó, con el corazón latiéndole fuertemente en el pecho, mientras el hombre hacía su ronda. No sabía qué quería más: que no encontrara nada o que encontrara algo.

Silbó nuevamente al marcharse, la luz oscilante de su linterna era un alegre resplandor de calidez mientras se alejaba. La hizo sentir mejor saber que alguien estaba allí vigilándola.

Acababa de apagar su vela y acomodarse en la cama, con la pistola en la mesita de noche junto a ella, cuando escuchó a Lassiter silbar nuevamente, más débilmente esta vez a través de una pared adicional. Sin embargo, no llamó en esta ocasión, obviamente respetando que su casa estaba a oscuras. Daisy se sintió capaz de cerrar los ojos y relajarse, confiada en que por el momento al menos, nadie estaba allí en la oscuridad deseándole mal.



El viernes amaneció nublado con un rastro de humo en el viento. Luke se pasó temprano, antes de que Daisy hubiera abierto las

puertas de la escuela. Ella le preparó una taza de café mientras él merodeaba por el patio trasero. *Parece cansado,* pensó. Entrecerró los ojos mirándolo por encima del borde de su taza de café. —¿Por qué tengo la impresión de que no has dormido mucho?

—No tengo la más mínima idea de lo que puedas estar insinuando —respondió Luke con indiferencia.

—Hmm.

—¡Oh, no la mirada severa de maestra! —Se llevó la mano al pecho, fingiendo estar herido—. ¡Ten piedad!

Ella no pudo evitar reírse. —Deja de hacer tonterías. El subayudante Lassiter no era el único hombre patrullando Rattlesnake Ridge anoche, ¿verdad?

—Buen hombre, Lassiter —dijo Luke, sin responder directamente a su pregunta—. Es unos años mayor que yo, pero también fue a la guerra y luchó con valentía. El tipo de hombre que quieres tener cubriéndote las espaldas.

—Me alegra oírlo. ¿Le hiciste compañía anoche, eh? —Él aceptó la taza de café que ella le ofreció con un murmurado agradecimiento mientras evitaba responder nuevamente. No le llevó mucho tiempo darse cuenta de que él no iba a contestar la pregunta. *¡Hombre frustrante!* Negando con la cabeza, dijo—: Bueno, estoy bien ahora, como puedes ver. Así que ¿por qué no vas a dormir un poco, y esta tarde puedes pasar a buscarme para dar un paseo de nuevo? Quiero ir a ver a las señoritas Bentley. Preguntarles si harán cortinas para mis ventanas.

—Excelente idea —aprobó Luke—. Me gustaría acompañarte a caminar, pero recibí un mensaje del señor Moss, el ingeniero de la

mina. Quiere que Jack y yo nos reunamos con él allí a las cuatro en punto. Podría pasar cuando regrese...

—No te preocupes. Puedo caminar media manzana yo sola. —Descartó su ceño fruncido con un gesto—. Será plena luz del día. Pasa cuando regreses, si quieres. Barb y los niños van a hornear galletas en mi cocina para llevar al picnic de mañana, así que no estaremos solas.

—Bueno, si va a haber galletas. —Luke le dio su pícara sonrisa—. Nunca diré que no a pasar tiempo contigo de todas formas, pero galletas... seguro que sabes cómo llegar al corazón de un hombre.

Daisy se rió, negando con la cabeza. —Eres ridículo, Luke.

—Y tú eres el sol en mi cielo, pero espero que ya lo supieras. —Agarrando su mano libre, depositó un suave beso en el dorso de sus dedos. Cuando terminó, le dio la vuelta a su mano y puso la taza de café vacía en ella, haciéndola reír nuevamente—. Voy a ir a ver a Jim McCullough, contarle lo que me dijiste sobre ver al señor Blake en la diligencia de Reno el día que llegaste, ver si tiene más información sobre la muerte del ensayador.

Daisy asintió solemnemente. —Si el sheriff quiere preguntarme al respecto, puedo verlo después de la escuela.

—Disculpe —dijo una voz, y ambos se volvieron, sobresaltados, Luke soltando rápidamente la mano de Daisy—. Carta para usted, señorita Daisy. —Era el chico que repartía el correo por el pueblo.

—Gracias —Daisy aceptó el sobre, mirando con curiosidad la caligrafía desconocida en el frente—. Creo que esto podría ser de Virginia City —dijo en voz baja a Luke cuando el chico del correo se marchó.

—Mejor ábrela —dijo Luke, y esperó mientras ella rompía el sello del sobre, sacaba una hoja de papel y la examinaba.

—Es del sheriff de Virginia City. Dice que comprobaron pero no pueden encontrar ninguna evidencia de que el señor Blake estuviera en Silver City; el ensayador de allí nunca lo vio y no ha recibido ningún regalo extraño.

—Estaba pensando que todo parecía extraño. Habría tenido poco tiempo para visitar ambos lugares, considerando cuando lo viste marcharse de aquí. —Luke asintió—. Tal vez esa era solo una historia que le contó a Thom Murray para hacerlo menos sospechoso.

Daisy le entregó la carta a Luke, y él la dobló, metiéndola en el bolsillo de su abrigo y tomando su mano nuevamente. —Me aseguraré de que Jim McCullough reciba esto, y le haré saber que puedes verlo después de que termine la escuela, si es necesario. —Luke le apretó la mano suavemente—. Y después de hablar con él, me iré a dormir. Descansaré un poco. O no entenderé ni una palabra de lo que diga Moss esta tarde.

Había una gran sonrisa en el rostro de Daisy cuando Luke se fue y ella regresó al interior para lavar las tazas usadas. Pasar tiempo con Luke nunca dejaba de hacerla sentir así, como si una burbuja de alegría estuviera creciendo dentro de ella, con la risa amenazando con liberarse en cualquier momento.

Excepto cuando la besaba o la miraba de esa manera particular, sus ojos azules oscureciéndose.

El sentimiento dentro de ella había cambiado, transformándose de amistad y alegría a algo más. Evolucionó en algo que no sabía cómo

nombrar. Era lo que la había impulsado a aceptar la oferta que él ni siquiera había llegado a hacer. Ser la esposa de Luke sería... No se permitió terminar el pensamiento. Como la mayoría de las jóvenes, había soñado con casarse, con tener un marido y un hogar. Simplemente nunca había conocido a ningún hombre con el que pudiera imaginar pasar el resto de su vida. Al menos no hasta que un vaquero de ojos azules con una boca descarada la sorprendió sacudiendo el polvo de su enagua en la ventana.

Ahora no podía imaginar estar interesada en nadie más.



—Pasa, Rockford —dijo Jim McCullough cuando Luke golpeó en el marco de la puerta abierta de su oficina. Levantándose de su silla con una sonrisa irónica, McCullough ofreció su mano para estrecharla—. Cualquier excusa para evitar el papeleo —señaló la pila en su escritorio—, pero me alegra que hayas pasado. Vi a Lassiter antes de que se fuera a casa, y me dijo que le hiciste compañía anoche en sus rondas.

Luke se encogió de hombros. —Honestamente, no podía dormir de todos modos, estaba demasiado preocupado. Pensé que bien podría salir y hacerle compañía.

—Puedo entender eso. Me sentiría igual si pensara que hay alguna amenaza para mi Josie. —Indicando a Luke que tomara asiento, él mismo volvió a sentarse.

—Recibí una carta del sheriff de Virginia City —dijo Luke, sacando la carta que Daisy había recibido y entregándosela—. Parece que Blake nunca fue a Silver City. Habría sido demasiado sospechoso, supongo, si dos ensayadores hubieran muerto el mismo día.

—Hmm. —McCullough examinó la carta, mucho más lento de lo que Daisy la había leído—. Bueno, al menos no tenemos que preocuparnos por otro posible asesinato.

—Al menos no todavía —dijo Luke secamente, tomando la silla que McCullough le había indicado.

—Je, en efecto. Bueno, he recibido noticias de Reno —dijo el sheriff mientras Luke se acomodaba—. Ese chisme que te contó el mozo del establo era cierto; es una investigación de asesinato, pero el sheriff de Reno no ve cómo encaja Blake en esto aparte de que aparentemente entregó una botella similar de whisky al señor Murray en Virginia City. Nadie en Reno vio a Blake, así que no puede culparlo del asesinato con seguridad.

—Bueno, resulta que yo podría encajar la pieza que falta. —Luke se inclinó hacia adelante—. El día que la señorita Daisy llegó al pueblo, el señor Blake estaba en la diligencia que salía de Reno con ella.

—¿Qué dices? —McCullough lo miró fijamente, con la boca abierta—. ¡Eso no puede ser! ¿Qué día llegó ella, de nuevo?

Luke se lo dijo; la fecha estaba grabada en su memoria. McCullough hojeó brevemente algunas páginas en un cuaderno antes de detenerse a leer. Su boca se fijó en una línea severa mientras se ponía de pie, haciendo un gesto a Luke para que permaneciera sentado.

—Subayudante Watson —llamó McCullough hacia la sala principal—, ¿podría venir aquí, por favor?

Luke se tensó, deslizando la mano hacia su cadera. Los ojos de McCullough se detuvieron brevemente en su mano, pero obviamente fingió no darse cuenta al volver a su asiento.

Watson ni siquiera miró a Luke cuando entró en la habitación. —¿Sí, señor? —preguntó el subayudante.

—Cierra la puerta y siéntate, Watson. —El tono de McCullough era frío mientras consultaba su cuaderno—. Cuando hablé con el señor Blake ayer por la tarde y le pregunté sobre su paradero hace dos jueves, te dio a ti como su coartada. Dijo que pasó la tarde en tu casa antes de irse caminando a casa alrededor de la medianoche.

—Eso es correcto, señor. —Watson tomó asiento junto a Luke pero mantuvo sus ojos fijos en el sheriff.

—Sí, y confirmaste eso conmigo cuando te pregunté. —El dedo de McCullough comenzó un lento y ominoso golpeteo en el escritorio mientras miraba fijamente al joven subayudante—. Sin embargo, ha salido a la luz información que sitúa al señor Blake en la diligencia que salía de Reno a las seis de la mañana del viernes.

Watson se quedó muy quieto.

Luke tocó el mango de su pistola, preguntándose hasta qué punto se había metido el joven subayudante en este lío. Él y Watson no se caían bien, pero nunca había pensado que Watson fuera capaz de asesinato.

McCullough esperó un largo momento en completo silencio, con los ojos clavados en su subayudante.

Finalmente, Watson tragó saliva convulsivamente. —Le pido disculpas, señor. Me doy cuenta ahora de que creo que tenía la noche equivocada en mente. Fue el miércoles por la noche de esa semana cuando el señor Blake estuvo en mi casa.

—¿De verdad? —dijo McCullough suavemente, sin hacer de ello una pregunta.

—Se me ocurre algo más —dijo Luke, descubriendo de repente algo que le había estado molestando desde que vio a Blake alejándose de la oficina del ensayador de Murray—. Cuando Jack y yo vimos al señor Blake en Virginia City el miércoles por la mañana, estaba montando un semental negro, muy distintivo. Un relámpago blanco entre sus ojos y una pata trasera blanca.

—Suena mucho a tu caballo, Grant —dijo McCullough.

Luke observó cómo Watson casi se desmoronaba sobre sí mismo. Cada movimiento, cada palabra exudaba culpa como un niño atrapado en una mentira horrible, horrible. Se preguntó si el subayudante sabía cuánto estaban hablando sus acciones por él.

—Prince no hace suficiente ejercicio —dijo Watson, en tono defensivo—. Joseph lo toma prestado regularmente. ¡Pregúntele a Caleb en los establos, él se lo dirá! Le dije, Joseph no necesita mi permiso.

—Verificaremos eso. —McCullough hizo una nota.

—¿Verificaremos? —Watson lanzó una mirada de odio a Luke, con absoluto odio brillando en su rostro—. ¿Ha nombrado subayudante al señor Rockford entonces, señor?

—No lo he hecho, no. Todavía no. Pero considerando lo cerca que estás de este lío, Watson... —La postura de McCullough era

intimidante.
—¿Qué lío? —Watson sonaba casi lastimero—. ¿Qué cree usted que ha hecho Joseph?
—Un hombre está muerto, Grant. —McCullough habló en voz baja.
—¿Quién? —preguntó Watson.
Luke estaba bastante seguro de que la conmoción de Watson era genuina mientras miraba boquiabierto a McCullough.
—Un ensayador de Reno, llamado Wilkins. ¿Lo conoces?
Watson negó con la cabeza. —Nunca he oído hablar de él, señor.
Luke le creía, pero aún no estaba dispuesto a absolver completamente a Watson. Su coartada para Blake era sospechosa en el mejor de los casos. —¿Te importaría si echo un vistazo a las suelas de tus botas?
Watson se volvió para mirarlo con furia. —¡Sí, me importaría! ¿Qué clase de pregunta es esa?
—Una pregunta que voy a repetir. Tus botas, subayudante —dijo McCullough, con un tono inflexible.
Watson dudó, y luego se reclinó en su silla y levantó los pies para apoyar las botas en el borde del escritorio del sheriff. —¡Les digo que no conozco a ningún hombre llamado Wilkins, y no he estado en Reno en dos o tres meses! Así que cualquier huella de bota que estén buscando, ¡no es la mía!
—Nunca dije que la huella de bota que estaba buscando estuviera en Reno —el tono de McCullough era suave—. De hecho, esto es sobre un caso completamente diferente, aquí mismo en Rattlesnake Ridge. Estamos buscando al hombre que se paró fuera de la ventana

de la señorita Daisy anteanoche e intentó entrar en sus habitaciones.

Todo el color se drenó del rostro de Watson. —¿Intentó entrar? —Sonaba aún más conmocionado que cuando preguntó sobre la identidad del hombre muerto.

—¿Hay algo que quieras decirme, subayudante? —dijo McCullough —. Porque desde donde estoy sentado, hay una muesca en la suela de tu bota que coincide con la huella que vi fuera de la ventana de la señorita Daisy.

Luke no recordaba haber tomado la decisión consciente de sacar su pistola, pero de repente estaba en su mano y él estaba de pie, su silla cayendo con un estruendo.

Watson se quedó muy quieto, levantando las manos lentamente, mirando de Luke a McCullough con un lento rubor de vergüenza subiendo por sus mejillas.

—Tranquilo, Rockford. —McCullough se levantó sin prisa y caminó alrededor del otro lado del escritorio, inclinándose para sacar la pistola de Watson de su funda y meterla en su cinturón—. He dicho que te tranquilices.

El tono de orden en la voz del sheriff hizo que la niebla roja de ira que Luke estaba viendo a través disminuyera lentamente. Bajó su pistola, pero la mantuvo en su mano.

—Empieza a hablar, Watson. —La voz de McCullough era casi amable —. Antes de que decida dejar que Rockford te lleve atrás y te dé una paliza.



Capítulo 18

—SOLO QUERÍA COMPROBAR QUE estuviera bien —dijo Watson. Luke pensó que sonaba un poco asustado—. Lo juro, nunca intenté entrar a la fuerza. ¡No lo haría! Solo... no me gustaba la idea de que viviera ahí sola, quería comprobar que, um... —Sus ojos se desviaron hacia Luke.

La moneda cayó.

—Querías comprobar que yo no estaba con ella —dijo Luke, iluminado.

El tenue rubor que subía por las mejillas de Watson se oscureció, y dio un breve asentimiento entrecortado.

—¿Qué habrías hecho si yo hubiera estado allí, correr directo a contárselo a la chismosa de Olivia Handley? —La punta de su pistola comenzó a elevarse—. Espiaste a Daisy, maldito rastrero...

—Rockford, guarda esa pistola y vuelve a sentarte —dijo McCullough con firmeza—. Me inclino a creer a Watson cuando dice que no fue

él quien intentó entrar. En ese caso, es posible que haya visto quién lo hizo.

Luke apretó los dientes brevemente, pero tenía que admitir que estaba de acuerdo con McCullough. Watson era un pésimo mentiroso. Con un suspiro, enfundó su pistola y volvió a sentarse, aunque mantuvo la mano en la empuñadura.

—Así que —dijo McCullough—, parece que has estado tomando algunas decisiones bastante pobres, Watson.

El joven ayudante parecía un cachorro al que habían pateado, y al verlo agachar la cabeza, Luke recordó la juventud de Watson. Recordó la primera vez que creyó estar enamorado de una chica cuando tenía catorce años, y la manera en que había seguido a la pobre chica por todas partes, embelesado. Watson parecía sentirse como él se había sentido entonces.

—Lo siento mucho, señor —murmuró Watson—. No tengo excusa.

—No quiero oír excusas. Quiero saber si viste a alguien más en la calle esa noche después de mirar por la ventana de la señorita Daisy.

—Vi a Bartholomew Jenkins, caminando a casa desde el Miner's Rest. Pasa por allí cada noche más o menos a esa hora. —Watson cerró los ojos con fuerza—. Y mientras yo mismo caminaba a casa, vi a Joseph Blake. Dijo que solo estaba tomando aire. No creerá que él... —Se interrumpió, sus ojos se ensancharon con una enfermiza comprensión.

—Joseph Blake es el principal sospechoso del asesinato del señor Wilkins —dijo McCullough sin rodeos—, y la señorita Daisy es la testigo que lo vio en la diligencia esa mañana. La única persona que puede contradecir la coartada que Blake te hizo darle. Si ella no

estuviera para decir lo contrario, quizás no podríamos situarlo en Reno en absoluto, así que es probable que intentara asegurarse de que no hablara.

—Oh, Dios mío, perdóname. —Watson parecía a punto de vomitar—. Lo siento mucho, señor. Lo siento tanto...

—Creo que necesitas tomarte unos días para pensar en tu futuro, señor Watson. Ve a casa. —McCullough suavizó su tono ligeramente ante la obvia devastación del joven—. Descansa un poco, tómate tiempo para pensar. Pasaré a verte pronto.

—Señor. —Watson se puso de pie, moviéndose hacia la puerta.

—¿Y Watson? —dijo Luke, poniéndose de pie también.

El hombre más joven dudó antes de volverse para enfrentarlo—. ¿Sí, señor Rockford?

Por primera vez en los años que conocía a Watson, no había insolencia en su tono, solo respeto. Aun así, Luke dijo lo que necesitaba decir—. Mantente alejado de Daisy.

Una expresión de profundo arrepentimiento cruzó el rostro de Watson—. Sí, señor. Yo... bueno, nunca quise asustarla. Lo siento.

—Le transmitiré tus disculpas —dijo McCullough cuando Luke no habló—. Pero Rockford tiene razón: mantente alejado de ella. O miraré hacia otro lado cuando él tome el asunto en sus propias manos.

A Luke no le gustaría nada más que golpear la cara de niño bonito de Watson contra el suelo, si estaba siendo completamente honesto, pero captó el mensaje implícito de McCullough. Si Watson se atrevía a acercarse a Daisy, todas las apuestas quedaban anuladas. Por otro lado, si Luke iba tras Watson sin causa justificada, se encontraría

encerrado hasta que se le enfriara el temperamento o hasta que McCullough sintiera ganas de dejarlo ir.

Tanto él como Watson asintieron en silenciosa aceptación de los términos de McCullough. Eran justos. Más que justos, y Luke lo sabía. Watson también pareció estar de acuerdo con ellos, porque abandonó la oficina sin decir otra palabra.

McCullough abrió un cajón de su escritorio, sacó algo y lo deslizó por el escritorio hacia Luke.

Lo atrapó instintivamente. En sus manos había una brillante estrella plateada como la que llevaba Watson. Una estrella de ayudante.

—Considérate nombrado ayudante. Vamos a arrestar al señor Blake.

—Eh. —Luke miró fijamente la insignia en su mano con una emoción que no podía identificar. ¿Arrepentimiento? ¿Anticipación? ¿Satisfacción? ¿Alguna combinación?—. Yo... ya tengo un trabajo.

—Es temporal. Me falta un hombre. Francamente, Watson no es el ayudante que querría conmigo cuando entre al banco de su tío para arrestar a uno de sus amigos, incluso si no hubiera actuado como un tonto en todo este asunto.

—¿Y si Watson ha ido a avisar a Blake? —pensó en preguntar Luke.

—Solo hay una entrada y salida del banco, por la puerta principal. Iremos justo tras él. —La sonrisa de Jim McCullough era casi feroz—. Al menos, lo haremos si mueves tu trasero de esa silla.

Al salir de la oficina del sheriff, McCullough le dio un codazo a Luke y señaló con la barbilla hacia Watson, que caminaba por la Calle Principal en dirección opuesta al banco. Con los hombros caídos y la cabeza agachada, el joven ayudante parecía completamente desmoralizado.

—El paseo del arrepentimiento —dijo McCullough—. No pienses tan mal del muchacho, Luke.

—¿Eso es lo que dirías si descubrieras que ha estado mirando por la ventana de tu Josie?

McCullough soltó una breve carcajada—. Bien dicho; me has pillado. ¿Qué tal si apelo a tu buen carácter, o digo que estoy bastante seguro de que la señorita Daisy no querría que te rompieras los nudillos en su mandíbula?

—Eso último funciona —admitió Luke mientras ambos caminaban hacia el cruce. Girando la estrella plateada en su mano, dudó solo un momento antes de prendérsela en el abrigo—. Ha pasado tiempo desde que usé una de estas.

—Podrías seguir usándola, ya sabes. La ciudad crece todo el tiempo, y todos estos mineros que llegan significan problemas. Incluso si Watson decide quedarse, podría usar otro buen hombre.

—Lo pensaré —fue todo lo que Luke estaba dispuesto a decir.

Con eso McCullough pareció satisfecho. El alto agente de la ley desabrochó la correa de cuero sobre su pistola mientras subían por los amplios escalones del banco y entraban por la puerta.

El grosero cajero que había negado a Luke su paga apenas un par de semanas antes se puso de pie—. Sheriff. ¿Puedo ayudarlo?

—Puedes volver a sentarte. —McCullough ya estaba a medio camino a través de la habitación hacia la puerta que Luke sabía conducía a la oficina del ensayador. El cajero se quedó paralizado. Luke le dirigió una mirada firme, levantando la mano para tocar con el índice de su mano izquierda su estrella de ayudante, mientras su mano derecha permanecía sobre su pistola.

El cajero volvió a sentarse, con las manos colocadas cuidadosamente a la vista frente a él en su escritorio. Luke asintió con aprobación y siguió a McCullough, quien había abierto la puerta de la oficina del ensayador sin llamar.

—¿Qué significa esto de irrumpir aquí? —Joseph Blake se levantó de su escritorio, con el ceño fruncido.

Luke negó con la cabeza. Blake era un hombre insignificante y grisáceo. Era fácil descartarlo como inofensivo, pero al menos un hombre estaba muerto por culpa de Blake.

—Manos arriba donde pueda verlas —ordenó McCullough—. ¿Lleva algún arma, señor Blake?

—No es así. ¿De qué se trata todo esto, Sheriff? —Blake intentaba sonar despreocupado, pero Luke podía ver un tic en el párpado del ensayador mientras sus manos comenzaban a temblar.

—Está bajo arresto por el asesinato del ensayador de Reno, Stanley Wilkins. —McCullough colocó sus esposas en las muñecas de Blake con un chasquido.

—¡Le dije que no estaba en Reno! —protestó Blake—. ¡Estaba aquí mismo! El ayudante Watson...

—El ayudante Watson ha explicado que recordó mal la fecha en que estuvo en su casa —dijo McCullough fríamente—. Tenemos un testigo que lo sitúa en la diligencia de Reno regresando a Rattlesnake Ridge el mismo día que Wilkins fue encontrado muerto. Y si eso no fuera suficiente, también lo estoy arrestando por el intento de asesinato del ensayador de Virginia City, Thom Murray.

Luke pudo ver por la forma en que Blake se desplomó en el agarre de McCullough que el ensayador sabía que estaba acabado. Al

volverse para verificar al cajero, se encontró cara a cara con el señor Garrett.

—Rockford, ¿qué está pasando? —exigió Garrett mientras salía de su oficina. Su mirada bajó para contemplar la estrella plateada en el abrigo de Luke. Los ojos de Garrett se hincharon de asombro.

—Solo estoy asistiendo al sheriff en una detención. —Luke sintió un placer desmesurado al decir esas palabras—. Parece que su ensayador ha sido un chico malo, Garrett, y su sobrino tuvo dudas sobre darle una coartada.

Garrett tragó saliva, viéndose decididamente mareado. Luke sonrió, saboreando la expresión en el rostro del dueño del banco. Se lo merecía después de todo lo que Garrett le había hecho pasar a Luke.

—¿Algo que le gustaría compartir con nosotros, Garrett? —dijo McCullough mientras empujaba a Blake hacia las puertas del banco —. ¿Antes de que comience a interrogar al señor Blake aquí?

—Nada en absoluto —dijo Garrett apresuradamente—. Estoy sorprendido. Realmente sorprendido.

—¿Sobre qué? —preguntó Luke, preguntándose si el banquero estaba lo suficientemente aturdido como para soltar algo incriminatorio. Deliberadamente no había mencionado los crímenes de Blake en su anterior explicación burlona.

—¡Vaya, que ustedes puedan sospechar que Joseph esté involucrado en algo criminal! ¿Por qué dijo que lo estaba arrestando, Sheriff? — Garrett se hinchó, tratando obviamente de parecer justo.

Demasiado astuto por la mitad, pensó Luke, compartiendo una mirada con McCullough.

—No lo dije —fue todo lo que dijo McCullough, dirigiéndose a la puerta—. Buen día, señor Garrett.

Luke lo siguió sin mirar atrás, esperando poder asistir al interrogatorio de Blake. Quería confirmación de la culpabilidad del hombre y, con suerte, otra persona para que McCullough arrestara.

Desafortunadamente, una vez que Blake estuvo encerrado de manera segura en una celda, el sheriff se volvió:

—Ve a descansar un poco y déjame hacer mi trabajo.

Luke quería protestar. Le había entregado el caso a McCullough. Merecía verlo hasta el final.

—Pero —comenzó, reuniendo sus argumentos, pero el sheriff levantó una mano para detenerlo.

—Sé que quieres ayudar —dijo McCullough como si leyera la mente de Luke—. Ese es el tipo de hombre que eres. Pero tienes un conflicto de intereses en este caso. No solo eso, puedo ver que estás a punto de quedarte dormido de pie. —Se rascó la barbilla—. Hay algo que podrías hacer por mí.

—Lo que sea.

—¿Vas a visitar a esa chica tuya pronto?

—Veré al señor Moss esta tarde, luego a Daisy más tarde.

—Bien. Puedes decirle que Blake está bajo llave, y Watson... —Soltó una carcajada—. Bueno, te dejaré explicar lo que estaba haciendo ese joven idiota. Aún tendré a Lassiter patrullando esta noche, solo por si acaso Blake no estuviera trabajando solo, pero creo que tenemos a nuestro hombre.

Luke también estaba bastante seguro, pero era posible que Garrett estuviera metido en esto hasta el cuello. Ciertamente tenía dinero

para derrochar. Podría haber pagado a alguien para silenciar a Daisy; siempre había hombres que harían cualquier cosa con suficiente incentivo.

—Saldré con él de nuevo. Gracias por permitirme estar presente cuando habló con Watson y acompañarlo para arrestar a Blake —dijo Luke, levantando la mano para quitarse la estrella del abrigo—. Realmente lo aprecio.

—Quédate con ella por ahora. Si vas a salir con Lassiter esta noche, es mejor que la tengas. Guárdala en tu bolsillo si no quieres responder demasiadas preguntas, pero piensa en usarla permanentemente, ¿eh? El trabajo viene con una casa en la ciudad —dijo McCullough persuasivamente—. Facilitaría que tú y la señorita Daisy se casen más pronto que tarde.

—Lo pensaré —repitió Luke su evasiva anterior. La verdad era que quería consultar con Daisy. Después de haber dormido un poco. Había sido una semana muy larga.



Cuando Luke llegó a casa de Daisy a última hora de la tarde, con Jack a su lado, fueron recibidos por sonidos de risas. Al mirar por la puerta abierta, descubrieron a Isabelle y Daisy con los brazos sumergidos hasta los codos en un gran tazón para mezclar. Ishmael estaba sentado a la mesa decorando círculos de galletas sin hornear

con trozos de fruta seca y nueces. Barb estaba de pie junto a la estufa revolviendo algo que olía sabroso y deliciosamente apetitoso.

—Ahí están —dijo Daisy alegremente cuando los vio—. Adelante.

Tenía harina en la mejilla. Un mechón de su cabello oscuro se había escapado de sus horquillas para descansar tentadoramente a lo largo del lado de su cuello. Con las mangas arremangadas y una sonrisa en los labios, era la visión más deslumbrante. Luke se quedó paralizado, simplemente mirándola, hasta que Jack lo apartó de un empujón con una risa.

—Vaya, Barb, eso huele increíble —dijo Jack, dirigiéndose a la estufa con la nariz elevada para captar el aroma.

—La señorita Daisy ha sido lo suficientemente amable como para dejarme usar su estufa para practicar mi cocina —dijo Barb—. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve que hacer algo más que preparar té para mí misma; temía haberlo olvidado. Solo es estofado y pan de maíz, pero hay suficiente para todos nosotros. ¿Esperábamos que les gustaría quedarse a cenar?

—¡Por supuesto! —Jack se inclinó más cerca para mirar dentro de la olla.

Ella puso una mano en su pecho para empujarlo hacia atrás—. Ve a lavarte; estás polvoriento del camino.

—Tú también, Luke —dijo Daisy—. Luego puedes ayudar a Ishmael a glasear las galletas que se están enfriando en la rejilla allí junto a la ventana.

Sacudiéndose de su parálisis temporal, Luke dijo—. Sí, señora —automáticamente y se dirigió de nuevo al patio con Jack para lavarse en la bomba de agua.



Capítulo 19

DAISY NO PLANEABA QUEDARSE mirando fijamente a Luke, pero los hombres habían dejado la puerta trasera abierta. Tenía una clara línea de visión hacia donde estaban parados junto a la bomba de agua. Jack solo se lavaba las manos, pero Luke se quitó el abrigo y la camisa, entregándoselos a su amigo para que los sostuviera mientras se inclinaba para meter toda su cabeza bajo el agua. Se frotó las manos por la cara antes de reír y enderezarse con una sacudida de cabeza. Las gotas de agua volaron y brillaron bajo el sol de la tarde. Daisy se quedó inmóvil, contemplando al hombre con quien había aceptado casarse apenas ayer.

¡Y qué hombre!

Aunque Luke no era tan alto como Jack, quien sobresalía por encima de todos los demás hombres del pueblo, seguía siendo una cabeza más alto que Daisy, con hombros anchos y fuerte. Con la camisa quitada, ella podía ver sus músculos fuertes y bien definidos sin un gramo de carne sobrante en su sólida figura. El pelo oscuro se rizaba

en una espesa mata sobre su pecho, descendiendo como una flecha hasta su cinturón.

—¿Cuántos huevos dijo, señorita Daisy? —preguntó Isabelle desde detrás de ella.

Daisy salió sobresaltada de su ensoñación, dándose la vuelta rápidamente. Barb se reía silenciosamente de ella, lo notó mientras regresaba a la mesa con las mejillas ardiendo por haber sido descubierta.

¡Menos mal que los niños no tienen forma de saber lo que está pensando su maestra! pensó Daisy con una nota mental de pasar unos minutos extra en sus oraciones esa noche pidiendo el perdón del Señor. ¡Todavía no estaba casada y no tenía por qué estar admirando el pecho desnudo de Luke!

—Dos huevos, Isabelle —dijo, sacudiendo su falta de atención y el deseo de echar un vistazo más afuera—. Aquí, rómpelos primero en esta taza, ¡por si se escapa algún trozo de cáscara!



Al regresar a la cocina, Luke no pudo resistirse a detenerse junto a Daisy para limpiar la mancha de harina de su mejilla. Ella lo miró sorprendida, sus ojos oscuros suavizándose al encontrarse con su mirada.

—¡Ha dejado de mezclar, señorita Daisy! —protestó Isabelle en voz alta, provocando una risa de Barb y un sonrojo de Daisy.

—Déjala en paz, Luke, o podría poner sal en esas galletas en lugar de azúcar —advirtió Barb.

—Bueno, eso sería una tragedia. No podemos permitirlo. —Reprimiendo firmemente su deseo de rodear a Daisy con sus brazos y abrazarla, Luke se remangó la camisa y esperó instrucciones.

—¿Cómo fue tu reunión con el señor Moss? —preguntó Daisy mientras lo ponía a transferir las porciones redondas de masa de galletas que Isabelle estaba cortando a una bandeja para hornear.

—Muy bien. Está ansioso por dar un paseo con nosotros la próxima semana, para echar un vistazo al lugar. Estaba muy emocionado con el informe del ensayo. —Luke sonrió al recordar cómo el normalmente tranquilo y reservado ingeniero de minas casi bailaba una jiga de emoción.

—Eso es maravilloso —le dijo Daisy sinceramente.

Él se preguntó cómo conseguir quedarse a solas con ella para explicarle lo de Blake y Watson. —¿Te gustaría dar un paseo conmigo durante unos minutos? —sugirió—. Estoy seguro de que Barb no incendiará tu cocina mientras tanto.

—Solo por eso, Luke Rockford, voy a quemar este guiso hasta el fondo de la olla y servirte todos los raspados negros —advirtió Barb, haciendo reír a Daisy.

—Ustedes dos son peores que hermanos. ¡Ishmael e Isabelle no pelean como ustedes!

—Dales tiempo —dijo Luke, sonriendo—. Barb y yo hemos tenido unas cuantas décadas para perfeccionar nuestros ataques.

Quitándose el delantal, Daisy negó con la cabeza. —Eres terrible. —No había enojo en sus palabras. Obviamente reconocía tanto que

Barb daba tan bueno como recibía y que él y Barb se apreciaban genuinamente.

Una delicada mano se deslizó en el hueco de su brazo, y Daisy encontró sus ojos con una sonrisa. —¿Nos vamos? He estado dentro todo el día; un poco de aire fresco sería bienvenido.

Ya afuera, él se giró para caminar hacia el cruce, pero Daisy tiró suavemente de su brazo. —Vamos por el otro lado. Parece que tienes algo de qué hablarme, y si vamos hacia la calle principal, nos detendrán cada cinco minutos personas que quieren charlar.

—Eres tan sabia como hermosa —comentó Luke, deleitándose en la forma en que Daisy soltó una risita y se sonrojó ante su cumplido—. Y tienes razón, por supuesto, necesito hablar contigo, y es una conversación que probablemente sea mejor que nadie escuche.

—¿Sobre tu reunión con el señor Moss? —adivinó Daisy.

Luke negó con la cabeza. —No, es sobre lo otro. Las cosas. Pasé por la oficina del sheriff después de dejarte esta mañana, le llevé la carta y le conté lo que dijiste sobre el señor Blake llegando en la diligencia desde Reno el día que tú llegaste. Resultó que Blake supuestamente tenía una coartada... proporcionada por el ayudante Grant Watson.

Los ojos oscuros de Daisy se abrieron de par en par. Se detuvo un momento, hasta que Luke apretó sus dedos y la animó a seguir caminando.

—Lo curioso, sin embargo —dijo Luke con cinismo—, es que cuando McCullough cuestionó a Watson sobre un informe contradictorio, cambió su historia. Dijo que se había confundido de día.

—Bueno —dijo Daisy, indignada—. ¡Eso es simplemente increíble!

—Blake lo incitó a hacerlo, seguro. McCullough y yo pensamos que Watson no tenía ni idea de lo que Blake tramaba. Se quedó genuinamente sorprendido cuando oyó que el ensayador de Reno estaba muerto. —Una oleada de placer se deslizó por él al recordar lo que había sucedido después—. McCullough aprovechó su conmoción para exigir mirar sus botas.

—¿Sus botas? —Daisy frunció el ceño—. ¿Entonces Watson era mi merodeador? ¿El que intentó entrar?

—Tienes razón a medias. Watson admitió que había estado mirando por tu ventana, pero no fue él quien intentó entrar. McCullough y yo estamos bastante seguros de que fue Blake. Debe haberse dado cuenta de que eras una testigo que podía colocarlo en Reno la noche que murió el ensayador. —No entró en detalles sobre lo que Blake habría hecho. No quería asustar a Daisy de esa manera.

Podía notar que ella lo había deducido de todos modos. Sus ojos se agrandaron y la sangre abandonó su rostro. —Oh, santo cielo.

Luke deseaba desesperadamente tomarla en sus brazos y consolarla, pero había demasiada gente alrededor. En su lugar, presionó sus dedos sobre los de ella, preocupado por lo frías que estaban. —Blake está custodiado de forma segura, arrestado por asesinato, y Watson... Bueno, está avergonzado como nunca. Pidió transmitirte sus disculpas por invadir tu privacidad.

—¡Pues sus disculpas no son aceptadas! ¡Cómo se atreve! —Daisy estaba justamente enfadada.

Extrañamente, ver su enojo por lo que le había sucedido hizo que Luke se sintiera mejor por no haber podido golpear a Watson como había querido. —No creo que el sheriff sea el tipo de hombre que

grite y vocifere, pero yo estaba allí, y Watson parecía un insecto aplastado cuando McCullough terminó con él. Básicamente lo relevó de sus funciones y lo mandó a casa.

—¿Perdió su trabajo? —Daisy parecía no estar segura de si sentirse aliviada por ella misma o apenada por Watson.

—Todavía no, no. McCullough no le pidió su placa, de todos modos. Pero supongo que Watson estará en periodo de prueba por un tiempo.

—Hmm. —Daisy suspiró, y luego apretó ligeramente su brazo—. Me siento mucho mejor sabiendo la verdad. Gracias por informarme.

—Oh, si no lo hubiera hecho, no tengo ninguna duda de que el sheriff mismo te habría hecho una visita. Todavía va a hacer que el ayudante Lassiter patrullé por tu casa las próximas noches, solo hasta que esté seguro de que Blake no tenía un cómplice.

—¿Y tú también estarás allí? —Su voz denotaba conocimiento.

Luke tocó la placa de ayudante en su bolsillo. —Lo estaré... y McCullough lo hizo oficial. —Sacando la estrella plateada, se la mostró a Daisy.

Ella la miró fijamente antes de encontrarse con su mirada, con los ojos muy abiertos. —¿Te nombró ayudante?

—Es temporal. Posiblemente. Aunque dijo que, con el pueblo expandiéndose tan rápidamente, tiene mucho trabajo para otro ayudante. —Dudó. Un latido. Dos. Luego preguntó—: ¿Qué piensas?



Daisy solo se sorprendió por un momento de que Luke la consultara antes de tomar una decisión así. No era el tipo de hombre que tomaba decisiones que cambiaban la vida sin hablar primero con su esposa, o futura esposa. Era solo una de las muchas cosas que adoraba de él.

—¿Qué piensas *tú*? —preguntó ella, devolviendo la pregunta—. Fuiste ayudante una vez, ¿verdad? ¿Antes de la guerra?

—Lo fui. Y era bastante bueno, además sé que disfrutaría el trabajo. —Pasó los dedos por las puntas de la estrella plateada—. Paga mejor ahora que antes, e incluso hay una casa que viene con el trabajo. Podríamos casarnos y tener un hogar al cual mudarnos inmediatamente, en lugar de esperar para construir una casa.

—Podríamos —concordó Daisy—, pero ¿es lo que realmente quieres? Guardó la estrella de nuevo en su abrigo. —¿Casarme contigo de inmediato? Sin duda. —Le sonrió, con sus ojos azules destellando alegría.

—Compórtate. —Le pellizcó ligeramente el brazo—. Me refería a ser ayudante. Parecías tan entusiasmado con la idea de asociarte con tu padrastro en la Shooting Star y construir una casa para nosotros. Y luego está todo lo de tu reclamación.

Luke reflexionó sobre su pregunta mientras caminaban, con los labios fruncidos. Su mano seguía deslizándose hacia el bolsillo donde

estaba escondida la placa. Daisy esperó pacientemente a que lo pensara, preguntándose qué decidiría, pero la verdad es que realmente no le importaba mucho cualquiera que fuera su elección. Estar casada con Luke era su sueño, y si él era ayudante, ranchero o minero, eso no cambiaría nada.

Todavía estaba callado cuando llegaron a un punto donde el camino coronaba una pequeña elevación, descendiendo ante ellos hacia una senda menos transitada que bajaba hacia el lago. Luke señaló a un lado, hacia una gran roca plana.

Sentarse a conversar un rato sería agradable, pensó. Todavía estaban en un lugar público donde alguien podría pasar en cualquier momento, así que no sería impropio. Se apartó del camino principal, indicando su acuerdo. Luke se quitó el abrigo, extendiéndolo sobre la roca para que ella se sentara.

Es tan considerado, pensó Daisy felizmente. *No el rudo vaquero que supuse que era cuando nos conocimos*. Tomó asiento. Él se sentó a su lado, con el brazo rodeando su cintura para mantenerla cerca. Sin dudarlo, apoyó la cabeza contra su hombro y suspiró con satisfacción.

—Si me estás incluyendo en tu decisión —dijo después de un par de minutos de cómodo silencio—, debes tener en cuenta que sería igual de feliz casada con el Ayudante Rockford que con el Ranchero Rockford.

—¿De verdad? —Su voz transmitía su incertidumbre.

—Mientras seas mi esposo, Luke, estaré más que contenta.

—Si estuviéramos solos ahora mismo, te estaría besando hasta dejarte sin sentido —dijo Luke, haciéndola reír.

—¡Entonces es bueno que no estemos solos! En cuanto a una casa para vivir, eso no debería ser una consideración. Sé que construirás un hogar maravilloso para nosotros, y hasta que esté terminado, no hay razón por la que no podamos vivir en la pensión. —Daisy se sonrojó—. ¡Una vez que estemos casados, claro!

Luke se rió entre dientes. —Tendré que pasar la mayoría de las noches en el rancho mientras construyo nuestro hogar y aprendo el negocio del señor S, pero sí... podría pasar los fines de semana en el pueblo, supongo.

—Aceptar el trabajo de ayudante sería el camino fácil —le dijo Daisy suavemente cuando él volvió a quedarse en silencio—. ¿Es eso lo que quieres?

—Fue mi sueño una vez, y supongo que es un poco difícil de superar —admitió Luke—. Pero ahora tengo sueños diferentes: sueños de una casa en una colina con vistas a mis propias tierras y una amada esposa esperándome en la puerta.

—Entonces estoy dispuesta a esperar ese sueño contigo, Luke —dijo Daisy sin vacilar.

Él giró la cabeza para rozar un beso en su pelo, luego levantó su brazo libre para señalar. —¿Ves esa colina allí? Ahí es donde voy a construir nuestra casa.

—¡Se ve hermoso! —Daisy estaba impresionada; nunca había vivido en un lugar donde pudiera ver el agua desde su ventana frontal. O respirar el aire fresco de la montaña.

—Nada es demasiado bueno para ti, querida. Estoy pensando en algunas de las magníficas casas que vi en el Este. Shooting Star es un rancho próspero; debería tener una casa de rancho apropiada.

—Escuché que algunas de esas mansiones tienen veinte habitaciones o más —Daisy negó con la cabeza—. ¡Qué extravagancia!

—¿Qué, no te gustaría tener tantas habitaciones? —bromeó Luke—. Necesitaremos bastantes, para todos esos niños que vamos a tener... ¡ay! —Se frotó el costado donde ella lo había pellizcado.

—Compórtate —dijo Daisy, pero como siempre que Luke la molestaba, no pudo evitar reírse. Levantándose, hizo un gesto hacia el pueblo—. Vamos, será mejor que volvamos. Barb estará sacando ese pan de maíz del horno en cualquier momento.



El pequeño grupo conversó y rió hasta bien entrada la noche, disfrutando de una deliciosa comida que Jack se preocupó especialmente de elogiar. Le siguieron tantas galletas que Ishmael expresó su preocupación de que no quedaran para el picnic del día siguiente.

—De todos modos, no puedes comer más —dijo Jack con un gruñido, atacando a su futuro hijastro con cosquillas hasta que Ishmael se desplomó riendo sobre la alfombra de trapo frente a la estufa. Sonriendo, Jack se levantó con el niño todavía riéndose colgado sobre su hombro—. Deberíamos llevar a este par a casa a dormir, Barb. Sí, ya sé que mañana no hay escuela —respondió a los gemidos de protesta de los niños—, pero aún así deben levantarse

temprano. Eso asumiendo que quieren pasar el mayor tiempo posible en el lago.

Los niños acordaron que tenía razón. Jack dejó a Ishmael en el suelo el tiempo suficiente para despedirse de Daisy.

Barb besó sus mejillas y luego miró a Luke. —Caminaremos al ritmo de los niños, pero será mejor que nos hayas alcanzado cuando lleguemos al cruce —dijo antes de seguir a Jack y a los gemelos afuera, dejando la puerta abierta tras ella.

Un par de minutos a solas con Daisy era un regalo sin precio. Luke no perdió tiempo en poner sus manos en su cintura y atraerla hacia él.

Ella vino voluntariamente, levantando su rostro para su beso mientras sus largas pestañas caían formando un abanico sedoso contra sus suaves mejillas.

Él dijo su nombre, suave y bajo. Ella suspiró en respuesta, sus labios separándose ante el primer ligero roce de su boca contra la suya.

Cada vez que la beso, se vuelve más dulce, se maravilló Luke. Sin embargo, mantuvo suficiente presencia de ánimo para alejarse del beso antes de que se volviera demasiado intenso. Besó las mejillas y la frente de Daisy en su lugar, susurrando tonterías cariñosas hasta que ella suspiró de nuevo y abrió los ojos.

—Vete —murmuró.

Él obedeció la orden, depositando un último beso en su boca rosada antes de salir por la puerta. Aun así, se detuvo afuera para esperar hasta que ella hubiera cerrado y asegurado firmemente la puerta tras él antes de partir a paso rápido para alcanzar a los demás.



Capítulo 20

BARB LE LANZÓ UNA mirada de reojo cuando él los alcanzó justo al cruzar la calle hacia la pensión y sonrió ante la expresión aturdida y embelesada que sin duda tenía en el rostro. —Lo tienes mal, Luke Rockford —dijo en su tono burlón—. Nunca pensé que llegaría el día en que una chiquilla te tuviera hecho un manojo de nervios.

—Supongo que solo estaba esperando a la chica adecuada —admitió Luke.

Para su sorpresa, Barb entrelazó su brazo con el suyo y se inclinó para besarle la mejilla.

—¿Y eso por qué?

—Estoy feliz por ti. Eres un buen hombre, Luke. Daisy tiene suerte de tenerte.

—Creo que soy yo el afortunado.

—Tú sigue pensando así. —Barb rio suavemente cuando llegaron a la pensión, soltando su brazo y adelantándose para tomar a los gemelos de Jack—. Buenas noches, Jack.

En respuesta, él le dio un respetuoso beso en la mejilla, seguido de uno para Isabelle y un abrazo para Ishmael. Los dos hombres esperaron hasta que Barb cerró con llave la puerta de la escalera antes de mirarse.

—¿Vas a pasar toda la noche vagando por las calles de nuevo? —preguntó Jack secamente. Jack era eminentemente práctico. Aunque se había enfurecido al enterarse del merodeador nocturno de Daisy y consideró ir a casa de Grant Watson para darle unos cuantos golpes, ahora que Blake estaba bajo custodia y Watson había sido advertido, pensaba que Luke estaba perdiendo el tiempo. Así se lo había dicho a Luke en el camino a casa de Daisy.

—Solo por un par de horas —decidió Luke—. También necesito dormir, ¡o me quedaré dormido sobre mi caballo durante el viaje al lago mañana!

Jack solo negó con la cabeza murmurando algo sobre tontos enamorados.

Luke sonrió, alejándose de su amigo y dirigiéndose hacia la escuela. No pasó mucho tiempo antes de que caminara junto al ayudante Lassiter, devolviendo el silencioso saludo del otro hombre.

—¿Hay alguien por ahí? —preguntó Luke después de unos minutos. El único sonido era el de sus botas golpeando la acera de madera.

Lassiter gruñó. —Algunos mineros en el Miner's Rest. Un poco afectados por el whisky. Pero es viernes por la noche. Les pagaron hoy. Nada fuera de lo común.

Era probable que los mineros estuvieran demasiado borrachos para caminar hasta aquí de todos modos, juzgó Luke; el otro salón estaba a un buen kilómetro de la escuela y la cabaña de Daisy.

Sinceramente, no creía que hubiera más peligro para Daisy, pero también sabía que el sueño tardaría en llegar si simplemente se acostaba y pensaba en ello. Bien podría estar aquí afuera sintiéndose útil.

—Tengo que volver allá pronto, asegurarme de que ninguno se ponga demasiado alborotado. No me importaría tu compañía —sugirió Lassiter.

Luke asintió. Era lo menos que podía hacer. Sacando de su bolsillo la insignia que Jim McCullough le había dado, la prendió en su abrigo.

—Es temporal —le dijo a Lassiter cuando el otro hombre le lanzó una mirada inquisitiva.

—Lástima —dijo Lassiter lacónicamente—. El sheriff mencionó que te la había dado, dijo que esperaba convencerte de quedarte.

Luke dudó. No quería aprovecharse de una posición que no planeaba aceptar. Pero necesitaba saber, por la seguridad de Daisy si no por otra cosa. —¿Qué va a pasar con Blake?

—Encontramos algunos informes de California y también de Nevada. Es más grande de lo que pensábamos. Lo están entregando a los federales.

Se desharían de Blake, y a Luke no podía importarle menos lo que le pasara al hombre. —¿Alguna idea de por qué?

—Simple codicia por lo que podemos decir. Hacía que las personas a las que engañaba le dijeran dónde estaba la veta, y luego destrozaba sus sueños con un falso análisis. Después de que liberaban su reclamación, entraba y la arrebataba. Van a estar desentrañando este lío durante años.

—Qué desperdicio —dijo Luke, haciendo una nota mental para decírselo a Daisy. Ella se sentiría aliviada al saber que Blake no podría venir tras ella de nuevo.

—Es una lástima que no pudiéramos atrapar a Garrett, pero es astuto. No hay pruebas de que esté involucrado. —Lassiter negó con la cabeza—. Watson no lo está manejando bien. Deberías volver, reincorporarte al departamento. Podríamos usar a otro buen hombre.

—Estaba pensando en sugerir a Jack Hollis. —Luke había estado pensando en ello desde su conversación con Daisy. Pensó que bien podría consultarlo con Lassiter, ver qué pensaba el experimentado ayudante—. No ha trabajado para una oficina del sheriff antes, pero fue un excelente sargento bajo mi mando en el ejército.

—Buen hombre, Hollis —dijo Lassiter con aparente aprobación—. Buena espalda fuerte, también. Llevó a Bartholomew Jenkins a casa una noche cuando encontré al viejo borracho profundamente dormido en el patio de la iglesia. Dicen que se va a casar con Barb Jones, ¿es cierto?

—Así es. Están hablando de casarse en un mes más o menos, o ese es el plan una vez que hablen con el Reverendo y su esposa. Debería ser tiempo suficiente para que Barb se cosa un bonito vestido nuevo, así como uno para que Isabelle sea dama de honor.

—Bien por él. He metido a demasiados borrachos en el calabozo por la noche por faltarle el respeto a la señora Jones en el salón. Toca y canta muy bien, pero no es trabajo para una mujer respetable como ella. Me alegra oír que Hollis está dando un paso adelante.

Luke estuvo completamente de acuerdo. Nunca se había sentido cómodo con Barb tocando y cantando en el salón, pero ella había rechazado rotundamente su oferta de ayuda financiera. No es que él tuviera mucho cuando hizo la oferta, pero aun así lo intentó. Su amiga de la infancia era una mujer orgullosa, pero no tan orgullosa como para no hacer lo que fuera necesario por el bien de sus hijos. Nunca le había contado sobre nadie acosándola, lo que probablemente era lo mejor, o él probablemente habría pasado tiempo en el calabozo curándose los nudillos rotos.

—Estaría encantado de trabajar con Jack Hollis —resumió Lassiter—. Y dado que Barb Jones y Josie McCullough ya son amigas, diría que el trabajo es prácticamente suyo si lo quiere.

Ese era un ángulo que no se le había ocurrido a Luke, pero entonces, solo había conocido a la esposa del sheriff un par de veces. Había sido la cocinera en lo de la señorita May antes de casarse con McCullough, así que era lógico que ella y Barb se hubieran hecho amigas. Quizás le mencionaría a Barb que había oído que podría abrirse un nuevo puesto de ayudante y que venía con alojamiento propio. Jack estaría llevando la estrella plateada en su abrigo en un abrir y cerrar de ojos, y Luke podría seguir su nuevo sueño de una casa en la colina con su enérgica maestra para compartirla.



Daisy no estaba del todo segura de qué tipo de transporte habían organizado Luke y Jack para la excursión al lago, por lo que se sorprendió gratamente cuando un elegante carruaje abierto llegó frente a la escuela, tirado por un hermoso caballo castrado gris. Barb sostenía las riendas de manera competente con Ishmael e Isabelle sentados detrás de ella saludando frenéticamente.

—No sabía que sabías conducir —comentó Daisy.

—Habilidad esencial para cualquier mujer que viva aquí en el país ganadero. —Barb le sonrió—. Te enseñaré, si quieres.

Luke llegó a su lado, llevando su gran caballo castrado alazán. —Permítame ayudarla a subir, señorita Daisy. —Ofreció su mano galantemente, y ella la aceptó para ayudarla a subir al asiento delantero. Él le pasó la cesta de picnic que había preparado para que pudiera guardarla bajo el asiento.

—Qué carruaje tan hermoso —comentó Daisy mientras avanzaban por la calle, con el caballo gris demostrando un trote suave.

—Creo que el establo lo alquila principalmente para bodas. —Barb le sonrió—. Le dije a Jack que debería alquilarlo para la nuestra, de todos modos.

—¿Y cuándo será el feliz acontecimiento? —Daisy dio un codazo a su amiga.

—Un mes. —Aunque el tono de Barb era plácido, su expresión no lo era en absoluto, la alegría iluminando todo su rostro—. Fuimos a ver al predicador y a su esposa, y está feliz de casarnos cuando queramos. Pero quiero hacerme a mí misma y a Isabelle unos vestidos nuevos, y Jack va a encontrarnos una casa para vivir en el pueblo también.

—¿No vas a esperar hasta que construya vuestra nueva casa?
—¡Por supuesto que no! Idea ridícula —gruñó Barb—. Si encuentras algo que vale la pena tener, no veo sentido en esperar, y él gana suficiente salario para pagar el alquiler de una casa mientras construye.
—Mami, ¿puedo montar con Jack? —le gritó Ishmael. Tan pronto como las palabras salieron de su boca, Isabelle exigió montar con Luke. Riendo, Barb llamó a los dos hombres al lado del carruaje y redujo la velocidad a un paso para que pudieran levantar a los gemelos a la parte delantera de sus monturas.
El lago brillaba azul bajo el sol otoñal frente a ellos. Perfecto para una excursión. Daisy apenas podía esperar. Quería quitarse los zapatos y las medias, vadear en el agua clara y olvidar sus preocupaciones. Un día entero pasado con Luke y sus amigos era una bendición que tenía la intención de disfrutar al máximo.
—Entonces, ¿cuándo van tú y Luke a casarse? —preguntó Barb en voz alta, sonriendo mientras Luke se giraba en su silla para lanzarle una mirada de reproche.
Daisy sonrió. —Bueno, él tiene esta idea fija sobre construirnos una casa primero, pero no creo que haya necesidad de esperar tanto.
—¿Dejarás de enseñar? —preguntó Barb. Esta vez había menos burla en su voz.
—Bueno, dependerá del consejo del pueblo —respondió Daisy—. Me gustaría continuar al menos hasta que nuestra casa esté construida y se encuentre un maestro de reemplazo, y incluso después de eso creo que me gustaría ayudar.

—Eso es bueno. Sé que Isabelle e Ishmael estarían devastados si renunciaras de inmediato, sin mencionar a tus otros alumnos.

—Vine demasiado lejos para renunciar hasta que haya hecho lo que vine a hacer, y eso es establecer la escuela de Rattlesnake Ridge —dijo Daisy con firmeza.

—¿Así que tal vez en un mes también te vendría bien? —Barb lanzó la sugerencia sin previo aviso.

—¿Qué?

Barb agachó la cabeza, pareciendo un poco avergonzada por primera vez desde que Daisy la conocía. —Solo, tuve esta idea, de que tal vez podríamos... tal vez podríamos hacer una boda doble?

Sorprendida, Daisy no dijo nada durante unos momentos.

—Sé que tú y Luke no se conocen desde hace mucho tiempo —se apresuró a añadir Barb—, pero ustedes dos son... la forma en que se miran es conmovedora. De verdad.

Daisy sonrió ante eso. —Es un hombre excelente, y tengo suerte de que me haya elegido.

—Estoy bastante seguro de que lo tienes al revés, cariño —gritó Luke, obviamente escuchando descaradamente su conversación—. ¡Yo soy el afortunado, y estaría encantado de casarme contigo mañana si el predicador lo permitiera!

—Probablemente lo permitiría si pensara que la reputación de la señorita Daisy está en juego —comentó Jack secamente.

—¡No le des ideas! —Daisy le lanzó una mirada fulminante a Jack, y el gran vaquero se dobló de risa.

—Ya te prometí que tu reputación estaba a salvo conmigo. —Luke se giró en su silla, sonriendo—. ¿No confías en mí, cariño?

Por supuesto que confiaba, incluso con esa sonrisa traviesa en su rostro y la risa en sus ojos azules. Incapaz de evitar devolverle la sonrisa, se perdió por un momento simplemente contemplando a su apuesto vaquero, soñando despierta con su futura vida juntos en su casa en la colina.

Poco después estaban instalados en un lugar pintoresco junto al lago, los caballos pastando pacíficamente cerca. Jack sacó cañas de pescar del carruaje y sonrió a los niños, quienes chillaron de alegría.

—Vayan al agua. —Barb hizo un gesto a Daisy para que fuera con Luke cuando él le tendió la mano—. Prepararé el picnic.

—¿Está fría el agua? —preguntó Daisy mientras Luke la ayudaba a pasar sobre algunas rocas—. Quiero mojar mis pies.

—No está tan mal en esta época del año —le dijo Luke—. La primavera es lo peor con toda la nieve derretida. Brr. —Simuló un escalofrío.

—Bueno, estoy decidida a probarla. —Daisy se sentó en una roca para quitarse los zapatos y las medias, arqueando una ceja hacia Luke. Él le devolvió la sonrisa, sin vergüenza, antes de darle la espalda para darle privacidad.

—¿Considerarías casarte conmigo en un mes? —preguntó Luke, su tono suave y nostálgico.

Daisy se detuvo en medio de enrollar su media. Con una pequeña sonrisa, terminó su tarea y metió las medias en sus zapatos antes de responder. —Me casaría contigo mañana —susurró en su oído—. ¿No dijiste que el Reverendo Brown podría no permitirlo?

—No hay ninguna ley en contra, por supuesto. Pero el buen reverendo dice que no casará a ninguna pareja a menos que esté

seguro de que ambos están dispuestos. Hará que su esposa te lleve aparte para una conversación privada, y si no puedes satisfacer a la señora Adeline Brown, bueno, probablemente tendremos que hacer un viaje a Reno para casarnos. —Sus ojos azules se arrugaron en las comisuras.

—Conocí a la señora Brown. Parecía encantadora, aunque un poco formidable. ¿Es realmente tan influyente? —preguntó Daisy con curiosidad mientras Luke tomaba su mano y la conducía más cerca del agua que lamía la orilla.

—Lo es. El reverendo no hará nada sin su aprobación. Corre el rumor de que una vez golpeó a un oso. Y ¿sabes qué? No me sorprendería.

Daisy lo miró con incredulidad. Él le devolvió la mirada, por una vez sin un atisbo de burla en su expresión. —Estás bromeando. ¿Verdad?

—Sé que tengo sentido del humor, cariño, que me ha metido en problemas una o dos veces, pero créeme cuando digo que la señora Adeline Brown no es alguien de quien haría bromas.

El agua tocó los dedos de los pies de Daisy justo entonces, y ella chilló, sobresaltada por su frialdad. Dio un paso atrás, sus pies inseguros en la orilla rocosa.

El brazo de Luke la rodeó, fuerte y estabilizador. —Tú, por otro lado —se rio en su oído—, te provocaré hasta el fin de nuestros días. ¿El agua está un poco fría para mi chica de California?

—Solo un poco. —Su voz era entrecortada.

La cabeza de Luke se inclinó hacia ella y...

—¡Atrapé un pez!

El momento se perdió.

El grito jubiloso de Isabelle los devolvió a sus sentidos. Se separaron y se volvieron, sonriendo a la niña. El pez tal vez era tan largo como el pulgar de Daisy, pero ambos aplaudieron de todos modos, haciendo que Isabelle sonriera e Ishmael redoblara sus esfuerzos.

—Quizás debería ir a revisar los caballos. —Luke la soltó, dejando a Daisy sintiéndose repentinamente fría y sola, y caminó de regreso por la orilla sin decir otra palabra.

Daisy suspiró. ¡Una cita con el Reverendo y la señora Brown parecía estar en orden, más pronto que tarde!



Capítulo 21

PARA CUANDO LOS NIÑOS fueron atraídos lejos del agua por la promesa de comida, Isabelle había pescado dos peces más e Ishmael solo uno. Sin embargo, como Ishmael señaló, el suyo era fácilmente el doble de grande que cualquiera de los de Isabelle.

Daisy admiró todos los peces imparcialmente y aceptó con gratitud la magnánima oferta de Ishmael de su pez para cocinarlo para su cena. Al menos una vez que Luke le aseguró en voz baja que era perfectamente seguro comerlo.

—Bueno para freír en sartén. Te lo limpiaré, si quieres.

—Te lo agradecería —admitió ella—. Me gusta comer pescado, pero no la parte desordenada de limpiarlos y prepararlos.

Él se rio. —Entendido. —Envolviendo el pescado en un trozo limpio de tela encerada, lo guardó en el fondo de la cesta de picnic mientras se sentaban a comer.

Daisy se encontró apoyándose en el hombro de Luke mientras Barb repartía crujientes panecillos rellenos de carne asada, queso y

encurtidos, muslos de pollo asado, manzanas crujientes y, para terminar, rebanadas de un pastel de jengibre deliciosamente húmedo, cada uno mejor que el anterior, evidencia de la excelente cocina de Matthew. Llena hasta el borde, Daisy negó con la cabeza cuando le ofrecieron una segunda rebanada de pastel, pero Luke aceptó ansiosamente.

—La mejor comida que he tenido en mucho tiempo. Al menos desde la cena del miércoles —suspiró, limpiándose la boca con su pañuelo y acostándose, acomodando su cabeza en el regazo de Daisy.

Ella no pudo resistir poner su mano en la cabeza de él y pasar sus dedos por sus rizos oscuros, que eran sorprendentemente sedosos al tacto. Fue un momento perezoso, pero extrañamente íntimo.

Barb reunió a los niños con una palabra tranquila y tomó la mano de Jack en la suya, caminando con su pequeña familia hacia el lago. Daisy los vio irse, contenta de estar a solas con Luke.

—Probablemente haya suficiente en ese pescado para dos, si cocino algunos frijoles y patatas para acompañarlo —murmuró, todavía peinando con sus dedos los rizos de Luke.

—Una cena de pescado suena bien —dijo Luke—, pero pensé que habíamos acordado que estar solos juntos no era la mejor idea.

—Bueno, estaba pensando que tal vez podríamos ir a visitar al Reverendo Brown y a la señora Brown después de comer —dijo Daisy tímidamente—. Ver si estaría dispuesto a casarnos al mismo tiempo que Jack y Barb.

Los ojos azules de Luke se abrieron de par en par, y él extendió la mano para tocar su rostro, acariciando su mejilla con el dorso de

unos dedos que, para su satisfacción, temblaban un poco. —¿Lo dices en serio? ¿Un mes no es demasiado pronto para ti?

—A decir verdad, no es lo suficientemente pronto —admitió—, pero creo que es un tiempo razonable que no debería causar demasiado escándalo.

Luke se rio, un retumbo profundo en su pecho, y tomó su mano para besarla. —¡Creo que mi sentido del humor se te está pegando, cariño!

—Quizás un poquito —dijo Daisy con una risita—, ¡pero definitivamente no donde unos oídos pequeños puedan escuchar!



Luke no podía recordar haber sido más feliz. Una completa satisfacción se extendió gradualmente a través de él mientras Daisy acariciaba su cabello y respondía a sus suaves bromas. Sus dedos eran tan suaves en su piel, como el plumón de un pájaro bebé. Atrapando su mano en la suya, besó las puntas de sus dedos, maravillándose de su suavidad, tan diferente de los ásperos callos en los suyos.

—Te amo más de lo que tengo palabras para expresar —dijo y vio cómo se ensanchaba su sonrisa.

Ella le sonrió con el sol avivando luces rojizas en su pelo negro. —Lo haces bastante bien para ser un soldado convertido en vaquero, Luke Rockford.

—¿No te importa que no tenga mucha educación? Siempre voy a estar tan orgulloso de mi inteligente y educada esposa, ¿sabes?

—Mientras no intentes impedir que eduque a nuestros hijos.

—¡Ni hablar! —Horrorizado de que ella pudiera pensarlo, Luke se incorporó a medias, pero ella presionó esos suaves dedos contra su mejilla, animándolo a recostarse de nuevo—. Enséñales todo lo que tienes guardado en esa cabeza inteligente y en tus libros. Te compraré más libros si quieres, una habitación llena. Oye, esa es una idea para nuestra casa; ¡incluiré una biblioteca! Eso es elegante, ¿verdad?

Ella se rio, el sonido un suave tintineo como agua corriendo. —Muy elegante, pero no creo que necesitemos una habitación entera. Una buena estantería resistente cerca de un sillón cómodo será más que suficiente.

—Entendido. —Fingió escribir una nota en una lista imaginaria—. Sillón cómodo, estantería resistente. ¿Algo más que mi brillante novia requiera para su placer de lectura?

Entrando en el espíritu del juego, ella golpeó un dedo delgado contra sus labios como si fingiera pensar. —Cerca de una ventana para tener buena luz para leer. Con vista al lago, creo.

Sin que ella lo supiera, él se abalanzaba sobre cada pista que ella daba sobre sus preferencias como un perro sobre un hueso jugoso, guardándolas en su memoria. Daisy tendría su estantería, sillón cómodo y una gran ventana panorámica con vista al lago. Una bañera lo suficientemente grande para sumergir todo su cuerpo, estufas de leña para mantener cada habitación caliente en invierno y

cada otro lujo en el que pudiera pensar para construir o instalar para su comodidad.

Los Handley probablemente estaban hartos de verlo en su tienda. Había pedido tanto mientras al mismo tiempo leía lentamente dos libros sobre construcción de casas, dibujando interminables borradores de planos. Daisy no merecía menos que el mejor hogar que él pudiera darle. Ya que ella estaba dispuesta a esperar pacientemente a que él lo construyera, estaba decidido a que fuera absolutamente perfecto.

—¿Ustedes dos se están comportando? —La risa de Barb hizo que ambos la miraran.

—Como ves, la imagen de la respetabilidad. —Luke besó la mano de Daisy de nuevo—. Y Daisy tiene noticias para compartir contigo.

—¿Oh? —Dejándose caer en la manta e inspeccionando los restos que quedaban de su picnic, Barb levantó una ceja.

—Yo... bueno, nosotros... nos gustaría aceptar tu oferta de compartir tu día de boda —dijo Daisy tímidamente.

Barb dejó escapar un chillido de deleite. —¡Bueno, ¿no es eso lo más maravilloso?!

Se apresuró a abrazarlos a ambos, sonriéndole a Luke y diciéndole que siempre había sabido que era inteligente, o al menos lo suficientemente inteligente para saber que Daisy era lo mejor que le había pasado.

—Seguro que no discutiré eso —acordó Luke—. Y contamos contigo para poner una buena palabra por nosotros con la señora Brown si es necesario.

Barb volvió a reír, acomodándose sobre sus talones y empezando a ordenar las cosas del picnic. —Oh, Adeline es un encanto. Su ladrido es mucho peor que su mordida. Probablemente te tomará cariño rápidamente. ¿Quién no lo haría? —le dijo a Daisy. Sus ojos brillaban, y movió su barbilla hacia Luke—. Después de todo, lograste encantar a este grandullón.

Luke alcanzó a atrapar un largo mechón de cabello negro que se había escapado de sus horquillas, envolviéndolo ligeramente alrededor de su dedo. —Definitivamente quedé encantado desde la primera vez que te vi.

Durante un largo momento se miraron el uno al otro. Cautivado, Luke podría haberse quedado perdido en los ojos de Daisy para siempre, especialmente considerando la forma suave y amorosa en que ella le sonreía. Su cabello era como seda contra la aspereza de su piel, y aunque le dolía alcanzar y soltar el resto de sus horquillas, se quedó donde estaba, sin querer perturbar el momento perfecto.

Barb se aclaró la garganta con un ruido exagerado y preguntó: —¿Ustedes dos realmente se olvidaron de que estoy aquí?

Daisy se sonrojó, apartando su mirada de Luke apresuradamente.

Luke solo se rio entre dientes. —Tal vez por un momento —confesó, tirando ligeramente del rizo de Daisy una última vez antes de sentarse con un suspiro de pesar—. Déjame ayudarte a limpiar esto, Barb. ¡Será mejor que empecemos a regresar pronto, o los gemelos se quedarán dormidos durante el viaje!



Daisy se sentó, con los brazos alrededor de sus rodillas, y observó cómo los dos viejos amigos bromeaban. Luke estaba haciendo la mayor parte del trabajo en preparar los caballos para regresar al pueblo y empacar el picnic, insistiendo en que Barb debería tomarse unos minutos para relajarse.

—Bromas aparte, realmente has conseguido un buen hombre —murmuró Barb, tomando asiento junto a Daisy y observando cómo Luke ponía la cesta de picnic en el carruaje antes de caminar hacia el lago para buscar a Jack y los niños—. Luke es lo más cercano que tengo a un hermano y uno de los mejores hombres que he conocido.

—No vine aquí esperando encontrar un hombre para casarme, ¿sabes? —Daisy abrazó sus piernas mientras observaba a Luke reír y levantar a Isabelle para que montara sobre sus hombros—. Solo quería enseñar a niños.

—Y eres muy buena en eso —le tranquilizó Barb—. Todavía eres joven, Daisy, pero ¿no soñabas con un marido e hijos propios?

—Sí. —Atrapando el mechón de cabello suelto con el que Luke había estado jugando, lo aseguró con una horquilla—. Simplemente nunca conocí a un hombre que me gustara que me quisiera.

—¿Que te quisiera? —La frente de Barb se arrugó.

—Soy mitad china, Barb. Me parezco más a mi padre que a mi madre, pero con solo mirarme de cerca, todos los caballeros

respetables de San Francisco decidieron buscar una esposa en otro lugar.

—Oh Daisy, lo siento mucho. —Barb negó con la cabeza—. Sabes que a Luke no le importa eso, ¿verdad?

Ella lo sabía. Desde el primer momento, Luke había dejado claro que sus orígenes no le importaban en absoluto. —Supe que Luke era un buen hombre por la calidad de sus amigos, primero —admitió Daisy —. Tú y los niños, y Matthew el panadero, y la señora May también hablaban bien de él. Mi padre siempre decía que se podía saber mucho de una persona por sus amigos.

—Suena como un tipo sabio, tu papá. Era médico, ¿dijiste? ¿Crees que le hubiera gustado Luke?

—Muchísimo. —Daisy sonrió para sí misma, recordando las maneras firmes y sensatas de su padre—. Mucha gente lo menospreciaba por tomar una esposa china, pero nunca le importó eso. Decía que las personas que no podían ver más allá del color de la piel de alguien para ver su valor no merecían ser escuchadas, y tampoco hablaría en contra de alguien solo porque carecía de educación formal. Mi madre habría querido a Luke aún más, creo; solía decir... —Daisy hizo una pausa, considerando cómo expresar el modismo chino en español—. Agua goteando sobre piedra. Lo que básicamente significa perseverancia. El agua siempre desgastará la piedra al final, y Luke es un hombre que trabajará tenazmente hacia su meta, sea cual sea.

—Jack también —coincidió Barb—. Casi no puedo creer que hayan encontrado plata y oro, pero ese informe del ensayo... bueno, Jack me dijo que el Sr. Moss estaba bailando de emoción cuando lo leyó.

Seremos esposas de hombres ricos el próximo año, Daisy; ¿qué piensas de eso?

—Creo que cruzaré ese puente cuando llegue a él —respondió Daisy mientras se ponía de pie y sacudía sus faldas. Sonrió a Isabelle, que todavía estaba sobre los hombros de Luke—. ¿Buena vista desde ahí arriba?

—No tan buena como la de Ishmael —respondió Isabelle, señalando a su hermano que montaba sobre los hombros de Jack—, ¡pero no está mal!

—¡Oye! —Luke sacudió la cabeza con un gruñido y fingió morder la rodilla de Isabelle—. ¡No insultes a tu caballo, señorita!

Ambos niños se rieron, pero fue un sonido cansado; estaban agotados. Daisy se unió a Barb para convencerlos de que viajaran en el carruaje de regreso. Ninguno de los gemelos protestó demasiado por acomodarse con la manta del picnic envuelta alrededor de ellos.

—¿Quieres montar conmigo? —Luke le tendió la mano a Daisy—. Puedes volver al carruaje antes de que lleguemos al pueblo para que nadie te vea, Señorita Respetabilidad.

Ella dejó de lado la cautela y aceptó su mano. —Solo no dejes que me caiga —advirtió mientras él la levantaba fácilmente sobre su gran caballo de color ante, sentándola a un lado antes de subir detrás de ella.

—Nunca —prometió. Un brazo fuerte se curvó alrededor para sostenerla cerca mientras el otro sostenía las riendas.

Daisy se mantuvo rígida al principio, pero después de que Luke murmurara en su oído diciéndole que se relajara porque estaba poniendo nervioso a su caballo, ella se permitió apoyarse contra su

amplio pecho. Deleitándose en la ternura de su abrazo, pensó que no le habría importado un viaje mucho más largo que la media hora que les tomó regresar a Rattlesnake Ridge.

—Está bien —dijo cuando él se habría detenido justo fuera del pueblo para dejarla montar en el carruaje de nuevo—. No me avergüenza que me vean contigo, y no estamos haciendo nada malo.

Sintió a Luke sonreír contra el lado de su frente, sus labios rozando su cabello. —Como quieras, cariño —murmuró, y ella estaba segura de que se sentó un poco más erguido con orgullo mientras regresaban juntos a Rattlesnake Ridge.

Como los establos estaban directamente frente a la escuela, Luke no se detuvo para dejarla bajar hasta que estuvieron justo al pie de las escaleras de la escuela. —Pasaré en breve para limpiar tu pescado —prometió con su habitual sonrisa traviesa.

—Pondré algunas patatas a hervir —respondió Daisy alegremente, casi saltando por el estrecho callejón para llegar a su pequeña cabaña. No podía esperar para compartir otra comida con Luke y luego ir a visitar al predicador.

Se detuvo en seco al ver al hombre sentado en el pequeño escalón de su puerta.

—Señorita Daisy. —Grant Watson se puso de pie e hizo una pequeña reverencia—. Perdone que la moleste.

Observándolo, Daisy se preguntó si debería dar media vuelta y huir. Watson no hizo ningún movimiento amenazante, simplemente se quedó allí con las manos colgando libremente a los lados y una expresión casi afligida en su rostro juvenil y apuesto.

—¿Puedo ayudarlo, Agente Watson? —Incluso mientras lo decía, notó una ausencia llamativa: la brillante estrella plateada ya no destellaba desde el bolsillo del pecho de su abrigo negro.

Él hizo una mueca. —Entregué mi placa al sheriff esta tarde, señorita. Me temo que no le estaba haciendo justicia.

—Lamento oír eso —dijo Daisy con cautela.

—Espero que Rockford le haya transmitido mis disculpas por mi comportamiento hacia usted. —Bajó la mirada y arrastró los pies, recordándole a uno de sus alumnos atrapado portándose mal en clase—. Fue imperdonablemente grosero, y no tengo excusa. Lo siento si le causé alguna incomodidad.

Watson debía llevarle algunos años, pero parecía muy joven en ese momento. —¿Qué piensa hacer ahora, Sr. Watson? —preguntó finalmente cuando el silencio se había prolongado durante un momento incómodamente largo.

—Me voy de Rattlesnake Ridge. Me temo que... bueno, caí presa de algunas influencias inadecuadas aquí. Mi padre ha estado presionándome para que vuelva al Este, para unirme a él en los negocios. Nunca sentí que encajaba mucho allí, pero supongo que tampoco encajo aquí.

—Lamento que las cosas no hayan salido como deseaba —ofreció Daisy amablemente.

Él asintió, una pequeña chispa de esperanza entrando en sus ojos. —No quería irme sin hablar primero con usted, señorita Daisy. Me doy cuenta de que me comporté como un tonto, y peor aún, pero... quería preguntarle si consideraría venir conmigo. —Las palabras salieron de él precipitadamente.

Sus ojos se ensancharon. —¿Perdón?
—Venga conmigo. Cásese conmigo, y me aseguraría de que nunca le falte nada. —Extendió una mano. Ella dio instintivamente un paso atrás aunque su movimiento no era amenazante en absoluto.
La mano de Watson cayó, su expresión registrando su rechazo con una mirada de profunda desesperanza justo cuando la voz profunda de Luke retumbó detrás de Daisy.
—¿Qué está pasando aquí?
Saliendo del callejón, Luke se movió frente a Daisy en una postura protectora, la mano cayendo hacia la pistola enfundada en su cadera mientras miraba a Watson con suspicacia.
—Solo me estoy despidiendo —respondió Watson, sus hombros hundiéndose con desaliento—. Me voy del pueblo esta noche, Rockford, me dirijo a Reno para tomar un tren por la mañana. Vuelvo al Este.
—¿Es así? —Luke no levantó la mano de su pistola.
La boca de Watson se torció en una sonrisa ladeada. —Así es. El mejor hombre ganó, Rockford. Espero que ustedes dos tengan una vida maravillosa juntos.
Daisy pensó que era genuinamente sincero. Mientras él se movía hacia la boca del callejón, ella le ofreció una pequeña sonrisa. —Buena suerte, Sr. Watson. Espero que encuentre el lugar donde sí encaje.
—Gracias, señorita. —Le ofreció una reverencia aún más baja y una última mirada anhelante antes de alejarse.
—¿Qué —dijo Luke cuando incluso el sonido de las botas de Watson en el polvo se había desvanecido— fue eso? —Parecía

completamente desconcertado.

Daisy también estaba un poco aturdida por lo que acababa de suceder. —Justo lo que dijo que era, creo; una despedida. —Estaba bastante segura de que Watson nunca había creído ni por un momento que ella aceptaría su oferta.

—Estaba loco por ti desde la primera vez que te vio. —Luke la siguió adentro, dejando el pescado envuelto sobre la mesa—. ¿Alguna vez lo consideraste?

Había una nota extraña en su voz. Casi lastimera. Nerviosa. Daisy miró para ver la ansiedad en su voz grabada en sus facciones curtidas. De repente supo qué era lo que realmente lo atormentaba. *Por supuesto*, pensó, *Watson es considerablemente más joven que Luke, mucho más cercano a mi edad. Y tenía un mejor trabajo, una mejor casa, la posibilidad de heredar una gran suma. Todas las cosas que deberían hacer a un hombre atractivo. Supongo que algunas mujeres incluso lo encontraban guapo. Yo nunca lo hice.*

—Ni por un momento —le aseguró—. Se cocinó su propio ganso siendo grosero contigo en ese primer encuentro, ¿recuerdas?

—No pensé que te caía muy bien en ese momento. No me cubrí precisamente de gloria en *nuestro* primer encuentro, ¿verdad? —Luke pareció avergonzado, haciendo reír a Daisy.

—La historia de cómo me atrapaste sacudiendo mi enagua en la ventana será una buena para contar a nuestros nietos, mi amor. —Tentada a besarlo, se resistió y en su lugar fue a abrir su armario de almacenamiento, sacando algunas patatas—. Ahora, ¿por qué no limpias ese pescado mientras pongo estas patatas a hervir?

—Sí, señorita —dijo, evidentemente tranquilizado por su broma. Aceptando el cuchillo afilado que ella le ofreció, tomó un plato y el pescado y salió para limpiarlo.



Preparar y compartir una comida con Luke fue una pequeña visión de la domesticidad que podía esperar en los años venideros. Su futuro esposo se sentía perfectamente cómodo en una cocina. Cuando ella lo comentó, él dijo riendo que ¡en realidad era mejor cocinando sobre fuego abierto!

Después de que comieron el pescado sorprendentemente delicioso, Luke lavó todo, incluso fregó el sartén antes de entregárselo para que lo secara. —Todo listo —dijo alegremente, secándose las manos —. Gracias por una cena deliciosa, cariño.

El término cariñoso era nuevo a partir de hoy, pero a Daisy le gustó la informalidad. Era un signo de su cercanía. Se volvió después de colgar el sartén en el armario. Él la estaba mirando con ese brillo particular en sus ojos que ella había aprendido por experiencia probablemente llevaría a besarse, así que dijo rápidamente: —¿Vamos a dar un paseo hasta la casa del predicador?

Luke pareció un poco resignado pero asintió de acuerdo con su sugerencia. —Probablemente sea lo mejor, de lo contrario escuchará sobre nosotros en la iglesia mañana.

—Estás suponiendo que no ha escuchado ya —señaló Daisy mientras se ponía el abrigo alrededor de los hombros y metía su mano en el hueco del brazo ofrecido por Luke—. Puede que sea nueva en Rattlesnake Ridge, pero no me tomó mucho tiempo darme cuenta de que la red de chismes está viva y bien, y la reina reinante es la señora Handley en la tienda general.

—No te equivocas —admitió Luke—. ¡Aunque Samuel Langhorne está haciendo todo lo posible por arrebatarle esa corona!



Capítulo 22

LUKE Y DAISY CAMINABAN por la calle charlando amigablemente, deteniéndose varias veces para saludar a la gente que conocían y que había salido a pasear en el fresco de la tarde temprana. La casa del predicador estaba justo detrás de la iglesia, una pequeña y pulcra casita encalada con contraventanas negras y un limpiabotas junto a la puerta.

El reverendo Brown abrió la puerta con una amplia sonrisa y un brillo en los ojos. —¡Pasen! ¡Pasen! ¡Me preguntaba cuándo vería a este par!

Daisy se sonrojó. Luke solo sonrió, imperturbable, y siguió al predicador al interior de la casa, sosteniendo firmemente la mano de Daisy. Giraron a la derecha y entraron en un comedor, bellamente amueblado con una mesa redonda cubierta por un mantel de encaje. Daisy admiró disimuladamente la fina porcelana sobre la mesa y las cortinas transparentes que cubrían la ventana mientras el predicador los dejaba para ir a buscar a su esposa.

—¿Y qué es eso de que has perdido el juicio? —preguntó Adeline Brown al entrar en la habitación.

Daisy parpadeó varias veces. —¿Perdón?

—¡Es la única explicación que se me ocurre para que una joven encantadora como tú acepte casarse con este bufón! —Dirigió una mirada penetrante a Luke, pero Daisy notó la pequeña sonrisa en la comisura de la boca de la señora Brown—. Ahora, siéntense y hablen con Alastair mientras preparo té para todos, y luego tú y yo iremos a la otra habitación a tener una pequeña charla, ¿de acuerdo?

Daisy estaba bastante segura de que la señora Brown estaba dando una orden en lugar de una sugerencia, así que tomó asiento en la mesa mientras la señora Brown salía nuevamente de la habitación.

—Entonces, ¿están en orden las felicitaciones? —El reverendo Brown los observó desde debajo de sus oscuras y tupidas cejas, sonriendo mientras Luke extendía la mano por encima de la mesa para tomar la de Daisy—. Sí, sí, pude ver cómo se miraban el uno al otro desde el principio. Debo advertirle, señorita Daisy, que mi esposa querrá todos los detalles de su cortejo y muy especialmente de la propuesta del señor Rockford. Es secretamente una gran romántica, ¿sabe?

—Me aseguraré de darle todos los detalles que pueda recordar, señor.

—Bien, bien. —El reverendo hizo una pausa por un momento, frotándose la barbilla barbuda, antes de suspirar—. Supongo que ninguno de ustedes tenía idea, pero es posible que pudiera haber un impedimento para su matrimonio. Creo que lo hemos resuelto, pero deben estar al tanto.

Daisy lo miró sin comprender por un momento antes de mirar a Luke. Él parecía tan desconcertado como ella, con más que un poco de enojo apareciendo en su expresión cuando preguntó: —¿Cómo es eso, Reverendo?

—Bueno, ¿saben ustedes que las leyes del Estado de Nevada prohíben el matrimonio entre un hombre o mujer blanco y una persona negra, mulata, india o china?

La silla de Luke chirrió ruidosamente cuando se puso de pie de un salto. Había un curioso zumbido en los oídos de Daisy mientras permanecía sentada, congelada, entumecida, incapaz de comprender lo que estaba oyendo.

—Siéntate, Luke. ¡Siéntate, te digo! —El reverendo Brown era generalmente un hombre de voz suave, pero había aprendido a proyectar su voz con fuerza para predicar a su congregación.

La nota de autoridad hizo que Luke se quedara quieto, con las manos aferradas al respaldo de la silla. —No está bien. —La voz de Luke crepitaba de rabia—. Eso no está bien, y usted lo sabe, Reverendo.

—Siéntate —ordenó el predicador una vez más—. Estoy de acuerdo contigo, Luke. Ambos son hijos del Señor y Él sabe que lo que hay en sus corazones es lo importante, pero la ley especifica que cualquiera que la infrinja será declarado culpable de un delito menor y sentenciado de uno a dos años de prisión. Por lo tanto, no debemos tomarlo a la ligera.

Luke parecía profundamente molesto, y en lugar de volver a sentarse, rodeó la mesa hasta Daisy, arrodillándose junto a su silla y poniéndole el brazo alrededor. —Haremos un viaje —dijo en voz baja

—. Es una ley de Nevada. No puede ser así en todas partes. Encontraremos un lugar donde podamos casarnos e iremos allí...

Ella se volvió para poner su mano contra su mejilla, amándolo por hacer la oferta. El hecho de que todavía quisiera casarse con ella incluso después de descubrir que podría meterse en serios problemas significaba mucho para ella.

—Luke —dijo firmemente el reverendo Brown—, te estás precipitando, muchacho. Fui a ver a Jim McCullough para hablar con él sobre la ley y si se aplicaba a ustedes dos, y él opina que no, no desde que se ratificó la Decimocuarta Enmienda a la Constitución en 1868.

—¿Por qué eso marcaría una diferencia? —preguntó Luke, confundido.

—Porque, a menos que esté muy equivocado, usted nació aquí en los Estados Unidos, señorita Daisy, lo que significa que es estadounidense. No china.

Saliendo un poco de su conmoción, Daisy parpadeó. —Con el debido respeto, señor, pero eso me suena a pura sofistería.

—Bueno, eso depende de si creen que las leyes de los Estados Unidos, y específicamente las disposiciones de la Constitución, son superiores a las leyes del Estado de Nevada. Esa ley de Nevada se aprobó en el '61, y la Decimocuarta Enmienda en el '68, como dije.

Luke negó con la cabeza, obviamente sin entender. —No veo a qué se refiere, Reverendo.

—Bueno, en mi opinión y en la del Sheriff McCullough, y en la del Juez Creedy a quien también consultamos, el hecho de que la señorita Daisy haya nacido en América y sea solo medio china

significa que la ley de Nevada no se aplica. Discúlpeme, señorita Daisy, pero también está el hecho de que usted parece más blanca que china —dijo el reverendo Brown, con expresión de disculpa—. Considerando todas estas cosas, estoy feliz de realizar el matrimonio con el conocimiento de que ningún agente de la ley en el condado pensará que han cometido un delito, pero es algo que pensé que deberían saber.

Luke soltó un suspiro frustrado. —Entonces, ¿podemos casarnos?

—En efecto. —El reverendo Brown les sonrió a ambos, sacando un papel del bolsillo de su chaleco—. Me tomé la libertad de pedirle al juez Creedy que redactara un dictamen también, exponiendo su opinión sobre el asunto. Con la aprobación de un juez, estoy feliz de realizar la ceremonia para ustedes.

Daisy soltó el aire que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba conteniendo, desplomándose contra Luke, quien la abrazó con firmeza.

—Está bien, cariño —murmuró contra su cabello—. Habría ido a cualquier parte para casarme contigo, lo sabes.

Ella cerró los ojos por un momento y se permitió apoyarse en su fuerza antes de asentir contra su mejilla rasposa y retroceder, dándole una sonrisa amorosa. —Lo sé —susurró—. Solo estoy feliz de que no tengamos que hacerlo.

El reverendo Brown tosió cortésmente, haciendo que Daisy se alejara con un rubor avergonzado subiendo a sus mejillas. El predicador le dirigió una mirada amable antes de decir: —Bueno, una vez que hayan charlado con mi esposa, supongo que la única pregunta que queda es la fecha, ¿verdad?

La puerta se abrió nuevamente antes de que Luke o Daisy pudieran formular una respuesta. Adeline Brown volvió a entrar en la habitación llevando una bandeja con una tetera, una jarrita de leche y cuatro delicadas tazas y platillos de porcelana. Miró de reojo a Luke, quien estaba arrodillado junto a la silla de Daisy con el brazo alrededor de ella, pero luego miró a su marido, quien asintió. Aun así, Luke se apresuró a levantarse y volver a su propia silla, obviamente deseoso de evitar provocar el desagrado de la señora Brown.

Daisy recuperó la suficiente presencia de ánimo para agradecer a su anfitriona y admirar la bonita porcelana mientras la señora Brown servía té para los cuatro.

—¿Está todo arreglado, entonces? —preguntó la señora Brown—. ¿Incluyendo la fecha?

—Barb Jones sugirió que compartiéramos su fecha de boda con Jack Hollis —dijo Daisy—, y me gusta la idea.

—Eso es solo dentro de un mes, ¿verdad, querido? —La señora Brown consultó con su marido—. Ustedes dos no se conocen desde hace mucho tiempo. —Se dirigió directamente a Daisy—. ¿Estás completamente segura de que esto es lo que quieres?

—Estoy segura. —Daisy miró a través de la mesa a los ojos de Luke —. No creo haber estado tan segura de algo en toda mi vida.

Tanto los Brown parecían satisfechos con su respuesta, aunque la señora Brown se puso de pie y sugirió que Daisy la acompañara a la sala. Sintiendo que era, una vez más, más en la naturaleza de una orden que una sugerencia, sin importar cuán agradables fueran las palabras y el tono, Daisy se apresuró a seguirla.

—Ahora —comenzó la señora Brown una vez que estuvieron sentadas de nuevo—, puedes contarme todo sobre cómo ese apuesto vaquero ganó tu corazón, pero primero me gustaría preguntarte sobre tus planes para la escuela.

—Mi contrato no me permite estar casada —le dijo Daisy—, pero lo que iba a sugerir es que continúe enseñando como voluntaria hasta que se contrate a una nueva maestra. ¿Cree que eso sería aceptable para el consejo municipal? —Daisy tenía una noción bastante clara de que la buena opinión de la señora Brown contribuiría mucho a convencer al consejo municipal.

—Eso podría funcionar, especialmente porque escuché de Barb Jones que el señor Rockford planea pasar el invierno construyendo una nueva casa en la Shooting Star para ustedes dos.

—Sí, señora. —Daisy tomó un sorbo de su té.

La mirada de la señora Brown era aguda. —He estado pensando en pasar por la escuela, tal vez ofrecer algo de ayuda. Leer algunos versículos de la Biblia a los niños.

—Eso sería maravilloso —dijo Daisy sinceramente—. La señora Handley y Barb Jones ya han venido varias veces, y le he pedido a Miz May que pase y enseñe una lección sobre geografía con mi atlas. Va a hablar sobre China.

—¡Qué fascinante! —La señora Brown asintió, aparentemente satisfecha con las respuestas de Daisy—. Creo que la escuela lamentará perderla, señorita Daisy.

—Espero que la nueva maestra todavía acepte mi ayuda como voluntaria cuando pueda ofrecerla —dijo Daisy honestamente—. Con la biblioteca que estamos iniciando, también espero que el consejo

municipal me permita seguir ayudando con eso incluso después de que se haya nombrado a una nueva maestra.

Fue recompensada con una radiante sonrisa. —Lo harás bien, niña —dijo la señora Brown con un asentimiento regio—. Lo harás bien. —Inclinándose hacia adelante, bajó la voz a un tono confidencial—. Ahora, cuéntamelo todo. ¿Fue terriblemente romántica la propuesta?

Con una tímida risa, Daisy también se inclinó hacia adelante. —Para ser completamente honesta, no le di exactamente la oportunidad de proponerse. ¡Simplemente le dije que mi respuesta era sí!

—¡Lo harás bien, niña! —La señora Brown rio con ganas—. ¡Oh, sí, lo harás bien!



Epílogo

LUKE OBSERVABA, CON EL corazón lleno, cómo Daisy caminaba hacia él por el pasillo. Sus ojos brillaban, con la cabeza alta y orgullosa, y la sonrisa en sus labios tan dichosa ante la perspectiva de su boda como la suya propia. Delicadas flores de seda adornaban su cabello negro. Era, posiblemente, la visión más maravillosa del mundo, al menos a los ojos de Luke. Barb caminaba a su lado, alta y hermosa con un nuevo vestido azul, con ojos solo para Jack, pero Luke apenas dedicó una mirada a su viejo amigo. Su atención estaba completamente en su novia.

Isabelle precedía a las dos novias, con una expresión seria en su pequeño rostro mientras sostenía una pequeña canasta de flores. Ishmael se encontraba entre Luke y Jack, desempeñando la importante doble función de portador de anillos. Se tomaba sus deberes tan en serio como su hermana gemela, con ambos puños apretando la bolsita de terciopelo que contenía los anillos tan fuertemente que sus nudillos estaban blancos.

Daisy lucía el vestido más bonito que Luke había visto jamás: un traje rosa intenso con pequeñas flores bordadas a mano por todo el corpiño, las mangas y el dobladillo. Él conocía la cantidad de trabajo que ella había invertido en confeccionar el vestido. Se había quedado despierta todas las noches durante el último mes cosiéndolo a la luz de las velas; intentó mostrar con su expresión cuánto apreciaba sus esfuerzos.

Ella prácticamente resplandecía de felicidad mientras colocaba su mano en la de él, sus ojos marrones bailando con diversión cuando a él se le trabó la lengua durante sus votos. Luke tuvo que detenerse y sacudir la cabeza. —Me robas el juicio por completo, hermosa y maravillosa mujer —dijo—. Lo siento mucho, Reverendo.

—No pasa nada, hijo —dijo el Reverendo Brown entre sus propias risas y sobre las risitas de la congregación reunida—. Intentémoslo de nuevo, ¿de acuerdo? Un poco más despacio, ¿eh?

Las risitas de Daisy se unieron a las demás, pero a Luke no podía importarle menos que se rieran de él. Se estaba casando con la mujer de sus sueños, o para ser más precisos, con una mujer que nunca pensó que pudiera mostrar interés en él ni en el más loco de sus sueños. Sin embargo, ahí estaba, con su mano cálida y suave en la suya, su dulce voz clara mientras recitaba sus propios votos sin un solo tropiezo.

Luke había asistido a algunas bodas en su vida que siempre parecían arrastrarse interminablemente, por lo que se sorprendió cuando el Reverendo Brown los declaró marido y mujer después de lo que parecieron solo unos minutos. Sin embargo, no estaba dispuesto a discutir, no cuando el predicador le decía que podía besar a su novia.

Con su unión bendecida en la casa del Señor, Luke no dudó en tomar a Daisy en sus brazos. Ella se rio, levantando las manos para ponerlas en sus mejillas. Largas pestañas oscuras bajaron sobre sus mejillas, y él se detuvo solo un momento para admirarla antes de besar los suaves y dulcemente invitadores labios de su esposa.

Quizás dejó que el beso durara unos segundos más de lo debido, reflexionó Luke cuando el Reverendo Brown se aclaró la garganta intencionadamente, pero no pudo hacer que le importara. No cuando Daisy abrió los ojos y lo miró de esa manera, un amor con el que solo había soñado brillando en sus ojos, todo para él.

—Te amo —dijo por encima de los vítores de la congregación.

Su felicidad fue completa cuando Daisy se rio y dijo: —Yo también te amo.

Fue difícil apartar la mirada, pero sabía que también debía felicitar a Jack y Barb. Barb se apoyaba en el hombro ancho de Jack, con dicha en su rostro, en el primer gesto vulnerable que Luke había visto en su amiga desde la muerte de su primer marido. Se alegraba de que hubiera encontrado el amor con Jack; merecía felicidad y un hombre fuerte para ayudarla a criar a su familia. Luke sabía que Jack ya amaba a Isabelle e Ishmael como si fueran suyos. Quizás ampliarían su familia, y quizás él y Daisy también contribuirían al crecimiento de la población de Rattlesnake Ridge pronto. Eso esperaba.

—Tienes una sonrisa tonta en la cara —Daisy lo empujó suavemente mientras él retrocedía después de abrazar a Barb y estrechar la mano de Jack—. ¿En qué estás pensando?

—En mi hermosa esposa —dijo Luke honestamente y no pudo resistir una sonrisa burlona—. Y en los hermosos bebés que me va a

dar.



—¡Luke Rockford! —chilló Daisy con indignación, sonrojándose.

—¿Sí, señora Rockford? —respondió él en tono burlón.

Ella no pudo evitar reírse. Nunca cambiaría, su vaquero de naturaleza bromista, y realmente no querría que lo hiciera. —Todavía estamos en la casa del Señor, Luke —le reprochó—. Compórtate.

—Sí, señora Rockford —dijo él obedientemente.

—¿No irás a llamarme así todo el tiempo?

Él se inclinó para besarle la frente con una risita burlona. —Solo disfruto cómo suena.

Su mirada era amorosa, haciéndola sentir cálida por todas partes, y ella abrazó su brazo un poco más cerca. —A mí también me gusta cómo suena.

La madre y el padrastro de Luke habían estado esperando para hablar con ellos, y Daisy se sorprendió cuando la madre de Luke la atrajo en un estrecho abrazo, besando su mejilla y declarando fervientemente lo feliz que estaba de dar la bienvenida a Daisy a la familia.

—Es muy amable de su parte, señora Simpson —dijo Daisy agradecida.

—Oh no, no necesitas llamarme así, querida. Sé que tus propios padres ya no están, y me sentiría honrada si me llamaras Mamá.

Daisy se emocionó, con los ojos llenándose de lágrimas. Parpadeó fuertemente para evitar que se derramaran por su rostro mientras correspondía al cálido abrazo maternal. —Gracias —susurró.

Los brazos de Luke se plegaron alrededor de ambas, y Daisy miró hacia arriba cuando otro brazo la rodeó para descubrir que el señor Simpson también se había unido al abrazo grupal.

—No tuve hijos ni hijas propios —dijo el viejo ranchero con voz ronca—, y ahora tengo uno de cada uno. Espero que se apuren y me den algunos nietos para mecerlos en mi rodilla cuando me jubile y me siente en mi porche.

La boca de Daisy se abrió de sorpresa. El rostro arrugado y canoso del señor Simpson se plegó en una amplia sonrisa, cerrando un ojo en un guiño pícaro.

La risa burbujeó hasta que Daisy ya no pudo contenerla. —¡Es usted tan malo como Luke! —jadeó entre risitas. Pronto los cuatro estaban riendo mientras se abrazaban aún más fuerte.

Tengo una familia de nuevo, pensó Daisy mientras finalmente salían de la iglesia, dirigiéndose hacia la pensión donde Matthew, Cynthia y la señora May estaban preparando un festín en el comedor para celebrar la doble boda.

Había llegado a Rattlesnake Ridge buscando un nuevo comienzo y encontró más de lo que jamás se había atrevido a soñar en verdaderos amigos, una nueva familia y un hombre a quien amar. Miró a Luke, caminando cerca de ella con su mano firmemente sostenida en la suya, su nuevo abrigo azul realzando el azul brillante de sus ojos, y su apuesto rostro recién afeitado para la ocasión de su boda.

Él sonrió cuando sus miradas se encontraron. —¿Feliz, señora Rockford?

—Más de lo que jamás soñé posible.

Él dejó de caminar, inclinándose para besarla allí mismo en la calle, sin importarle quién pudiera verlos. —Mira —dijo cuando se apartó —, este es más o menos el lugar donde te vi por primera vez.

Ella vio que tenía razón; la ventana de su antigua habitación en la pensión estaba justo encima de ellos. Sonrojándose, sacudió la cabeza en señal de reproche. —Nunca me vas a dejar olvidar eso, ¿verdad?

—¡Simplemente eres inolvidable, cariño! —La risa de Luke los siguió mientras levantaba a Daisy fácilmente en sus brazos y la llevaba al otro lado de la calle.

Riendo con él, ella enganchó sus brazos alrededor de su cuello y se acurrucó contra su amplio pecho, más que feliz de ser barrida de sus pies por su apuesto vaquero de Rattlesnake Ridge.



¡Espero que hayas disfrutado leyendo este libro! Sigue leyendo para descubrir un capítulo de muestra de ***Un Corazón para la Ranchera****, donde Grant Watson regresa a Rattlesnake Ridge, más viejo y más sabio, para hacerse cargo del banco de Garrett... y encuentra su pareja ideal en la valiente hija de un ranchero.*



Un Corazón para la Ranchera - capitolo di esempio

GRANT WATSON VOLVIÓ A doblar la carta, pasando sus dedos por los pliegues del costoso papel, preguntándose una vez más por el llamado de su tío. Habían pasado seis años desde que abandonó Rattlesnake Ridge con la cola metafóricamente entre las piernas, y Liston Garrett sabía que Grant nunca quiso regresar al pequeño pueblo de Nevada — aunque una parte del alma de Grant anhelaba el aire fresco de montaña de la Ridge. Pero la familia era la familia, y cuando Grant leyó la carta por primera vez, supo que debía responder a la llamada.

Había construido una buena vida para sí mismo en Newport, Rhode Island. Su padre dirigía un negocio naviero extremadamente exitoso, y Grant había descubierto en sí mismo un talento para la gestión de carga, la negociación de precios y la organización del transporte de mercancías de todo tipo. Pasaba la mayor parte de su tiempo detrás de un escritorio en estos días — algo muy distinto a la vida al aire libre que había llevado como ayudante del sheriff.

El ritmo del golpeteo de los cascos cambió; los caballos que tiraban de la diligencia redujeron la velocidad. Grant miró por la ventana. Estaban subiendo la última cuesta empinada antes de que el camino descendiera serpenteando hacia Rattlesnake Ridge. Muy pronto, estaría de vuelta en el lugar que había llamado hogar hace tanto tiempo. Un lugar donde no estaba seguro de ser bienvenido.

¿Por qué me quiere aquí mi tío? Por más que lo intentaba, no podía discernir una respuesta a la pregunta que tuviera sentido. Grant no había mantenido correspondencia con su tío desde que dejó Rattlesnake Ridge, aunque la madre de Grant seguía recibiendo cartas de su hermano. Se habían quedado asombrados hace unos meses al enterarse de que su tío se casaba con una mujer llamada Clara, que aparentemente era bastantes años menor que él. Su tío incluso había insinuado que podría llevar a su nueva esposa al Este para una visita, aunque tal viaje nunca se materializó, y luego, justo la semana pasada, la carta había llegado para Grant.

Con el nuevo tren expreso que atravesaba todos los Estados Unidos en menos de cuatro días, ya no era el arduo viaje a Nevada que había sido una vez. Como podía permitirse fácilmente un billete de primera clase, Grant había disfrutado de un compartimento privado y un relativo confort.

—¡Llegando a Rattlesnake Ridge! —gritó una voz desde fuera, acompañada por un golpe en el techo.

Grant respiró hondo, preparándose mentalmente antes de mirar por la ventana otra vez. El pueblo parecía mucho más grande de lo que recordaba — mucho más próspero a simple vista. Aunque... Entrecerró los ojos. La prosperidad escondía edificios cerrados y un

delgado barniz de deterioro que no recordaba que estuviera allí antes. Se preguntó si esto tenía alguna relevancia con el urgente llamado de su tío. Grant lo descubriría pronto.

Afortunadamente, los pasajeros ya no tenían que bajar en la parada del ferrocarril, pensó mientras la diligencia se detenía en el cruce. No estaba seguro de estar preparado para caminar por el pueblo con ojos curiosos observando cada uno de sus pasos. Bajando con su maleta, hizo una pausa para recomponerse antes de entrar en la casa de huéspedes de Miz May.

—¡Grant Watson, que me parta un rayo! —Las cejas de Miz May se elevaron al verlo, y dejó el calcetín que estaba remendando, poniéndose de pie—. De todos los hombres que nunca esperé ver cruzar ese umbral, usted estaría cerca de la cima. —Quedó sin decir la razón por la que ella creía eso.

Grant agradeció la pequeña muestra de cortesía. —También me alegro de verla, Miz May —dijo secamente. La diminuta mujer china no había envejecido ni un día desde la última vez que la había visto, y sus ojos seguían siendo tan agudos como siempre.

Una pequeña sonrisa tocó sus labios. —¿Encontró sentido del humor mientras estuvo fuera?

—Quizás maduré un poco.

—Me alegra oírlo. —Le dio una palmadita en el brazo, su comportamiento volviéndose práctico—. Ahora, ¿qué puedo hacer por usted?

—Necesitaré una habitación por unos días. —Esperaba poder resolver cualquier crisis por la que su tío lo había convocado y regresar rápidamente a Rhode Island.

—Ah... ya veo. —Su expresión se tornó sobria—. Lamento lo de su tío.

Él parpadeó. —¿Perdón?

Miz May hizo una mueca. —Oh, Señor. ¿Acaba de bajar de la diligencia?

Cuando asintió mudo, ella suspiró y se movió alrededor de su escritorio para apoyar suavemente una mano en su brazo. —Lamento ser yo quien le dé la noticia, pero su tío falleció ayer por la mañana.

La conmoción lo dejó entumecido. No se había dado cuenta de que su tío estaba enfermo; la carta que había recibido no daba ninguna señal de ello. De alguna manera, se encontró sentado en el salón privado de Miz May, con una taza de té con un chorrito de brandy en la mano. Bebió un sorbo, incapaz de hablar hasta que llegó el Reverendo Brown, acompañado por una hermosa joven que resultó ser médica.

El Reverendo tomó asiento junto a él, y Grant agradeció la presencia del hombre, así como su amable comportamiento. —Lamento su pérdida, Grant. La Doctora Wright —el Reverendo señaló a la mujer que había llegado con él—, podría arrojar algo de luz sobre cómo murió.

Ante esa señal, la doctora comenzó su relato. —Hace unos meses, su tío vino a verme quejándose de una rápida pérdida de peso y dolores horribles en el vientre. Cuando realicé un examen, encontré que tenía varios bultos creciendo bajo su piel. —Hizo una pausa para respirar, su mirada encontrándose con la de Grant—. Diagnostiqué cáncer. Es imposible saber cuánto tiempo le queda a alguien una vez

que la enfermedad se apodera de él. Lamento mucho que no pudiera llegar aquí a tiempo para despedirse.

Tenía ojos amables, notó Grant casi entumecido.

La doctora intercambió una mirada con el Reverendo cuando Grant no habló.

El predicador habló a continuación. —Liston será enterrado por la mañana, Grant. Lo han velado en casa. ¿Le gustaría verlo?

Realmente no quería, pero era evidente que lo esperaban de él. Supuso que también debería conocer a la viuda. La mujer con quien su tío se había casado inesperadamente. Sabía poco de ella excepto su nombre: Clara, y que era bastante más joven que su tío.

De repente, se sintió indeciblemente exhausto. El polvo y el ruido, el traqueteo de las ruedas y el chirrido de los frenos, habían significado que incluso en su camarote privado de primera clase con una litera suave, había dormido poco en los últimos días.

—Mañana —dijo finalmente, llevándose una mano a la dolorida cabeza, frotándose los párpados que sentía demasiado pesados para mantener abiertos—. Por favor, mañana.

—El muchacho está agotado —oyó decir a Miz May en voz baja.

Y luego la doctora se inclinaba cerca, examinando sus ojos. Debió pasar cualquier prueba que ella estuviera haciendo porque sintió que el Reverendo Brown le tomaba del brazo.

Ayudando a Grant a ponerse de pie, el Reverendo dijo: —A la cama, hijo. ¿Podría prepararle algo de comer, Miz May?

—Se lo llevaré en unos minutos.

Grant estaba bastante seguro de que a Miz May nunca le había caído bien en lo más mínimo, pero la habitación que le indicó al Reverendo

Brown que le mostrara era cómoda, con una cama ancha y una pequeña silla y mesa. El Reverendo lo persuadió para que se sentara antes de humedecer un paño para limpiarle las manos y la cara casi como si fuera un niño. Unos minutos después, Miz May llegó con un cuenco de sopa caliente y un panecillo crujiente. Exhausto, Grant solo logró comer aproximadamente la mitad.

El Reverendo le quitó la cuchara de la mano temblorosa. —Métase en la cama, hijo. Vendré por la mañana y lo llevaré a ver a su tío. Ahora está bajo el cuidado de Dios.

Todos están siendo demasiado amables, quería decir. No me lo merezco.

Sin embargo, las palabras no le salieron, y lo último que recordó fue al Reverendo quitándole las botas mientras su cabeza caía sobre la almohada.



La viuda de su tío era hermosa; esa fue la primera impresión sorprendida de Grant. Mucho más joven de lo que esperaba, probablemente alrededor de su propia edad de treinta años, y encantadora, su rostro pálido suave y sin mancha por las marcas de las lágrimas.

Y no vestía de negro, sino un vestido de color violeta intenso con guantes negros y un velo negro apenas sombreando sus facciones inmóviles y tranquilas. Lo miró con curiosidad cuando el Reverendo

Brown lo acompañó al salón donde estaba sentada recibiendo a sus invitados. Y hay pocos de esos, observó Grant. Quizás la elección de la viuda de no adherirse a la estricta vestimenta de luto hizo que la gente pensara que sus condolencias no eran deseadas.

—Señora Garrett —dijo torpemente, inclinándose—. Soy Grant Watson.

Ella no mostró ni un destello de reconocimiento ante su nombre, aunque sí recorrió con la mirada su figura de arriba a abajo de una manera que le resultó extremadamente incómoda. Estaba evaluando su traje, pensó, uno que había sido hecho a medida para él. Apostaría a que Clara Garrett podía estimar con precisión, hasta el último centavo, exactamente cuánto había pagado por él.

—Liston es... era mi tío —añadió, esperando terminar rápido con este deber.

—Oh —dijo ella, obviamente sorprendida—. ¿El hijo de su hermana? Entendí que su familia vivía en el Este.

—Sí, aunque viví en Rattlesnake Ridge por un tiempo hace unos años. Mi tío me escribió pidiéndome que viniera. Acabo de llegar anoche y, bueno, lamento haber llegado demasiado tarde para despedirme.

—Sí —dijo la viuda con ecuanimidad—. Bueno, fue rápido al final. Una bendición, estoy segura de que estará de acuerdo. —Su expresión no cambió en lo más mínimo, la fría indiferencia era lo único que podía discernir en sus facciones.

No era su lugar estar de acuerdo o en desacuerdo, así que simplemente inclinó la cabeza en cortés reconocimiento y murmuró sus condolencias una vez más antes de retirarse. La cortesía dictaba

que también presentara sus respetos al difunto, lo que se apresuró a hacer.

Liston Garrett no había sido muy alto en realidad, pero siempre había proyectado el aura de un hombre grande, quizás ayudado por su abultada panza. Acostado encogido e inmóvil en su ataúd, su tío parecía pequeño. Grant permaneció allí un momento en silencio, mirando al hombre muerto.

—¿Por qué me quería aquí, tío? —susurró al fin—. No nos separamos en buenos términos. ¿Por qué mandar por mí?

Ninguna respuesta vino del hombre en el ataúd.

—Pasé mucho tiempo con su tío en sus últimos días —dijo el Reverendo Brown, sorprendiéndolo. Grant levantó la vista para ver al predicador de pie al otro lado del ataúd, mirándolo con lo que parecía ser compasión—. Lamentaba la forma en que terminaron las cosas entre ustedes dos.

Grant nunca había hablado sobre las razones por las que había dejado Rattlesnake Ridge con nadie, dejando que todos pensaran que era porque se había desilusionado en el amor cuando la joven que esperaba cortejar había elegido a otro hombre. Ese había sido un factor, pero no el más importante. La verdad era que su tío había abusado de su confianza, pidiéndole que proporcionara una coartada falsa para un hombre que él había considerado amigo, que resultó ser todo lo contrario.

—Podría haberme escrito —dijo Grant, consciente de la amargura en su tono. Había confiado en su tío y perdido su propio honor en el proceso. No había perdonado a su tío por eso, ni se había perdonado a sí mismo.

—Tal vez no quería incriminarse por escrito —dijo una voz profunda detrás de él.

Grant se volvió para ver a su antiguo jefe, el Sheriff Jim McCullough. Por un momento se miraron en silencio, y luego Grant respiró hondo y extendió su mano. —Me alegra volver a verlo, señor.

McCullough esbozó una sonrisa torcida mientras estrechaba la mano de Grant. —Ya no trabajas para mí, Watson. McCullough bastará. Debo decir que no pensé que te vería en la Ridge de nuevo, pero caramba si no me alegra verte también. —Lanzó una mirada al ataúd antes de encontrarse de nuevo con los ojos de Grant—. Lamento que haya sido la muerte de tu tío la que te haya traído de vuelta por estos lares.

No dijo que lamentaba la muerte de mi tío, notó Grant, pero entonces McCullough siempre es escrupulosamente honesto.

—¿Alguien te ha hablado ya del testamento de tu tío? —preguntó McCullough.

Grant parpadeó. —No. ¿Por qué lo harían? Supongo que ha dejado todo a su esposa.

—Pensaba mucho en ti —dijo McCullough enigmáticamente, con una mirada al predicador que Grant no pudo interpretar—. Podrías llevarte una sorpresa.

—No espero nada. —Grant sintió que era importante decir eso. No había venido aquí para reclamar ninguna herencia; de todos modos, no la necesitaba. Ganaba un buen salario como gerente de carga para la próspera empresa naviera de su familia, y su padre recientemente le había dado una participación del diez por ciento en la empresa también. No, no necesitaba el dinero de su tío.

—Después del funeral, Ethan Shawtell leerá el testamento aquí. Asegúrate de estar presente —aconsejó McCullough.
Grant solo pudo asentir, desconcertado pero aceptando que McCullough no lo llevaría por mal camino.



Para un hombre que había desempeñado un papel importante en la vida del pueblo durante décadas, había muy pocas personas en el funeral de Liston Garrett. Algunos empleados y la mayoría de los ciudadanos más prominentes del pueblo, pero, pensó Grant, nadie a quien su tío realmente pudiera haber llamado amigo, no que Grant pudiera pensar en alguien que realmente encajara en esa descripción. Conocía a la mayoría de los que estaban en el servicio, desde el alcalde Jacob Winthrop hasta el señor Dobson, el dueño de la taberna. Había algunas caras nuevas, incluida la doctora, pero a la mayoría los conocía, y ellos lo conocían a él. Vio algunas cejas levantadas, pero se esforzó por sonreír cortésmente y asentir a todos, decidido a ser tan educado como pudiera. La única persona que le mostró alguna calidez real fue la esposa del predicador, la señora Adeline Brown.
—Me alegra verlo de vuelta aquí, señor Watson —le dijo, tomando su mano entre las suyas—. Siempre sentí que usted pertenecía aquí en la Ridge.
—Entonces era usted la única —dijo Grant.

—Es demasiado joven para estar amargado, señor Watson. Déjelo ir. —Su rostro cuadrado y sencillo solo mostraba amabilidad—. Seguramente no sigue guardando rencor por haber perdido ante Luke Rockford, ¿verdad?

—No, señora. —Grant negó rápidamente con la cabeza—. Solo... nunca sentí que encajaba aquí.

—Sin embargo, aquí está usted.

—Sí. —Miró alrededor de la pequeña iglesia, a la viuda aceptando condolencias de los otros asistentes - ni siquiera podía llamarlos dolientes realmente—. Aquí estoy.

—Dios no comete errores. Usted está exactamente donde Él lo ha puesto. Denos otra oportunidad, señor Watson —dijo la señora Brown suavemente—. El Señor obra de maneras misteriosas. Podría descubrir que hay un lugar para usted en Rattlesnake Ridge después de todo.

No estaba tan seguro de eso, pero sonrió y agradeció a la señora Brown por sus amables palabras. El señor Brown estaba ofreciendo su brazo a la viuda para escoltarla a casa, y Jim McCullough se detuvo para darle a Grant una mirada significativa.

La lectura del testamento, pensó Grant, y asintió, poniéndose al paso junto a McCullough mientras salían de la iglesia. Su tío podría haberle dejado algún recuerdo, se le ocurrió mientras se dirigían de regreso a la casa, o tal vez había algo que Grant debería llevar a su madre, para recordar a su hermano.

Quizás ahora incluso descubriría por qué Liston Garrett le había suplicado que volviera a Rattlesnake Ridge.

El abogado, Ethan Shawtell, era un hombre pequeño con un vientre redondo, un borde de cabello blanco alrededor de su mandíbula y ninguno en la parte superior de su cabeza, y una expresión permanentemente melancólica. Miró a Grant por encima de sus gafas redondas y murmuró algo que sonó como "Bien, ya está aquí", antes de señalar una silla y decirle que se sentara.

Había seis sillas en la mesa redonda del comedor en el salón de los Garrett; con Clara Garrett, el señor Shawtell, el predicador, McCullough y Grant, solo quedaba un asiento vacante, pero parecía que nadie más se uniría a ellos. El abogado ordenó papeles y se aclaró la garganta brevemente antes de darles la bienvenida y luego decir que había invitado a McCullough y Brown como testigos imparciales para la lectura del testamento.

—Liston Garrett no tenía la costumbre de cambiar su testamento —señaló Shawtell—, y solo ha hecho una alteración en los últimos seis años, después de casarse con la señora Garrett. Este testamento, por lo tanto, está fechado dos semanas después de su boda el año pasado, señora —se dirigió a la viuda, quien asintió. Vestida toda de negro hoy, se veía pálida pero aún calmadamente controlada.

Shawtell se aclaró la garganta antes de abrir el sobre encima de su pila de papeles, sacando una hoja y comenzando a leer.

Primero vinieron tres pequeños legados; uno para su ama de llaves de toda la vida, dos para empleados del banco cuyos nombres Grant ahora escuchaba por primera vez. Cada uno de ellos recibió una suma de cien dólares.

—A mi esposa Clara, le dejo la casa en la calle Hill en Rattlesnake Ridge junto con una propiedad que poseo en la calle Sacramento en

San Francisco en caso de que ella elija establecer su hogar allí, y para mantenerla, la suma de veinte mil dólares.

Grant apenas reprimió un silbido. Esa era una enorme suma de dinero bajo cualquier cálculo. Clara Garrett, sin embargo, parecía sorprendida y algo disgustada.

—¿Eso es todo? —dijo, inclinándose ligeramente hacia adelante—. ¿Qué hay del banco... las otras propiedades? ¿El resto de su fortuna?

Shawtell se aclaró la garganta de nuevo, miró el papel en sus manos. —El resto de mi patrimonio —leyó—, lo dejo a mi sobrino Grant Watson, con la seguridad y certeza de que sabrá qué hacer mejor con él.

Había un zumbido en los oídos de Grant mientras el silencio se instalaba. Miró aturdido al abogado, quien ensayó una sonrisa hacia él y luego dio palmaditas a la gran pila de papel que quedaba en la mesa.

—Tengo aquí detalles de todas las propiedades y otros activos de su tío, señor Watson. El señor Garrett me pidió que reuniera todo para usted cuando comprendió que no sobreviviría a su enfermedad.

Clara Garrett se levantó abruptamente de la mesa, y todos los hombres se apresuraron a ponerse respetuosamente de pie. Ella no miró a ninguno de ellos, sino que salió de la habitación sin decir palabra.

—¿Sabía usted de esto? —preguntó Grant a Jim McCullough, comenzando a superar su conmoción inmediata.

El sheriff asintió lentamente. —No todos los detalles, pero sí. Garrett me habló hace una semana. Me dijo que su viuda estaría bien

atendida, pero que te estaba llamando a casa y dejando el resto para ti.

—A mí me dijo lo mismo —intervino el Reverendo Brown—. Y respetó sus deseos de no hablar de ello con nadie.

—Yo también —acordó McCullough—. Y fue todo un secreto para mantener, te lo aseguro. —Sus labios se curvaron ligeramente—. Por lo que vale, Watson... creo que fue una excelente decisión de tu tío. Probablemente la más inteligente que haya tomado jamás. —Poniéndose el sombrero, les hizo un gesto con la cabeza—. Tengo que volver a mi oficina. Buen día a todos.

—Igualmente, señor —dijo Grant, el trato respetuoso demasiado arraigado para cambiarlo todavía.

Shawtell se había sentado de nuevo, tomando varios de los papeles de la gran pila. —Ahora, estas son las escrituras de las propiedades en Reno...

—No creo que debamos hacer esto aquí —dijo Grant, dándose cuenta de que era descortés, como mínimo, que continuaran con los negocios en ese momento—. No en el salón de la señora Garrett. —No cuando ella pensaba que iba a ser quien heredara todo esto, no lo dijo.

—Oh. —Shawtell asintió después de un momento—. Sí, supongo que tiene razón, señor Watson. Bueno. Si gusta acompañarme a mi oficina, entonces...

No suponía que tuviera mucha elección. —¿Puedo llevar algunos de esos papeles por usted? —ofreció cuando Shawtell comenzó a trastabillar.

—De hecho, de hecho, muy servicial... —el abogado comenzó a murmurar para sí mismo mientras metía los papeles de nuevo en varias carpetas y luego en un abultado maletín de cuero.

—Debería regresar a la iglesia —murmuró el reverendo, colocando una mano en el brazo de Grant en breve bendición—. Venga a verme pronto, Grant. La casa del Señor siempre está abierta para usted.

—Lo haré, Reverendo —dijo Grant sinceramente mientras el abogado le ponía el maletín en los brazos—. Heredar todo... esto... —asintió con la cabeza hacia su carga—, ¡probablemente me hará necesitar mucho su sabio consejo, y pronto!



¿Quieres saber qué sucede después? ¡Lee ***Un Corazón para la Ranchera*** *ahora!*



Otros libros de Catherine Bilson

Las Novias Ruborizadas

Un Conde para Ellen
Un Marqués para Marianne
Un Duque para Diana
Un Capitán para Clarissa

Las Bellas de la Librería (series con Ebony Oaten)

El Ardiente Admirador de Estelle

El Caballero de Navidad de Marie

El Campeón de Navidad de Louise

El Encantador Doctor de Bernadette

Corazones por Correo

La Maestra y el Vaquero
Un Corazón para la Ranchera

Las Novias de Belle Haven

La Herencia de Belle Haven
¡Vaya, Señorita Molly!
Clara y el Marqués
El Paso en Falso de Anna
La Señorita Eliza Toma las Riendas

Festejos Románticos

Su Querida Duquesa
El Secuestro de Lord Blaymire
La Novia Fugitiva del Capitán
La Apuesta del Corazón
La Reina de la Duodécima Noche

Novela ganadora del premio RUBY:

La Novia Dijo No

La Colección del Príncipe Regente

San Jorge y el Monstruo del Río

Variaciones de Orgullo y Prejuicio

Las Mejores Relaciones
Relaciones Infames
La Esposa del Señor Bingley
Un Milagro de Navidad en Longbourn
Penas y Agravios
La Segunda Señora Bennet
Un Luto en Longbourn
Los Entrometidos Matlock

¡Suscríbete al boletín de Shenanigans Press para enterarte de nuestros últimos lanzamientos!